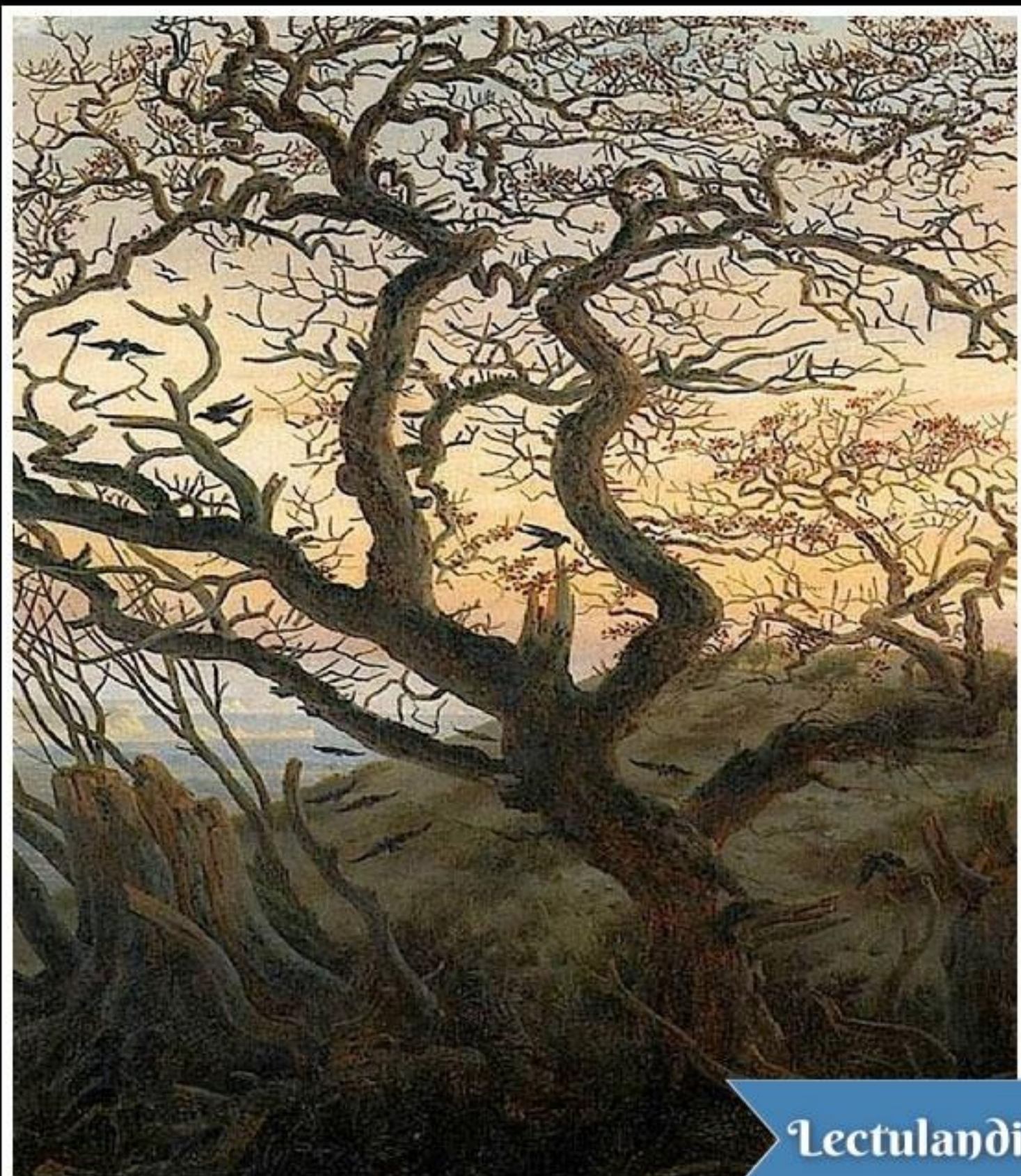


# Italo Calvino

## POR ÚLTIMO, EL CUERVO



Lectulandia

*Por último, el cuervo* reúne los primeros treinta cuentos escritos por Italo Calvino entre 1945 y 1949, inmediatamente después de la guerra, que él vivió desde la Resistencia. Son historias breves, algunas violentas, otras amargas, otras misteriosas y muchas grotescas. Todas evocan, directa o indirectamente, esa experiencia bélica aún cercana para él; pero la ternura que imprime a sus personajes más crueles, risibles o patéticos, la magia que se cuele siempre por las narraciones más impregnadas de un realismo casi costumbrista y la transparencia de la escritura, salpicada de sutiles requiebros, nos revelan a un autor —ya en sus comienzos— de una deslumbrante y sorprendente madurez literaria.

Lectulandia

Italo Calvino

# Por último, el cuervo

ePub r1.0

jugaor 23.04.15

Título original: *Ultimo viene il corvo*

Italo Calvino, 1949

Traducción: Aurora Bernárdez

Ilustración de cubierta: *El árbol de los cuervos* (c. 1822) de Caspar David Friedrich, óleo sobre tela,  
54 × 71 cm

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



## Nota preliminar<sup>[1]</sup>

En la presente edición, el texto de *Por último, el cuervo* es absolutamente idéntico al de la primera edición, aparecida en 1949 (con una tirada de sólo mil quinientos ejemplares), que comprendía treinta relatos breves, escritos por Italo Calvino entre el verano de 1945 y la primavera de 1949.

De esos treinta cuentos, veinte fueron incluidos por el autor en 1958 en un volumen más amplio titulado *I racconti*.

En 1969 aparecía una nueva edición de *Por último, el cuervo*, en el que figuraban veinticinco cuentos de la primera edición, más cinco un poco posteriores, en un orden diferente.

La presente edición (1976)<sup>[2]</sup> reproduce en cambio los treinta cuentos de 1949 en el mismo orden, incluidos los «descartados» por el autor en las ediciones sucesivas. Entre ellos, como testimonio de una época, figuran los primeros cuentos que Calvino escribió en 1945, en los meses que siguieron a la Liberación («La sangre misma», «Esperando la muerte en un hotel», «Angustia en el cuartel»), y que el autor no había querido publicar de nuevo porque en ellos la experiencia de la Resistencia se expresa todavía a través de una evocación emotiva que contrasta con el estilo elaborado posteriormente por él.<sup>[3]</sup>

## Una tarde, Adán

El nuevo jardinero era un chico de pelo largo, sujeto con una cinta. Iba subiendo por la alameda con la regadera llena, y tendía un brazo para equilibrar la carga del otro. Regaba las capuchinas muy lentamente, como si vertiera café con leche: en el suelo, al pie de las plantitas, se dilataba una mancha oscura: cuando la mancha era grande y blanda, levantaba la regadera y pasaba a otra planta. El de jardinero debía de ser un buen trabajo, porque se podía hacer todo con calma. Maria-nunziata lo miraba por la ventana de la cocina. Era un chico ya mayor y sin embargo llevaba todavía pantalones cortos. Y ese pelo largo: parecía una chica. Dejó de enjuagar los platos y golpeó en el vidrio.

—Eh, tú —dijo.

El chico-jardinero alzó la cabeza, vio a Maria-nunziata y sonrió. Maria-nunziata también se echó a reír para responderle y porque nunca había visto a un chico con el pelo tan largo y una cinta como aquélla en la cabeza. Entonces el chico-jardinero le hizo «ven aquí» con la mano y Maria-nunziata seguía riéndose de esos gestos cómicos y se puso a gesticular ella también para explicarle que tenía que guardar los platos. Pero el chico-jardinero le hacía «ven aquí» con una mano y con la otra señalaba las macetas de dalias. ¿Por qué señalaba las macetas de dalias? Maria-nunziata abrió la ventana y asomó la cabeza.

—¿Qué hay? —dijo y se echó a reír.

—Dime, ¿quieres ver una cosa bonita?

—¿Qué?

—Una cosa bonita. Ven a ver. Rápido.

—Dime qué.

—Te la regalo. Te regalo una cosa bonita.

—Tengo que ordenar los platos. Después viene la señora y no me encuentra.

—¿La quieres o no? Anda, ven.

—Espérame ahí —dijo Maria-nunziata y cerró la ventana.

Cuando salió por la pequeña puerta de servicio, el chico-jardinero seguía regando las capuchinas.

—Hola —dijo Maria-nunziata.

Maria-nunziata parecía más alta porque llevaba los zapatos buenos, con suela de

corcho, que era una lástima ponérselos para trabajar, como a ella le gustaba. Pero tenía una cara infantil, pequeña entre el rizado pelo negro, y las piernas todavía flacas y de niña, mientras que el cuerpo, bajo los frunces del delantal, era ya lleno y adulto. Y reía todo el tiempo: de cualquier cosa que dijeran los demás o ella misma, se reía.

—Hola —dijo el chico-jardinero. Tenía marrón la piel de la cara, del cuello, del pecho, tal vez porque andaba siempre así, medio desnudo.

—¿Cómo te llamas? —dijo Maria-nunziata.

—Libereso —dijo el chico-jardinero.

Maria-nunziata reía y repetía:

—Libereso... Libereso... qué nombre, Libereso...

—Es un nombre en esperanto —dijo él—. Quiere decir libertad, en esperanto.

—Esperanto —dijo Maria-nunziata—. ¿Tú eres esperanto?

—El esperanto es una lengua —explicó Libereso—. Mi padre habla esperanto.

—Yo soy calabresa —dijo Maria-nunziata.

—¿Cómo te llamas?

—Maria-nunziata —y se reía.

—¿Por qué te ríes siempre?

—Y tú, ¿por qué te llamas Esperanto?

—Esperanto no: Libereso.

—¿Por qué?

—Y tú, ¿por qué te llamas Maria-nunziata?

—Es el nombre de la Virgen. Yo me llamo como la Virgen y mi hermano se llama como san José, igual que él.

—¿Sanjosé?

Maria-nunziata reventaba de risa:

—¡Sanjosé! ¡Sanjosé! ¡José, no Sanjosé! ¡Libereso!

—Mi hermano —dijo Libereso— se llama Germinal y mi hermana Omnia.

—Eso que decías —dijo Maria-nunziata—, muéstramelo.

—Ven —dijo Libereso. Dejó la regadera y la tomó de la mano. Maria-nunziata se obstinó:

—Dime qué es, primero.

—Ya verás —dijo él—, prométeme que lo cuidarás.

—¿Me lo regalas?

—Sí, te lo regalo. —La había llevado hasta el rincón, cerca de la pared del jardín. Había plantas de dalia en macetas altas como ellos—. Ahí está.

—¿Qué?

—Espera.

Maria-nunziata se asomaba por encima del hombro de Libereso. Él se agachó para mover la maceta, levantó otra pegada a la pared y señaló el suelo.

—Ahí —dijo.

—¿Qué? —dijo Maria-nunziata. No veía nada: era un rincón sombreado, con



hojas húmedas y mantillo.

—Mira cómo se mueve —dijo el chico.

Entonces ella vio una piedra con hojas que se movía, una cosa húmeda con ojos y patas: un sapo.

—¡Madremía!

Maria-nunziata había escapado, saltando entre las dalias con sus bonitos zapatos de corcho. Libereso, en cuclillas junto al sapo, reía, los dientes blancos en medio de la cara marrón.

—¡Tienes miedo! ¡Pero si es un sapo! ¿Por qué tienes miedo?

—¡Un sapo! —gimió Maria-nunziata.

—Un sapo. Ven —dijo Libereso.

Ella lo señaló con un dedo:

—Mátalo.

El chico tendió las manos como para protegerlo:

—No quiero. Es bueno.

—¿Es un sapo bueno?

—Todos son buenos. Se comen los gusanos.

—Ah —dijo Maria-nunziata, pero no se acercaba.

Mordisqueaba el cuello del delantal y de reojo trataba de ver.

—Mira qué bonito —dijo Libereso y bajó la mano.

Maria-nunziata se acercó: ya no se reía, miraba con la boca abierta:

—¡No! ¡No lo toques!

Libereso acariciaba con un dedo el lomo verdegris del sapo, lleno de verrugas babosas.

—¿Estás loco? ¿No sabes que si lo tocas te quema y se te hincha la mano?

El chico le mostró sus grandes manos marrones, con las palmas cubiertas de una callosidad amarilla.

—No puede hacerme nada —dijo—. Es tan bonito.

Había cogido el sapo por el pescuezo como si fuera un gatito y lo había depositado sobre la palma de una mano. Maria-nunziata, mordisqueando el cuello del delantal, se acercó y se acurrucó a su lado.

—Madremía, qué asco —dijo.

Estaban los dos en cuclillas detrás de las dalias y las rodillas rosadas de Maria-nunziata rozaban las marrones todas desolladas de Libereso. Libereso pasaba una mano por el lomo del sapo, la palma y el dorso, y cada vez que el sapo quería escurrirse lo atrapaba.

—Acarícialo tú también, Maria-nunziata —dijo.

La chica escondió las manos en el regazo.

—No —dijo.

—¡Cómo! —dijo él—. ¿No lo quieres?

Maria-nunziata bajó los ojos, después miró el sapo y volvió a bajarlos.

—No —dijo.

—Es tuyo. Te lo regalo —dijo Libereso.

A Maria-nunziata se le había nublado la vista: era triste renunciar a un regalo, nadie le hacía nunca regalos, pero el sapo le daba realmente asco.

—Te dejo que te lo lleves a tu casa si quieres. Te hará compañía.

—No —dijo. Libereso depositó en el suelo el sapo que corrió a esconderse entre las hojas—. Adiós, Libereso.

—Espera.

—Tengo que terminar de ordenar los platos. La señora no quiere que salga al jardín.

—Espera. Quiero regalarte algo. Algo realmente bonito. Ven.

Ella lo siguió por los senderos de pedregullo. Era un chico raro, Libereso, con ese pelo largo, y atrapaba los sapos con la mano.

—¿Cuántos años tienes, Libereso?

—Quince. ¿Y tú?

—Catorce.

—¿Cumplidos o por cumplir?

—Los cumplo el día de la Anunciación.

—¿Ya pasó?

—¿Cómo, no sabes cuándo es la Anunciación?

Se echó a reír de nuevo.

—No.

—La Anunciación, el día de la procesión. ¿No vas a la procesión?

—Yo no.

—En mi pueblo sí que hay procesiones bonitas. En mi pueblo no es como aquí. Hay grandes campos llenos de bergamotas y sólo de bergamotas. Y todo el trabajo es recoger bergamotas de la mañana a la noche. Y nosotros éramos catorce hermanos y hermanas, y todos recogíamos bergamotas, y cinco murieron pequeños, y mi madre cogió el tétanos, y anduvimos en tren una semana para venir a casa de tío Carmelo, y allí dormíamos ocho en un garaje. Dime, ¿por qué llevas el pelo tan largo?

Se habían detenido en un arriate de calas.

—Porque sí. Tú también lo llevas largo.

—Yo soy una mujer. Si tú lo llevas largo eres como una mujer.

—Yo no soy mujer. No se sabe por el pelo si uno es varón o mujer.

—¿Cómo que no se sabe por el pelo?

—No se sabe por el pelo.

—¿Por qué no se sabe por el pelo?

—¿Quieres que te regale una cosa bonita?

—Sí.

Libereso empezó a dar vueltas entre las calas. Estaban todas abiertas, las blancas trompetas apuntaban al cielo. Libereso miraba en el interior de cada cala, hurgaba

dentro con dos dedos y escondía algo en el puño cerrado. Maria-nunziata no se había metido en el arriate y lo miraba en silencio. ¿Qué hacía Libereso? Había inspeccionado ya todas las calas. Se acercó tendiendo las dos manos cerradas.

—Abre las manos —dijo.

Maria-nunziata tendió las manos juntas y ahuecadas pero tenía miedo de ponerlas debajo de las de él.

—¿Qué tienes ahí dentro?

—Una cosa bonita. Ya verás.

—Muéstrame primero.

Libereso entreabrió las manos y le dejó mirar. Las tenía llenas de mariquitas: mariquitas de todos colores. Las más bonitas eran las verdes, pero las había rojizas y negras y hasta una azul. Y zumbaban, resbalaban las unas en el caparazón de las otras, agitaban las patitas negras en el aire. Maria-nunziata escondió las manos debajo del delantal.

—Ten —dijo Libereso—, ¿no te gustan?

—Sí —dijo Maria-nunziata, pero seguía con las manos metidas debajo del delantal.

—Cuando las aprietas te hacen cosquillas, ¿quieres ver?

Maria-nunziata tendió las manos tímidamente, y Libereso dejó caer en ellas la pequeña cascada de insectos de todos colores.

—Ánimo. No muerden.

—¡Madremía! —No había pensado que pudieran morderla. Abrió las manos y las mariquitas sueltas en el aire desplegaron las alas y los hermosos colores desaparecieron y sólo fue un enjambre de coleópteros negros que volaban y se posaban en las calas.

—Lástima. Yo quiero hacerte un regalo y tú no quieres.

—Tengo que ir a guardar los platos. La señora, si no me encuentra, me grita.

—¿No quieres un regalo?

—¿Qué me regalas?

—Ven.

Seguía llevándola de la mano entre los arriates.

—He de volver enseguida a la cocina, Libereso. Después tengo que desplumar una gallina.

—¡Puah!

—¿Por qué: puah?

—Nosotros no comemos carne de animales muertos.

—¿Estáis siempre en cuaresma?

—¿Cómo?

—¿Qué coméis?

—Muchas cosas, alcachofas, lechuga, tomates. Mi padre no quiere que comamos carne de animales muertos. Y tampoco café y azúcar.

—¿Y el azúcar de la cartilla?

—Lo vendemos en el mercado negro.

Habían llegado a una cascada de plantas grasas, todas consteladas de flores rojas.

—¡Qué flores tan bonitas! —dijo Maria-nunziata—. ¿Nunca las cortas?

—¿Para qué?

—Para llevárselas a la Virgen. Las flores son para llevárselas a la Virgen.

—*Mesembrianthemum*.

—¿Qué?

—Esta planta se llama *Mesembrianthemum* en latín. Todas las plantas tienen nombres en latín.

—La misa también es en latín.

—No sé.

Libereso miraba de reojo el serpentear de las plantas en la pared.

—Aquí está —dijo.

—¿Qué es?

Era una lagartija, inmóvil bajo el sol, verde con dibujitos negros.

—Ahora la atrapo.

—No.

Pero él se acercaba a la lagartija con las manos abiertas, despacito, después, de golpe: atrapada. Reía contento con su risa blanca y marrón. «¡Cuidado, que se me escapa!». Entre las manos cerradas se deslizaba tan pronto la cabecita asustada, tan pronto la cola. Maria-nunziata también reía, pero retrocedía a saltos cada vez que veía la lagartija y apretaba la falda entre las rodillas.

—Bueno, ¿de veras no quieres que te regale nada? —dijo Libereso un poco ofendido, y muy despacio dejó sobre un pretil la lagartija que se escapó como una flecha. Maria-nunziata tenía los ojos bajos.

—Ven conmigo —dijo Libereso y volvió a tomarla de la mano.

—A mí me gustaría tener un tubo de carmín y pintarme los labios los domingos para ir a bailar. Y también un velo negro para ponérmelo en la cabeza después, cuando vamos a la visitación del Santísimo.

—Los domingos —dijo Libereso— voy al bosque con mi hermano y llenamos dos cestas de piñas. Después, por la noche, mi padre lee en voz alta libros de Elysée Reclus. Mi padre tiene el pelo largo hasta los hombros y la barba le llega al pecho. Y lleva pantalones cortos en verano y en invierno. Y yo hago dibujos para el escaparate de la FAI<sup>[4]</sup>. Y los que llevan chistera son financieros, los de quepí, generales, y los de sombrero redondo, curas. Después los pinto con acuarelas.

Había un estanque en el que flotaban redondas hojas de ninfea.

—Calla —dijo Libereso.

Debajo del agua se vio avanzar a la rana sacudiendo y aflojando los brazos verdes. Al llegar a la superficie saltó sobre una hoja de ninfea y se sentó en el centro.

—Ahora —dijo Libereso, y bajó una mano para atraparla, pero Maria-nunziata

hizo: «¡Uh!» y la rana saltó al estanque. Libereso buscaba con la nariz a ras de agua —. Ahí abajo —hundió la mano y la sacó cerrada—. Dos de una vez —dijo—. Mira. Son dos, una encima de otra.

—Por qué —dijo Maria-nunziata.

—Macho y hembra pegados —dijo Libereso—. Mira qué hacen.

Y quería depositar las ranas en la mano de Maria-nunziata. Maria-nunziata no sabía si tenía miedo porque eran ranas o porque eran macho y hembra pegados.

—Déjalas —dijo—, no las toques.

—Macho y hembra —repitió Libereso—. Después tienen renacuajos.

Una nube pasaba delante del sol. De pronto Maria-nunziata se desesperó.

—Es tarde. Seguro que la señora me está buscando.

Pero no se iba. Seguían dando vueltas por el jardín y ya no había sol. Le tocó el turno a una culebra. Estaba detrás de un seto de cañas de bambú, era una culebrilla. Libereso se la enroscó en un brazo y le acariciaba la cabecita.

—Antes yo amaestraba culebras, tenía diez y hasta una larga y amarilla, de las de agua. Después mudó de piel y se escapó. Mira esta que abre la boca, mírale la lengua partida en dos. Acaríciala, no temas, no muerde.

Pero Maria-nunziata también tenía miedo a las culebras. Entonces fueron hasta el pequeño estanque de rocas. Primero le mostró los surtidores, abrió todos los grifos y ella estaba muy contenta. Después le mostró el pez rojo. Era un viejo pez solitario y sus escamas empezaban a blanquear. Sí, el pez rojo le gustaba a Maria-nunziata. Libereso empezó a agitar las manos en el agua para atraparlo, era difícil, pero así Maria-nunziata podría meterlo en un frasco y tenerlo incluso en la cocina. Lo cogió pero no lo sacó fuera del agua para que no se asfixiara.

—Tócalo, acarícialo —dijo Libereso—, se lo oye respirar: tiene las aletas como de papel y escamas que pinchan, pero poco.

Maria-nunziata tampoco quería acariciar el pez.

En la tierra muelle de un bancal de petunias, Libereso rascó con los dedos y sacó lombrices largas largas y blandas blandas. Maria-nunziata escapó dando grititos.

—Pon la mano aquí —dijo Libereso señalando el tronco de un viejo melocotón.

Maria-nunziata no entendía pero puso la mano: después lanzó un grito y corrió a sumergirla en el agua del estanque. La había sacado llena de hormigas. Por el melocotón iban y venían pequeñísimas hormigas «argentinas».

—Mira —dijo Libereso y apoyó una mano en el tronco. Se veían subir las hormigas por su mano pero él no la apartaba.

—¿Por qué? —dijo Maria-nunziata—. ¿Por qué te llenas de hormigas?

La mano ya estaba negra, las hormigas le subían por la muñeca.

—Quita la mano —gemía Maria-nunziata—. Se te subirán todas encima.

Las hormigas le subían por el brazo desnudo, ya habían llegado al codo. Ahora todo el brazo estaba cubierto por un velo de puntitos negros que se movían; las hormigas le llegaban a la axila, pero él no se retiraba.

—¡Sal, Libereso, mete el brazo en el agua!

Libereso reía, algunas hormigas le pasaban ya del cuello a la cara.

—¡Libereso! ¡Todo lo que quieras! ¡Aceptaré todos los regalos que me des!

Le echó los brazos al cuello, empezó a frotarlo para quitarle las hormigas.

Entonces Libereso apartó la mano del árbol riendo, blanco y marrón, sacudió el brazo con descuido. Pero se veía que estaba conmovido.

—Bueno, te haré un gran regalo, está decidido. El regalo más grande que puedo hacerte.

—¿Qué?

—Un puercoespín.

—¡Madremía...! ¡La señora! ¡La señora me llama!

Maria-nunziata había terminado de ordenar los platos cuando oyó golpear en los vidrios de la ventana con un guijarro. Abajo estaba Libereso con una gran cesta.

—Maria-nunziata, déjame subir. Tengo una sorpresa para ti.

—No puedes subir. ¿Qué llevas ahí dentro?

Pero en ese momento la señora llamó y Maria-nunziata desapareció.

Cuando volvió a la cocina, Libereso no estaba. Ni dentro ni al pie de la ventana. Maria-nunziata se acercó al vertedero. Entonces vio la sorpresa.

En el escurridor, en cada plato, saltaba una ranita, una culebra se enroscaba dentro de una cacerola, había una sopera llena de lagartijas y los caracoles babosos dejaban estelas irisadas en la cristalería. En el barreño lleno de agua nadaba el viejo y solitario pez rojo.

Maria-nunziata dio un paso atrás y vio entre sus pies un sapo, un gran sapo. Pero debía de ser una hembra porque la seguía toda una camada, cinco sapitos en fila que avanzaban a pequeños saltos por las baldosas blancas y negras.

## Un barco lleno de cangrejos

Los chicos de la Plaza de los Dolores se dieron el primer baño del año un domingo de abril, con un cielo azul nuevecito y un sol alegre y joven. Bajaron corriendo por las callejas empinadas haciendo revolotear los pantaloncitos de punto andrajosos, algunos arrastrando los zuecos por el empedrado, los más sin calcetines, para no tener que ponérselos de nuevo con los pies mojados. Corrieron al muelle saltando por encima de las redes que se extendían en el suelo y se alzaban sobre los pies descalzos y callosos de los pescadores en cuclillas que las remendaban. Se desnudaron entre los escollos, contentos de aquel olor agrio de viejas algas podridas y del vuelo de gaviotas que intentaba llenar el cielo demasiado grande. Escondieron las ropas y los zapatos en las grutas de los escollos provocando fugas de jóvenes cangrejos y empezaron a saltar descalzos y desnudos de un escollo a otro, esperando que alguno se decidiera a zambullirse primero.

El agua, de un azul denso, con reflejos verde crudo, estaba tranquila pero no era límpida. Gian Maria, llamado Mariassa, subió a la punta de un escollo alto y sopló apoyando el pulgar debajo de la nariz, con ese gesto suyo de púgil.

—Hale —dijo; juntó las manos y se zambulló de cabeza. Salió unos metros más lejos, escupiendo el agua por la boca como un surtidor y haciendo el muerto.

—¿Fría? —le preguntaron.

—Calentísima —gritó y empezó a dar furiosas brazadas para no congelarse.

—¡Muchachos! ¡Conmigo! —dijo Chichín que se las daba de jefe aunque nadie le hiciera caso jamás.

Se zambulleron todos: Pier Linyera con una pirueta, Bómbolo con un panzazo, Paulo, Carruba y por último Menín, que tenía pánico al agua y se arrojó de pie, apretándose la nariz entre los dedos.

En el mar Pier Linyera, que era el más fuerte, les hizo tragar agua a todos, uno por uno; después los otros se pusieron de acuerdo y le hicieron tragar agua a Pier Linyera. Entonces Gian Maria, llamado Mariassa, propuso:

—¡El barco! ¡Vamos al barco!

El barco hundido por los alemanes estaba atravesado delante del puerto, obstruyéndolo. Más aún, había dos, uno encima del otro, el que se veía estaba apoyado sobre otro totalmente sumergido.

—Hale —dijeron los otros.

—¿Se puede subir? —preguntó Menín—. Está minado.

—¡Cuentos! ¡Qué va a estar minado! —dijo Carruba—. Los de la Arenella se suben cuando quieren y juegan a la guerra.

Se largaron a nadar hacia el barco.

—¡Muchachos! ¡Conmigo! —dijo Chichín que quería dárselas de jefe, pero los otros iban más rápido que él y lo dejaban atrás, salvo Menín que nadaba estilo rana y por esa razón era siempre el último de todos.

Llegaron al pie de la nave que alzaba sus flancos negros de alquitrán viejo, desnudos y mohosos, la estructura superior desmantelada contra el azul flamante del cielo. Una barba de algas podridas subía desde la quilla cubriéndola y el viejo barniz se descascaraba en grandes placas: los chicos le dieron toda la vuelta, después se quedaron debajo de la proa mirando el nombre casi borrado: *Abukir, Egypt*. La cadena del ancla oblicua y tensa oscilaba cada tanto con el ritmo de la marea, crujiendo en las enormes anillas herrumbradas.

—No subamos —dijo Bómbolo.

—No fastidies —dijo Pier Linyera y ya se había agarrado a la cadena con manos y pies. Trepó como un mono y los otros lo siguieron.

A medio camino Bómbolo resbaló y se cayó de barriga en el mar; Menín no conseguía subir y tuvieron que acudir dos a ayudarlo.

Una vez arriba dieron vueltas callados por la nave desmantelada, se pusieron a buscar la rueda del timón, la sirena, las escotillas, las chalupas, todas esas cosas que tenía que haber en un barco. Pero éste era un barco pelado como una almadía, cubierto sólo por el estiércol blancuzco de las gaviotas. Gaviotas había cinco, apoyadas en un flanco, y, al oír los pasos descalzos de la banda, alzaron el vuelo una tras otra con gran batir de alas.

—¡Uhá! —las imitó Paulo y arrojó a la última una tuerca que había encontrado.

—¡Muchachos: vamos a las máquinas! —dijo Chichín. Era cierto que jugar entre las máquinas, en la bodega, hubiera sido mejor.

—¿Se podrá ir al barco que hay debajo? —preguntó Carruba. Sería magnífico: estar allá abajo, todos encerrados, con el mar alrededor y encima, como en un submarino.

—¡El de abajo está minado! —dijo Menín.

—¡Más minado estás tú! —le dijeron.

Bajaron por una escalerilla. Después de unos pocos peldaños se detuvieron: a sus pies empezaba el agua negra que se agitaba aprisionada. Los chicos de la Plaza de los Dolores miraban quietos y silenciosos en el fondo del agua un negro centelleo de púas: colonias de erizos que separaban lentos las espinas. Y alrededor, en las paredes, se incrustaban las lapas con barbas de algas verdes, pegadas al hierro del casco que parecía corroído y en las márgenes del agua hormigueaban los cangrejos, miles de cangrejos de todas las formas y todas las edades que giraban sobre sus patas curvas y



radiadas y hacían crujir sus pinzas y proyectaban los ojos sin mirada. El mar chapoteaba sordo en el cubo que formaban las paredes de hierro, lamiendo las panzas chatas de los cangrejos. Tal vez toda la bodega del barco estaba llena de cangrejos que andaban a tientas y un buen día el barco empezaría a moverse sobre las patas de los cangrejos y caminaría por el mar.

Volvieron a subir a la cubierta, por la proa. Entonces vieron a la niña. No la habían visto antes, era como si siempre hubiese estado allí. Era una niña de unos seis años, gorda, con el pelo largo y rizado. Estaba muy bronceada y sólo llevaba unas braguitas blancas. No se entendía por dónde había llegado. No los miró siquiera. Estaba muy atenta a una medusa volcada en el entarimado de madera, con los festones blancuzcos de los tentáculos desparramados alrededor. Con un palo la niña trataba de ponerla cabeza arriba.

Los chicos de la Plaza de los Dolores la rodearon, con la boca abierta. Mariassa fue el primero en adelantarse. Resopló por la nariz.

—¿Quién eres? —dijo.

La niña alzó los ojos celestes en la cara mofletuda y oscura; después volvió a hacer palanca con el palo debajo de la medusa.

—Ha de ser de la banda de la Arenella —dijo Carruba, que era un entendido.

Entre los chicos de la Arenella había niñas que venían con ellos a nadar y a jugar a la pelota y también a la guerra de cañas.

—Tú —dijo Mariassa— eres nuestra prisionera.

—¡Muchachos! —dijo Chichín—. ¡Cogedla viva!

La niña seguía manipulando la medusa.

—¡Atención! —gritó Paulo que se había vuelto por casualidad—. ¡La banda de la Arenella!

Mientras ellos observaban a la niña, los chicos de la Arenella, que se pasaban el día en el mar, habían llegado nadando por debajo del agua, subieron en silencio por la cadena del ancla y aparecieron saltando por los flancos de la nave. Eran bajos y retacones, suaves como gatos, la cabeza rapada, la piel oscura. No llevaban pantalones negros y largos y caídos como los chicos de la Plaza de los Dolores; los de aquéllos eran apenas una tira de tela blanca.

La lucha comenzó: los de la Plaza de los Dolores eran flacos y puro nervio, salvo Bómbolo que era un panzón, pero pegaban con un furor fanático, aguerridos en las largas peleas libradas en las estrechas callejas de la ciudad vieja contra las bandas de San Siro y de Giardinetti. Los de la Arenella tuvieron el viento a favor, al principio, por efecto de la sorpresa, pero después los de la Plaza de los Dolores treparon a las escalerillas y de allí no hubo modo de sacarlos porque a ninguna costa querían que los desplazaran hasta los flancos de la nave desde donde era fácil que los arrojaran al agua. Al final Pier Linyera, que era más fuerte que sus compañeros y también mayor, y que andaba con ellos sólo porque repetía curso, consiguió hacer retroceder hasta el borde a uno de los de la Arenella y lo empujó al mar.

Entonces los chicos de los Dolores pasaron a la ofensiva: los de la Arenella, que en el agua se sentían en su elemento y, como gentes prácticas que eran, no conocían el orgullo, escaparon uno tras otro y se zambulleron.

—Venid al agua, si tenéis coraje —gritaron desde el agua.

—¡Muchachos! ¡Conmigo! —gritó Chichín y ya estaba por zambullirse.

—¿Estás loco? —lo retuvo Mariassa—. ¡En el agua nos ganan como quieren! — Y se puso a insultar a los fugitivos.

Desde abajo los de la Arenella empezaron a arrojar agua con tanta fuerza que no había lugar en el barco a donde no llegaran las salpicaduras. Al final se cansaron y se lanzaron mar adentro, la cabeza baja y los brazos arqueados y curvos, incorporándose de vez en cuando para respirar.

Los de la Plaza de los Dolores habían quedado dueños del terreno. Se encaminaron a la proa: la niña seguía allí. Había conseguido darle la vuelta a la medusa y ahora trataba de levantarla con el palo.

—¡Nos han dejado un rehén! —dijo Mariassa.

—¡Muchachos! ¡Un rehén! —se excitó Chichín.

—¡Cobardes! —gritó Carruba a los fugitivos—. ¡Abandonar a las mujeres en manos del enemigo!

En la Plaza de los Dolores tenían un sentido del honor muy desarrollado.

—Ven con nosotros —dijo Mariassa haciendo el ademán de ponerle una mano en el hombro.

La niña le indicó con un gesto que se quedara quieto: estaba a punto de alzar la medusa. Mariassa se agachó a mirar. Entonces la niña levantó el palo con la medusa colgando, siguió levantándolo, sacudió la medusa en las narices de Mariassa.

—¡Cochina! —gritó Mariassa escupiendo y apretándose la cara.

La niña los miraba a todos y se reía. Después se volvió, fue hasta la proa misma, alzó los brazos juntando las puntas de los dedos, se zambulló con un salto de ángel y nadó sin volverse. Los chicos de la Plaza de los Dolores no se habían movido.

—Eh, tú —preguntó Mariassa palpándose una mejilla—, ¿es verdad que las medusas queman toda la piel?

—Espera y lo sabrás —dijo Pier Linyera—. Pero es mejor que te zambullas enseguida.

—Hale —dijo Mariassa, avanzando con los otros. Entonces se detuvo—: ¡De ahora en adelante, tiene que haber una mujer en la banda! ¡Menín, trae a tu hermana!

—Mi hermana es estúpida —dijo Menín.

—No importa —dijo Mariassa—, hale —y de un empujón arrojó a Menín al mar, ya que de todas maneras era incapaz de hacerlo solo. Después se zambulleron todos.

# El jardín encantado

Giovannino y Serenella caminaban por las vías del tren. Abajo había un mar todo escamas azul oscuro azul claro; arriba un cielo apenas estriado de nubes blancas. Los rieles eran relucientes y quemaban. Por las vías se caminaba bien y se podía jugar de muchas maneras: mantener el equilibrio, él sobre un riel y ella sobre el otro, y avanzar tomados de la mano, o bien saltar de un durmiente a otro sin apoyar nunca el pie en las piedras. Giovannino y Serenella habían estado cazando cangrejos y ahora habían decidido explorar las vías, incluso dentro del túnel. Jugar con Serenella daba gusto porque no era como las otras niñas, que siempre tienen miedo y se echan a llorar por cualquier cosa. Cuando Giovannino decía: «Vamos allá», Serenella lo seguía siempre sin discutir.

¡Deng! Sobresaltados miraron hacia arriba. Era el disco de un poste de señales que se había movido. Parecía una cigüeña de hierro que hubiera cerrado bruscamente el pico. Se quedaron un momento con la nariz levantada; ¡qué lástima no haberlo visto! No volvería a repetirse.

—Está a punto de llegar un tren —dijo Giovannino.

Serenella no se movió de la vía.

—¿Por dónde? —preguntó.

Giovannino miró a su alrededor, con aire de saber. Señaló el agujero negro del túnel que se veía ya límpido, ya desenfocado, a través del vapor invisible que temblaba sobre las piedras del camino.

—Por allí —dijo. Parecía oír ya el oscuro resoplido que venía del túnel y vérselo venir encima, escupiendo humo y fuego, las ruedas tragándose los rieles implacablemente.

—¿Dónde vamos, Giovannino?

Había, del lado del mar, grandes pitas grises, erizadas de púas impenetrables. Del lado de la colina corría un seto de ipomeas cargadas de hojas y sin flores. El tren aún no se oía: tal vez corría con la locomotora apagada, sin ruido, y saltaría de pronto sobre ellos. Pero Giovannino había encontrado ya un hueco en el seto.

—Por allá.

Debajo de las trepadoras había una vieja alambrada en ruinas. En cierto lugar se enroscaba como el ángulo de una hoja de papel. Giovannino había desaparecido casi

y se escabullía por el seto.

—¡Dame la mano, Giovannino!

Se hallaron en el rincón de un jardín, los dos a cuatro patas en un arriate, el pelo lleno de hojas secas y de tierra. Alrededor todo callaba, no se movía una hoja.

—Vamos —dijo Giovannino.

—Sí —dijo Serenella.

Había grandes y antiguos eucaliptos de color carne y senderos de pedregullo. Giovannino y Serenella iban de puntillas, atentos al crujido de los guijarros bajo sus pasos. ¿Y si en ese momento llegaran los dueños?

Todo era tan hermoso: bóvedas estrechas y altísimas de curvas hojas de eucaliptos y retazos de cielo, sólo que sentían dentro esa ansiedad porque el jardín no era de ellos y porque tal vez fueran expulsados en un instante. Pero no se oía ruido alguno. De un arbusto de madroño, en un recodo, unos gorriones alzaron el vuelo rumorosos. Después volvió el silencio. ¿Sería un jardín abandonado?

Pero en cierto lugar la sombra de los árboles terminaba y se encontraron a cielo abierto, delante de unos bancales de petunias y volúbilis bien cuidados, y senderos y balaustradas y espalderas de boj. Y en lo alto del jardín, una gran casa de cristales relucientes y cortinas amarillo y naranja.

Y todo estaba desierto. Los dos niños subían cautelosos por la grava: tal vez se abrirían las ventanas de par en par y severísimos señoras y señores aparecerían en las terrazas y soltarían grandes perros por las alamedas. Cerca de una cuneta encontraron una carretilla. Giovannino la cogió por las varas y la empujó: chirriaba a cada vuelta de las ruedas con una especie de silbido. Serenella se subió y avanzaron callados, Giovannino empujando la carretilla y ella encima, a lo largo de los arriates y surtidores.

—Ésa —decía de vez en cuando Serenella en voz baja, señalando una flor. Giovannino se detenía, la cortaba y se la daba. Formaban ya un buen ramo. Pero al saltar el seto para escapar, tal vez tendría que tirarlas.

Llegaron así a una explanada y la grava terminaba y el pavimento era de cemento y baldosas. Y en medio de la explanada se abría un gran rectángulo vacío: una piscina. Se acercaron: era de mosaicos azules, llena hasta el borde de agua clara.

—¿Nos zambullimos? —preguntó Giovannino a Serenella. Debía de ser bastante peligroso si se lo preguntaba y no se limitaba a decir: «¡Al agua!». Pero el agua era tan límpida y azul y Serenella nunca tenía miedo. Bajó de la carretilla donde dejó el ramo. Llevaban el bañador puesto: antes habían estado cazando cangrejos. Giovannino se arrojó, no desde el trampolín porque la zambullida hubiera sido demasiado ruidosa, sino desde el borde. Llegó al fondo con los ojos abiertos y no veía más que azul, y las manos como peces rosados, no como debajo del agua del mar, llena de informes sombras verdinegras. Una sombra rosada encima: ¡Serenella! Se tomaron de la mano y emergieron en la otra punta, con cierta aprensión. No había absolutamente nadie que los viera. No era la maravilla que imaginaban: quedaba

siempre ese fondo de amargura y de ansiedad, nada de todo aquello les pertenecía y de un momento a otro, ¡fuera!, los podían echar.

Salieron del agua y justo allí cerca de la piscina encontraron una mesa de ping-pong. Inmediatamente Giovannino golpeó la pelota con la paleta: Serenella, rápida, se la devolvió desde la otra punta. Jugaban así, con golpes ligeros para que no los oyeran desde el interior de la casa. De pronto la pelota dio un gran rebote y para detenerla Giovannino la desvió y la pelota golpeó en un gong colgado entre los pilares de una pérgola, produciendo un sonido sordo y prolongado. Los dos niños se agacharon en un arriate de ranúnculos. Enseguida llegaron dos criados de chaqueta blanca con grandes bandejas, las apoyaron en una mesa redonda debajo de un parasol de rayas amarillas y anaranjadas y se marcharon.

Giovannino y Serenella se acercaron a la mesa. Había té, leche y bizcocho. No había más que sentarse y servirse. Llenaron dos tazas y cortaron dos rebanadas. Pero estaban mal sentados, en el borde de la silla, movían las rodillas. Y no lograban saborear los pasteles y el té con leche. En aquel jardín todo era así: bonito e imposible de disfrutar, con esa incomodidad dentro y ese miedo de que fuera sólo una distracción del destino y de que no tardarían en pedirles cuentas.

De puntillas se acercaron a la casa. Mirando entre las tablillas de una persiana vieron, dentro, una hermosa habitación en penumbra, con colecciones de mariposas en las paredes. Y en la habitación había un chico pálido. Debía de ser el dueño de la casa y del jardín, feliz él. Estaba tendido en una mecedora y hojeaba un grueso libro ilustrado. Tenía las manos finas y blancas y un pijama cerrado hasta el cuello, a pesar de que era verano.

A los dos niños que lo espían por entre las tablillas de la persiana se les calmaron poco a poco los latidos del corazón. El chico rico parecía pasar las páginas y mirar a su alrededor con más ansiedad e incomodidad que ellos. Y era como si anduviese de puntillas, como temiendo que alguien pudiera venir en cualquier momento a expulsarlo, como si sintiera que el libro, la mecedora, las mariposas enmarcadas y el jardín con juegos y la merienda y la piscina y las alamedas le fueran concedidos por un enorme error y él no pudiera gozarlos y sólo experimentase la amargura de aquel error como una culpa.

El chico pálido daba vueltas por su habitación en penumbra con paso furtivo, acariciaba con sus blancos dedos los bordes de las cajas de vidrio consteladas de mariposas y se detenía a escuchar. A Giovannino y Serenella el corazón les latió aún con más fuerza. Era el miedo de que un sortilegio pesara sobre la casa y el jardín, sobre todas las cosas bellas y cómodas, como una antigua injusticia.

El sol se oscureció de nubes. Muy calladitos, Giovannino y Serenella se marcharon. Recorrieron de vuelta los senderos, con paso rápido pero sin correr. Y atravesaron gateando el seto. Entre las pitas encontraron un sendero que llevaba a la playa pequeña y pedregosa, con montones de algas que dibujaban la orilla del mar. Entonces inventaron un juego espléndido: la batalla de algas. Estuvieron

arrojándoselas a la cara a puñados, hasta caer la noche. Lo bueno era que Serenella nunca lloraba.

## Alba entre las ramas desnudas

No hiela a menudo en nuestros pagos: sólo por la mañana las lechugas se despiertan ateridas, un poco lívidas, y la tierra forma una costra gris, casi lunar, que responde sorda a la zapa. Al pie de los árboles, en diciembre, la tierra empieza a pigmentarse de hojitas amarillas que poco a poco la cubren como una manta ligera. El invierno es más transparencia de aire que frío y en ese aire se encienden en las ramas esqueléticas centenares de lamparitas rojas: los caquis.

Aquel año el pequeño huerto de frutales parecía un cortejo de vendedores de globos con su carga suspendida en el aire: nueve en esa rama bifurcada, seis en la otra torcida, allá arriba parecían faltar, pero tal vez era el vacío de las hojas caídas, los que miraban al sur estaban más rojos, madurarían antes. Así todas las mañanas Pipín el Mallorquín pasaba revista a sus ocho árboles, controlando si faltaban frutas, pesando con los ojos la carga de las ramas, convirtiendo mentalmente esa carga en dinero, imaginando el dinero colgado de las ramas desnudas en lugar de las frutas: pringosos, volanderos papeles de cien y de mil y no, lamentablemente, pequeños discos de oro y de plata centelleando en las ramas.

Mejor que el papel, las monedas, quien las tenga, que se pueden enterrar dentro de una pequeña vasija al pie de un muro, en vez de enmohecerse y terminar comido por los ratones. Pero fuese plata o papel, la cosa terminaba siempre en eso, en el dinero, podía seguir dando vueltas, transformarse en fosfatos, en cianamida, convertirse en jugo de la tierra, fuerza que sube por las raíces, dulce de tomates o amargo de alcachofas: al fin, inevitablemente, volver a eso, al dinero.

—¡Alégrate, Mallorquín, cuando termine la guerra ya verás cómo sube la moneda italiana!

Quien así hablaba era Saltarel, el véneto que vivía en las casas del Paraggio y pasaba en ese momento por el camino de herradura, y le hablaba a él, que escardaba los bancales de arriba. Pipín dejaba de escardar y alzaba hacia el véneto su barbita grisácea, como de palomo:

—¿Lo dices en serio, Venessia?

El otro se ponía a bromear y a hablar véneto, explicando para qué serviría el dinero; el Mallorquín seguía agachado, haciendo desalentados gestos de protesta. Se podía entender la filoxera que debilita las vides, la mosca que engurruña las

aceitunas, la babosa que perfora la lechuga, pero el dinero, el dinero del Gobierno, qué bicho lo roería para que no valiera nada. Ya había, para arruinar las cosechas, la carcoma que devora las raíces, las cochinillas y las babosas en las hojas, las mariquitas en las flores, los gusanos en las frutas; ¡no faltaba más que ese animal misterioso que podía desbaratar las cosechas más ricas, salvadas con mil cuidados, cuando ya estaban vendidas, atacase el dinero! Los «venessia» eran gentes míseras y vagabundas, emigradas de sus tierras en los años de la crisis, gentes que tarde o temprano terminarían en la ciudad como barrenderos, igual que los «napolitanos», es decir, los abrucenses, sus compadres: por eso hablaban así.

Ya eran demasiados los animales que se entrometían entre Pipín el Mallorquín y los frutos de su tierra, y el más insidioso era un animal contra el que no valían insecticidas ni venenos, un animal no diurno, con manos de hombre y paso de lobo: los ladrones. Los campos hervían de ladrones: gente vagabunda sin tierra y sin trabajo. Así, por los caquis, seguramente había pasado un extraño durante la noche, pisoteando las hileras de ajos. Pipín examinaba los árboles rama por rama, inquieto. Ya: en el quinto árbol, una rama entera, cargada: para arrancar un caqui todavía verde, una rama cargada de frutos todavía verdes, ahí estaba, desgajada, colgando hasta el suelo. «¡Me cago en Dios!», gritó el Mallorquín alzando los puños hacia las casas del Paraggio retrepadas en la ladera de la colina, una hilera de casas de un solo piso, de color mohoso, como las aldeas de corcho de los belenes, que parecían a punto de derrumbarse hacia el valle con que sólo gritara un poco más fuerte.

El Mallorquín anduvo por el Paraggio con la rama desgajada en la mano como un bastón, con todos los caquis colgando, golpeando fuerte el suelo para que le oyeran. Se asomó a la puerta la mujer de Saltarel, la cara roja y sin dientes:

—¿Por fin tiene un árbol de Navidad, eh, Pipín? Mire que se necesita un pino, no un caqui.

Al Mallorquín le vibraba la punta de los bigotes como a los gatos.

—¡Si cojo al que viene a robarme los caquis —dijo—, le disparo! ¡Esta noche cargo el fusil con sal y municiones!

Se asomó el más viejo de los «venessia», Cochanchi.

—Ya que estás, ponle también aceite, Mallorquín —dijo—, así te lo preparas en ensalada.

Y todos los vénetos, en las puertas de las chabolas, se reían con sorna a espaldas del Mallorquín, que se alejaba maldiciendo.

Si hubieran tenido color bastante como para arrancarlos y hacerlos madurar en casa; pero no, había que dejarlos todavía en los árboles, a merced de esa gente que lleva el vicio de robar en la sangre, como el hambre, que arranca las ramas para pisotearlas después en el suelo apenas mordidos los frutos, al sentirlos agrios.

Había que montar la guardia de noche, con el fusil: Pipín lo haría desde el



crepúsculo hasta medianoche, su mujer lo sustituiría de medianoche al alba.

Pipín y su mujer vivían en una casucha tapizada de hollín, adornada con trenzas de ajo y alrededor, en lugar de macetas floridas, jaulas de conejos. Bastianina la Mallorquina trabajaba duro como su marido, removía la tierra con el bieldo después de que él la hubiera roturado con el arado, la cara y los brazos de los dos color marrón, como la tierra removida: ella desgredada, con un vestido que parecía una bolsa, calzada con zapatones; él descalzo, el chaleco desteñido sobre el torso desnudo, lanoso como un cacto, la perilla y los bigotes como un pichón gris posado en aquella cara engarrugada de arrugas.

El bancal de los caquis estaba más allá del camino de herradura, en un lugar sombreado y húmedo sobre un arroyuelo. El Mallorquín llegó cuando ya había oscurecido, con el fusil de mala muerte con el que cuarenta años antes había acertado a un zorro. En la oscuridad los árboles parecían enormes pájaros descansando sobre una sola pata. Al distinguir las ramas cargadas de frutos a tiro de fusil, Pipín experimentó una sensación de dulce seguridad, como el niño que tiene un juguete debajo de la almohada.

El manar del arroyo esmerilaba el silencio; las distancias, en la oscuridad, eran sólo el ladrido de perros lejanos. Acostumbrando el oído podían percibirse risas y cantos que venían de las casas de los vénetos, en el Paraggio; acostumbrando el ojo podía entreverse allá arriba la claridad de las hogueras de la fiesta. Por la noche los vénetos cantaban y bailaban: la gorda sobrina de Cochanchi bailaba con la falda al viento mientras todos los hombres seguían el ritmo batiendo palmas. Después el viejo Cochanchi, que estaba sentado, la abrazaba por los muslos: se hacían muchas porquerías, por la noche, entre los vénetos: Saltarel se emborrachaba y azotaba a su mujer todas las noches diciendo que era una yegua y la mujer nunca quería ir a mostrar sus moretones a los carabineros. A cierta hora, apenas disminuían los cantos, los vénetos salían reptando hacia los bancales del Mallorquín: ahora estaban todos sobre el muro de arriba, ahora le saltaban encima: la gorda de Cochanchi empezaba a bailar delante con los muslos desnudos mientras el viejo le robaba los caquis. Alto ahí, atención con empezar a soñar despierto; de pronto uno se queda dormido. En cambio, ojos y oídos atentos: el viento que se alzaba entre las cañas del arroyo podía ser un ladrón que se acercaba. No: arriba los cantos y las risas continuaban, todo estaba desierto e inmóvil.

Pipín se sentía terriblemente solo, a veces, en aquellos terrenos suyos, en medio de bichos, bichos arriba, abajo, a su alrededor, que querían comerle el campo con él dentro: debajo de la tierra había cantidad de lombrices, sobre la tierra ratones, en el cielo sólo gorriones; después los recaudadores de impuestos, los que especulaban con los abonos, los ladrones. Frente a la tierra experimentaba una vaga sensación de impotencia, como la de quien nunca consigue poseerla del todo, como cuando uno sueña que posee a una mujer y no lo consigue. Una gran muela negra de molino, la tierra, que lo deshace y lo transforma todo, con jugos misteriosos que suben de los

terrones por las raíces hasta hinchar los caquis de azúcar y tanino en lo alto de las ramas: una muela de molino que sigue bajando hasta el infinito, siempre suya, hasta el centro del mundo donde comienza la otra pirámide de tierra del otro Pipín, el Mallorquín de las antípodas. Pipín hubiera querido meterse en la tierra con todo su cuerpo, respirarla, llevarse todo su dinero en una vasija, y su casa, todas sus cosas, los conejos, su mujer: así se hubiera sentido seguro. Hubiese querido vivir bajo tierra en la tierra caliente y negra como cuando llegaba hondo con el arado. Pero éstos eran pensamientos de alguien dormido.

La noche sin luna parecía detenida en el tiempo. ¿No llegaría nunca la medianoche? Tal vez su mujer no se había despertado y lo dejaría allí hasta la mañana. Pipín se sacudió, se acercó a cada árbol a mirar desde abajo las frutas como si mientras dormitaba hubieran podido robárselas delante de sus narices. Pero quizá mientras pasaba con la mirada del primero al segundo, al tercer árbol de caquis, un mono iba saltando de un árbol a otro y metía las frutas en un saco, sin ser visto. Había cien monos escondidos entre las ramas de todos los árboles, monos asquerosos, sin pelo, con la cara burlona de Saltarel que se mofaba de él.

Por los campos se acercaba una luz: ¿era verdad o una broma de los monos? ¿Había que despertarse y dispararles?

—¡Pipín! ¡Pipín! —La voz de su mujer, despacio.

—¡Bastiana!

Era el cambio de guardia, ella que llegaba con la linterna. Pipín le pasó el fusil y después se marchó a dormir.

La Mallorquina llevaba el fusil como un soldado y caminaba de una punta a la otra del bancal. De noche tenía los ojos amarillos, como un búho: aunque viniera el diablo a asustarla, ella comprendería que era sólo un matorral. De pronto vio una piedra que avanzaba a brincos por el sendero. La tocó con el pie: era blanda como carne. Un sapo: se quedaron mirándose un instante, la mujer y el sapo, después él siguió por un lado y ella por el otro.

Al día siguiente Bastianina dijo que el segundo turno era el más duro y que esa noche le correspondía el primero. Pipín aceptó: ella fue a despertarlo a medianoche y a sacarlo de la cama. De camino, mientras cerraba tras de sí la puertecita que daba al bancal de los caquis, Pipín oyó pasos por el camino de herradura; ¿quién andaba dando vueltas por los campos, a esa hora? Era Saltarel.

—Mallorquín, ¿vigilas al búho, a estas horas, con tu fusil?

—Al búho, sí —contestó el Mallorquín—, al búho que me picotea los caquis.

«Así se enteran», pensó, «y no vienen esta noche».

—Pero tú, ¿de dónde vienes, Venessia?

—De comprar aceite. Mañana vamos con Cochanchi al Piamonte y llevamos arroz.

Los vénetos se habían metido en el mercado negro.

—Que hagas buenos negocios, Venessia.

—Que aciertes al búho, Mallorquín.

Aguzando el oído, desde el bancal de los caquis, todo era silencio. Incluso en las casas de los vénetos, ni una luz, ni una voz. Saltarel no zurraba a su mujer aquella noche, pero tal vez en aquel momento el viejo Cochanchi estaba en la cama con su sobrina gorda. Pipín pensó en su cama todavía caliente, en Bastiana que ya roncaba. Esa noche no vendrían, sabían que había guardia, y a la mañana tenían que salir temprano para el Piamonte. Ya: Pipín volvería a dormir, sin hacer ruido para no despertar a su mujer, y poco antes del alba iría a echar un vistazo.

Volvió a su casa, se metió entre las sábanas, muy despacio, junto a su mujer que hubiera seguido roncando aunque se acostara un caballo. Pero no conseguía conciliar el sueño: ¿qué sucedería si no se despertaba al alba y su mujer lo encontraba en la cama? ¿Y si hubieran ido otros ladrones? De pronto le asaltó la duda de haber dejado abierta la puertecita: Saltarel lo había visto cuando la cerraba, los vénetos deambulaban toda la noche como gatos, si la encontraban abierta comprenderían que se había marchado. Pipín no conseguía pegar ojo: era una tortura estar así en la cama, sin poder volverse siquiera por temor a despertar a su mujer, mientras los ladrones andaban por sus tierras. Entonces, ¿por qué no se levantaba, por qué no iba a ver? El cielo ya empezaba a clarear, al primer canto del gallo se levantaría. Pero ahora, por el camino de herradura, ruido de pasos que bajaban: ¿quién sería, a esa hora? Seguramente Cochanchi y Saltarel que partían para el Piamonte. Pasos de carrera casi, pesados: debían de ir cargados, cargados con recipientes de aceite, ¡cargados con cestas de caquis robados en ese mismo momento, que venderían en el Piamonte! Pipín saltó de la cama, cogió el fusil, salió.

La puertecita: cerrada; respiró. Sin embargo, mientras se acercaba al bancal no conseguía divisar el rojo de las frutas; los otros árboles eran los que se lo impedían, las cañas, los olivos. Ahora, después de rodear esa tapia, lo vería, se tranquilizaría. Dio vuelta a la tapia. Había en torno una sensación de vacío. La perilla y los bigotes, pichón gris, le temblaron como si estuvieran a punto de alzar vuelo desde su boca. En el aire lívido del alba los árboles tendían contra el cielo una telaraña de ramas desnudas. No había quedado ni un caqui.

—¡Me cago en Dios! —gritó el hombre en el bancal levantando los puños.

En la casa la Mallorquina se estaba levantando.

—Pipín, ¿has montado la guardia?

Pipín se sentó en un banquito con el fusil todavía en bandolera, la cabeza gacha.

—¿Qué tienes, Pipín, que no contestas?

Pipín seguía callado, no alzaba la cabeza.

—¿Cuánto crees que valdrán este año los caquis en el mercado?

«Hay que hacerla callar», pensaba Pipín.

—¿Cuánto crees que sacaremos?

Pipín se levantó. Cogió un palo de los de estirar las cuerdas de la albarda.

—Yo digo que llenaremos treinta cestas —continuaba la mujer.

Pipín vio la tranca de la puerta, dejó el palo y cogió la tranca.

—Un año como éste no lo hemos tenido nunca, ¿no es cierto, Pipín?

Entonces Pipín el Mallorquín empezó a pegarle.

## De padre a hijo

Pocos bueyes, en nuestros pagos. No hay prados donde pastar, ni campos grandes para arar: sólo ortigas para el ramoneo y breves franjas de una tierra que únicamente se rompe con la zapa. Además los bueyes y las vacas, anchos y plácidos como son, desentonarían en estos valles angostos y abruptos; aquí hacen falta animales flacos, puro tendón, que anden por las piedras: mulas y cabras.

El buey de los Scarassa era el único de la quebrada y no desentonaba: era más fuerte y dócil que un mulo, un pequeño buey rechoncho y robusto, de carga; se llamaba Morettobello. Los dos Scarassa, padre e hijo, se ganaban la vida con el buey, haciendo viajes para los diversos propietarios del valle, llevando los sacos de trigo al molino, o las hojas de palma a los floristas, o las bolsas de abono de la cooperativa.

Aquel día Morettobello se balanceaba bajo la carga equilibrada en los dos extremos de la albarda: leña de olivo para vender a un cliente de la ciudad. De la anilla que atravesaba las narices negras y blandas, la cuerda floja tocaba el suelo y terminaba en las manos bamboleantes de Nanín, hijo de Battistín Scarassa, flaco y macilento como el padre. Formaban una extraña pareja: el buey con sus patas cortas, la panza baja y ancha, como un sapo, daba pasos prudentes bajo la carga; Scarassa, la cara larga y erizada de pelos rojos, las muñecas descubiertas por las mangas demasiado cortas, avanzaba como si tuviera dos rodillas en cada pierna, bajo unos pantalones que se agitaban al viento como velas, como si dentro no hubiera nadie.

La primavera estaba allí aquella mañana, es decir, había en el aire esa brusca sensación de descubrimiento que se siente todos los años, una mañana, ese recordar algo como olvidado desde hacía meses. Morettobello, de costumbre tan tranquilo, estaba inquieto. Ya por la mañana Nanín, cuando fue a buscarlo, no lo encontró; estaba en medio del campo dando vueltas con los ojos perdidos. Ahora, de camino, Morettobello se detenía de vez en cuando, alzaba las narices perforadas por la anilla, olisqueaba el aire con un breve mugido. Nanín pegaba un tirón a la cuerda y lanzaba un sonido gutural, ese lenguaje que se usa entre los hombres y los bueyes.

Morettobello parecía por momentos dominado por un pensamiento: esa noche había soñado, por eso había salido del establo y esa mañana estaba como perdido en el mundo. Había soñado cosas olvidadas, como de otra vida: grandes llanuras herbosas y vacas, vacas, vacas hasta perderse de vista, que avanzaban mugiendo. Y

también se vio a sí mismo, allí, corriendo en medio de la vacada como buscando. Pero había algo que lo retenía, unas tenazas rojas plantadas en su carne que le impedían atravesar aquella manada. Por la mañana, mientras andaba, Morettobello sentía aún viva la herida roja de las tenazas, como una desesperación inefable suspendida en el aire.

Por los caminos no se veían más que niños vestidos de blanco, con brazal de flecos dorados, y niñas vestidas de novia: era el día de la primera comunión. Al verlos, algo se oscureció en el fondo del alma de Nanín, una especie de antiguo, furioso miedo. ¿Era acaso porque su hijo y su hija jamás tendrían esos vestidos blancos para su primera comunión? Ciertamente debían de ser muy caros. Entonces le asaltó una rabia, un delirio de que sus hijos hicieran la primera comunión: veía ya al varoncito de traje de marinero blanco y brazal con flecos de oro, la nena con velo y cola, en la iglesia toda sombras y destellos.

El buey bufó: recordaba el sueño, veía la manada de vacas galopando, como en una zona fuera de su memoria, y él avanzando entre las vacas cada vez con más esfuerzo. De golpe, en medio de la vacada, sobre un altozano, rojo como el dolor de la herida, apareció el gran toro que se lanzaba contra él mugiendo, con los cuernos como hoces que tocaban el cielo.

Los niños de la primera comunión, en la plaza de la iglesia, empezaron a correr alrededor del buey. «¡Un buey! ¡Un buey!», gritaban. El buey era un espectáculo insólito en aquellos lugares. Los más valientes se aventuraban a tocarle la panza, los más expertos le miraban debajo de la cola: «¡Está castrado! ¡Mirad! ¡Está castrado!». Nanín se puso a gritar, a dar manotazos en el aire para ahuyentarlos. Entonces, viéndolo tan escuálido, macilento y remendado, los niños empezaron a imitarlo y a burlarse de él llamándolo por su apodo: «¡Scarassa! ¡Scarassa!», que quiere decir sarmiento.

Nanín sentía que su antiguo miedo se volvía más vivo, más angustioso. Veía a los otros niños vestidos de primera comunión burlándose no de él sino de su padre, macilento, escuálido y remendado como él, el día que lo acompañó a hacer la primera comunión. Y al ver a los niños saltando a su alrededor y arrojándole los pétalos de rosa pisoteados por la procesión, llamándolo «¡Scarassa!», volvió a sentir viva como entonces la vergüenza que había experimentado por su padre. Aquella vergüenza lo había acompañado toda la vida, lo había llenado de miedo ante cualquier mirada, cualquier risa. Y era toda culpa de su padre; ¿qué había heredado de su padre sino la miseria, la estulticia, la torpeza de su persona enjuta? Odiaba a su padre, ahora lo comprendía, por aquella vergüenza que le había hecho sentir de pequeño, por toda la vergüenza, la miseria de su vida. Y en ese momento tuvo miedo de que sus hijos se avergonzaran de él como él de su padre, que un día lo mirasen con el odio que en ese momento había en sus ojos. Decidió: «Yo también me compraré un traje nuevo para la primera comunión de mis hijos, un traje a cuadritos, de franela, y una gorra de tela blanca. Y una corbata de color. Y mi mujer también tendrá que comprarse un vestido

nuevo, de paño, grande, para que le sirva cuando esté encinta. E iremos todos bien vestidos a la plaza de la iglesia. Y compraremos helados al carrito del heladero». Pero le quedaba un furor que no sabía cómo calmar, después de haber comprado helados, de dar vueltas por la feria vestido de fiesta, un frenesí de hacer, de gastar, de mostrarse, de recobrase de aquella infantil vergüenza del padre que lo había acompañado toda la vida.

Al llegar a la casa llevó el buey al establo y le quitó la albarda. Después fue a comer; su mujer y los niños y el viejo Battistín ya estaban sentados a la mesa, engullendo una sopa de habas. El viejo Scarassa, Battistín, pescaba las habas con los dedos y las sorbía escupiendo la piel. Nanín no prestaba atención a lo que decían.

—Los niños tienen que hacer la primera comunión —dijo.

La mujer alzó hacia él la cara pálida y despeinada.

—¿Y el dinero para vestirlos? —preguntó.

—Tendrán que llevar buenos trajes —prosiguió Nanín sin mirarla—. El varón, de marinero, blanco, con brazal de flecos dorados; la hembra, de novia, con velo y cola.

El viejo y la mujer lo miraban boquiabiertos.

—¿Y el dinero? —repetieron.

—Y yo me compraré un traje de franela a cuadritos —continuó Nanín—, y tú un vestido de paño, grande, para que te sirva también cuando estés encinta.

A la mujer se le ocurrió una idea:

—¡Ah! Has encontrado cómo vender la tierra del Gozzo.

La tierra del Gozzo era un campo heredado, pura piedra y zarzales, que le obligaba a pagar impuestos sin rendir nada. A Nanín le fastidiaba que creyeran eso: estaba diciendo cosas absurdas pero insistía con rabia.

—No, no he encontrado a nadie. Pero debemos tener todo eso —se emperró, sin alzar los ojos del plato. En cambio los otros estaban llenos de esperanzas: si había encontrado a quien vender la tierra del Gozzo, todo lo que había dicho era posible.

—Con el dinero de la tierra —dijo el viejo Battistín— me puedo hacer operar la hernia.

Nanín sentía que lo odiaba.

—¡Con tu hernia reventarás! —gritó.

Los demás lo miraban como si estuviera volviéndose loco.

Entretanto en el establo el buey Morettobello se había soltado, había derribado la puerta y salido al campo. De pronto entró en la habitación, se detuvo, lanzó un mugido largo, lamentoso, desesperado. Nanín se levantó blasfemando y lo llevó de vuelta al establo a bastonazos.

Volvió: todos callaban, incluso los niños. Después el varón le preguntó:

—Papá, ¿cuándo me compras el traje de marinero?

Nanín alzó los ojos hasta él, ojos iguales a los de su padre Battistín.

—¡Nunca! —gritó.

Dio un portazo y se fue a dormir.

## Hombre en tierras yermas

Por la mañana temprano se ve Córcega: parece un barco cargado de montañas, suspendido allá sobre el horizonte. En cualquier otro lugar hubieran nacido leyendas; entre nosotros no: Córcega es un sitio pobre, más pobre que el nuestro; Córcega es una tierra pobre, más pobre que la nuestra, nadie ha ido nunca y nadie ha pensado nunca en ir. Cuando por la mañana se ve Córcega es señal de que el aire está claro y quieto y no amenaza lluvia.

Una de esas mañanas, de madrugada, mi padre y yo subíamos por los caminos pedregosos de Colla Bella, con el perro encadenado. Mi padre se había envuelto pecho y espalda en bufandas, pañoletas, morral, chalecos, alforjas, cantimploras, cartucheras, en medio de lo cual asomaba una blanca barba de chivo; calzaba un viejo par de polainas de cuero llenas de arañazos. Yo llevaba una chaquetilla raída y estrecha que me dejaba al descubierto las muñecas y la cintura, y unos pantalones igualmente raídos y estrechos, y daba grandes zancadas, como mi padre, pero con las manos hundidas en los bolsillos y el largo pescuezo metido entre los hombros. Los dos teníamos viejos fusiles de caza, de buena marca pero descuidados y manchados de herrumbre. El perro era un lebrero de orejas caídas que barrían el suelo, pelo corto y áspero en los fémures que perforaban la piel; arrastraba una gran cadena que le hubiera ido mejor a un oso.

—Tú te quedas aquí con el perro —dijo mi padre—. Desde aquí dominas dos senderos. Yo voy al otro paso. Al llegar, silbo y tú sueltas el perro. Abre bien los ojos, que la liebre no tarda un instante en pasar.

Mi padre siguió por el camino pedregoso y yo me acuclillé en el suelo con el perro que gañía porque quería seguirlo. Colla Bella es un altozano de bordes pálidos, todo tierras yermas, dura hierba de ramoneo y tapias derruidas de antiguas terrazas. Más abajo empieza la negra nebulosidad de los olivos; más arriba los bosques leonados y pelados por los incendios como espinazos de perros viejos. Las cosas se desperezaban en el gris del alba como entre párpados que se abrieran todavía somnolientos. No se distinguían los confines del mar atravesado hasta el fondo por capas de bruma.

Se oyó el silbido de mi padre. El perro, desenganchado de la cadena, partió en grandes zigzags por el sendero pedregoso, perforando el aire con sus ladridos.



Después calló, empezó a olfatear el terreno y escapó husmeando, diligente, la cola enhiesta como iluminada por una mancha romboidal blanca que tenía debajo.

Yo apuntaba con el fusil apoyado en las rodillas y la mirada clavada en el cruce de los senderos, porque la liebre no tarda un instante en pasar. El alba iba descubriendo los colores uno por uno. Primero el rojo de las bayas, de los cortes zonales de los pinos. Después el verde, los cien, mil verdes de los prados, de los arbustos del bosque, poco antes todos iguales: en cambio ahora nacía a cada momento un nuevo verde que se distinguía de los otros. Después el azul: el del mar, chillón, que lo ensordeció todo y volvió el cielo pálido y temeroso. Córcega desapareció bebida por la luz, pero entre mar y cielo el límite no cuajó: persistió aquella zona ambigua y perdida que da miedo mirar porque no existe.

De golpe casas, techos, calles nacieron al pie de las colinas, a la orilla del mar. Cada mañana la ciudad nacía así del reino de las sombras, de golpe, leonada en las tejas, centelleante en sus vidrios, blanca en los encalados. Cada mañana la luz la describía en sus más ínfimos detalles, contaba cada uno de sus recovecos, enumeraba todas las casas. Después subía por las colinas, descubriendo nuevos detalles: nuevos bancales, nuevas casas. Llegaba a Colla Bella, amarilla y yerma y desierta, y descubría también allá arriba una casa perdida, la casa más alta antes del bosque, a un tiro de fusil de mi fusil, la casa de Bachichín el Beato.

En la sombra la casa de Bachichín el Beato parecía un montón de piedras; la rodeaba una tierra costrosa y gris como la de la luna, donde crecían plantas raquíticas, como si cultivara estacas. Había hilos tendidos como para colgar la ropa, pero era la viña con sus plantas tísicas y esqueléticas. Sólo una higuera enteca parecía tener fuerzas suficientes para sostener las hojas y se retorció bajo su peso al borde del bancal.

Bachichín salió: era tan flaco que para que lo vieran tenía que ponerse de perfil, si no, sólo se veían los bigotes, que eran grises y se despleaban en el aire. Llevaba un pasamontañas de lana en la cabeza y un traje de fustán. Me vio al acecho y se acercó.

—Liebres, liebres —dijo.

—Liebres, siempre liebres —contesté.

—La semana pasada disparé a una así de grande en aquella orilla. Como de aquí hasta allí. No la acerté.

—Poca suerte.

—Poca suerte, poca suerte. A mí las liebres no es que me interesen. Prefiero quedarme debajo de un pino esperando los tordos. En una mañana uno dispara cinco, seis tiros.

—Así tiene la comida asegurada, Bachichín Beato.

—Ya. Pero no acierto ni uno.

—Suele pasar. Son los cartuchos.

—Los cartuchos, los cartuchos.

—Los que venden son una estafa. Cárguelos usted mismo.

—Ya. Si los cargo yo mismo. Tal vez los cargo mal.

—Y, hay que saber.

—Claro que sí, claro que sí.

Entretanto se había plantado de brazos cruzados en la encrucijada y allí se quedaba. La liebre no pasaría nunca si él se quedaba allí en medio. «Ahora le digo que se vaya», pensaba, pero no se lo decía y seguía allí igual, al acecho.

—Y no llueve, no llueve —decía Bachichín.

—En Córcega, esta mañana, ¿ha visto?

—Córcega. Está toda seca. Córcega.

—Mal año, Bachichín Beato.

—Mal año. Tú plantas habas, ¿crees que brotan?

—¿Brotan?

—¿Si brotan? No.

—Le habrán vendido mala semilla, Bachichín.

—Mala semilla, mal año. Ocho plantas de alcachofa.

—Caray.

—Diga cuánto me produjeron.

—Cuánto.

—Todas secas.

—Caray.

Salió de la casa Costanzina, la hija de Bachichín el Beato. Andaría por los dieciséis años, la cara en forma de aceituna, los ojos, la boca, la nariz en forma de aceituna y unas trencitas que le caían por la espalda. Los senos también debían de tener forma de aceituna, toda por el estilo, ceñida como una estatuilla, montaraz como una cabra, las medias de lana hasta la rodilla.

—¡Costanzina! —llamé.

—¡Oh!

Pero no se acercaba, tenía miedo de espantar a las liebres.

—No ladra todavía, no la alzó todavía —dijo el Beato.

Prestamos atención.

—No ladra, todavía se puede estar —y se marchó.

Costanzina se sentó a mi lado, Bachichín el Beato erraba por su desolado bancal, podando las vides enclenques; cada tanto se interrumpía y volvía a conversar.

—¿Qué hay de nuevo en Colla Bella, Tanchina? —pregunté.

La muchacha, diligente, empezó a contar.

—Anoche vi, allá arriba, unos lebratos saltando bajo la luna. Hacían ¡gui! ¡gui! Ayer brotó un hongo debajo del roble. Venenoso, rojo con puntitos blancos. Lo aplasté con una piedra. Una culebra grande y amarilla bajó a mediodía por el sendero. Vive en aquel matorral. No le arrojes piedras, es buena.

—¿Te gusta vivir en Colla Bella, Tanchina?

—De noche no: la niebla sube a las cuatro y la ciudad desaparece. Y de noche se

oye ulular al búho.

—¿Miedo del búho?

—No. Miedo de las bombas, de los aeroplanos.

Bachichín se acercó.

—Y la guerra, ¿cómo sigue la guerra?

—Hace rato que la guerra terminó, Bachichín.

—Bueno. Lo que haya en lugar de la guerra, entonces. Yo, además, que haya terminado no me lo creo. Lo han dicho tantas veces, y otras tantas ha vuelto a empezar de otra manera. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca. ¿Qué te gusta más, Tanchina, Colla Bella o la ciudad?

—En la ciudad hay el tiro al blanco —contestó—, los tranvías, la gente que empuja, el cine, los helados, la playa con parasoles.

—Ésta —dijo Bachichín— no se vuelve loca por ir a la ciudad, pero a la otra le gustaba tanto que nunca volvió.

—¿Dónde está ahora?

—A saber.

—A saber. Si por lo menos lloviera.

—Cierto. Si lloviera. Córcega, esta mañana. ¿Me equivoco?

—No se equivoca.

A lo lejos los ladridos empezaron a desencadenarse.

—El perro alzó la liebre —dije.

El Beato se plantó en el paso, de brazos cruzados.

—Alza. Alza bien —dijo—. Yo tenía una perra que se llamaba Chililla. Capaz de pasarse tres días detrás de una liebre. Una vez fue a alzarla a lo alto del bosque y me la trajo a dos metros del fusil. Le disparé dos cargas. Fallé.

—No todas pueden salir bien.

—No. Bueno, siguió alzando la liebre otras dos horas...

Se oyeron dos disparos, pero poco después los ladridos volvieron a empezar, sonando cada vez más cerca.

—... Dos horas después —prosiguió Bachichín—, volvió a traerme la liebre como antes. Fallé de nuevo, caray.

De pronto apareció por el sendero una liebre como una flecha, llegó casi hasta las piernas de Bachichín, después saltó a los matorrales y desapareció. No me dio siquiera tiempo de apuntar.

—¡Hostia! —grité.

—¿Qué pasa? —preguntó el Beato.

—Nada —dije.

Costanzina, que había vuelto a la casa, tampoco había visto nada.

—Bueno —prosiguió el Beato—, ¿no siguió la perra aquella alzando la liebre y trayéndola para que yo la atrapara? ¡Qué perra!

—¿Dónde está ahora?

—Se me escapó.

—Bueno, no todo puede salir bien.

Mi padre volvió con el perro jadeando. Blasfemaba.

—Por un pelo. Desde aquí hasta allí. Un animal así. ¿La habéis visto?

—Nada —dijo el Beato.

Yo me colgué el fusil en bandolera y empezamos a bajar.

## El ojo del amo

—El ojo del amo —le dijo su padre, señalándose un ojo, un ojo viejo entre los párpados ajados, sin pestañas, redondo como el ojo de un pájaro—, el ojo del amo engorda el caballo.

—Sí —dijo el hijo y siguió sentado en el borde de la mesa tosca, a la sombra de la gran higuera.

—Entonces —dijo el padre, siempre con el dedo debajo del ojo—, ve a los trigales y vigila la siega.

El hijo tenía las manos hundidas en los bolsillos, un soplo de viento le agitaba la espalda de la camisa de mangas cortas.

—Voy —decía, y no se movía.

Las gallinas picoteaban los restos de un higo aplastado en el suelo.

Viendo a su hijo abandonado a la indolencia como una caña al viento, el viejo sentía que su furia iba multiplicándose: sacaba a rastras unos sacos del depósito, mezclaba abonos, asestaba órdenes e imprecaciones a los hombres agachados, amenazaba al perro encadenado que gañía bajo una nube de moscas. El hijo del patrón no se movía ni sacaba las manos de los bolsillos, seguía con la mirada clavada en el suelo y los labios como silbando, como desaprobando semejante despilfarro de fuerzas.

—El ojo del amo —dijo el viejo.

—Voy —respondió el hijo y se alejó sin prisa.

Caminaba por el sendero de la viña, las manos en los bolsillos, sin levantar demasiado los tacones. El padre se quedó mirándolo un momento, plantado debajo de la higuera con las piernas separadas, las grandes manos anudadas a la espalda: varias veces estuvo a punto de gritarle algo, pero se quedó callado y se puso a mezclar de nuevo puñados de abono.

Una vez más el hijo iba viendo los colores del valle, escuchando el zumbido de los abejorros en los árboles frutales. Cada vez que regresaba a sus pagos, después de languidecer seis meses en ciudades lejanas, redescubría el aire y el alto silencio de su tierra como en un recuerdo de infancia olvidado y al mismo tiempo con remordimiento. Cada vez que venía a su tierra se quedaba como en espera de un milagro: volveré y esta vez todo tendrá un sentido, el verde que se va atenuando en

frangas por el valle de mis tierras, los gestos siempre iguales de los hombres que trabajan, el crecimiento de cada planta, de cada rama; la pasión de esta tierra se adueñará de mí, como se adueñó de mi padre, hasta no poder despegarme de aquí.

En algunos bancales el trigo crecía a duras penas en la pendiente pedregosa, rectángulo amarillo en medio del gris de las tierras yermas, y dos cipreses negros, uno arriba y otro abajo, que parecían montar guardia. En el trigal estaban los hombres y las hoces moviéndose; el amarillo iba desapareciendo poco a poco como borrado y abajo reaparecía el gris. El hijo del patrón, con una brizna de hierba entre los dientes, subía por atajos la pendiente desnuda: desde los trigales los hombres ya lo habían visto subir y comentaban su llegada. Sabía lo que los hombres pensaban de él: el viejo será loco pero su hijo es tonto.

—Buenas —le dijo U Pé al verlo llegar.

—Buenas —dijo el hijo del patrón.

—Buenas —dijeron los otros.

Y el hijo del patrón respondió:

—Buenas.

Bien: todo lo que tenían que decirse estaba dicho. El hijo del patrón se sentó en el borde de un bancal, las manos en los bolsillos.

—Buenas —dijo una voz desde el bancal de más arriba: era Franceschina que estaba espigando. Él dijo una vez más:

—Buenas.

Los hombres segaban en silencio. U Pé era un viejo de piel amarilla que le caía arrugada sobre los huesos. U Qué era de edad mediana, velludo y achaparrado; Nanín era joven, un pelirrojo desgarbado: el sudor le pegaba la camiseta y una parte de la espalda desnuda aparecía y desaparecía con cada movimiento de la hoz. La vieja Girumina espigaba, acuclillada en el suelo como una gran gallina negra. Franceschina estaba en el bancal más alto y cantaba una canción de la radio. Cada vez que se agachaba se le descubrían las piernas hasta las corvas.

Al hijo del patrón le daba vergüenza estar allí haciendo de vigilante, erguido como un ciprés, ocioso en medio de los que trabajaban. «Ahora», pensaba, «digo que me den un momento una hoz y pruebo un poco». Pero seguía callado y quieto mirando el terreno erizado de tallos amarillos y duros de espigas cortadas. De todos modos no sería capaz de manejar la hoz y haría un triste papel. Espigar: eso sí podía hacerlo, un trabajo de mujeres. Se agachó, recogió dos espigas, las arrojó en el mandil negro de la vieja Girumina.

—Cuidado con pisotear donde todavía no he espigado —dijo la vieja.

El hijo del patrón se sentó de nuevo en el borde, mordisqueando una brizna de paja.

—¿Más que el año pasado, este año? —preguntó.

—Menos —dijo U Qué—, cada año menos.

—Fue —dijo U Pé— la helada de febrero. ¿Se acuerda de la helada de febrero?

—Sí —dijo el hijo del patrón. Pero no se acordaba.

—Fue —dijo la vieja Girumina— el granizo de marzo. En marzo, ¿se acuerda?

—Cayó granizo —dijo el hijo del patrón, mintiendo siempre.

—Para mí —dijo Nanín— fue la sequía de abril. ¿Recuerda qué sequía?

—Todo abril —dijo el hijo del patrón. No se acordaba de nada.

Ahora los hombres habían empezado a discutir de la lluvia y el hielo y la sequía: el hijo del patrón estaba fuera de todo ello, separado de las vicisitudes de la tierra. El ojo del amo. Él era sólo un ojo. Pero ¿para qué sirve un ojo, un ojo solo, separado de todo? Ni siquiera ve. Claro que si su padre hubiera estado allí habría cubierto a los hombres de insultos, habría encontrado el trabajo mal hecho, lento, la cosecha arruinada. Casi se sentía la necesidad de los gritos de su padre por aquellos bancales, como cuando se ve a alguien que dispara y se siente la necesidad del estallido en los tímpanos. Él no les gritaría nunca a los hombres, y los hombres lo sabían, por eso seguían trabajando sin darse prisa. Sin embargo era seguro que preferían a su padre, su padre que los hacía sudar, su padre que hacía plantar y recoger el grano en aquellas cuestas para cabras, su padre que era uno de ellos. Él no, él era un extraño que comía gracias al trabajo de ellos, sabía que lo despreciaban, tal vez lo odiaban.

Ahora los hombres reanudaban una conversación iniciada antes de que él llegara, sobre una mujer del valle.

—Eso decían —dijo la vieja Girumina—, con el párroco.

—Sí, sí —dijo U Pé—. El párroco le dijo: Si vienes te doy dos liras.

—¿Dos liras? —preguntó Nanín.

—Dos liras —dijo U Pé.

—De las de entonces —dijo U Qué.

—¿Cuánto serían hoy dos liras de entonces? —preguntó Nanín.

—No poco —dijo U Qué.

—Caray —dijo Nanín.

Todos reían de la historia de la mujer; el hijo del patrón también sonrió, pero no entendía bien el sentido de esas historias, amores de mujeres huesudas y bigotudas y vestidas de negro.

Franceschina también llegaría a ser así. Ahora espigaba en el bancal más alto, cantando una canción de la radio, y cada vez que se agachaba la falda se le subía más, descubriendo la piel blanca de las corvas.

—Franceschina —le gritó Nanín—, ¿irías con un cura por dos liras?

Franceschina estaba de pie en el bancal, con el manojito de espigas apretado contra el pecho.

—¿Dos mil? —gritó.

—Caray, dice dos mil —dijo Nanín a los otros, perplejo.

—Yo no voy ni con curas ni con «civiles» —gritó Franceschina.

—Con militares, ¿sí? —gritó U Qué.

—Ni con militares —contestó y se puso a recoger espigas de nuevo.

—Tiene buenas piernas la Franceschina —dijo Nanín, mirándoselas.

Los otros las miraron y estuvieron de acuerdo.

—Buenas y rectas —dijeron.

El hijo del patrón las miró como si no las hubiera visto antes e hizo un gesto de asentimiento. Pero sabía que no eran bonitas, con sus músculos duros y velludos.

—¿Cuándo haces el servicio militar, Nanín? —dijo Girumina.

—Hostia, depende de que quieran examinar otra vez a los eximidos —dijo Nanín—. Si la guerra no termina, me llamarán a mí también, con mi insuficiencia torácica.

—¿Es cierto que América ha entrado en la guerra? —preguntó U Qué al hijo del patrón.

—América —dijo el hijo del patrón. Tal vez ahora podría decir algo—. América y Japón —dijo y se calló. ¿Qué más podía decir?

—¿Quién es más fuerte: América o Japón?

—Los dos son fuertes —dijo el hijo del patrón.

—¿Es fuerte Inglaterra?

—Eh, sí, también es fuerte.

—¿Y Rusia?

—Rusia también es fuerte.

—¿Alemania?

—Alemania también.

—¿Y nosotros?

—Será una guerra larga —dijo el hijo del patrón—. Una guerra larga.

—Cuando la otra guerra —dijo U Pé—, había en el bosque una cueva con diez desertores —y señaló arriba, en dirección de los pinos.

—Si dura un poco más —dijo Nanín— yo digo que nosotros también terminaremos metidos en las cuevas.

—Bah —dijo U Qué—, quién sabe cómo irá a terminar.

—Todas las guerras terminan así: al que le toca, le toca.

—Al que le toca le toca —repitieron los otros.

El hijo del patrón empezó a subir por los bancales mordisqueando la brizna de paja hasta llegar a Franceschina. Le miraba la piel blanca de las corvas cuando se inclinaba a recoger las espigas. Tal vez con ella sería más fácil; se imaginaría que le hacía la corte.

—¿Vas alguna vez a la ciudad, Franceschina? —le preguntó. Era un modo estúpido de iniciar una conversación.

—A veces bajo los domingos por la tarde. Si hay feria, vamos a la feria, si no, al cine.

Había dejado de trabajar. No era eso lo que él quería; ¡si su padre lo viera! En vez de montar la guardia, hacía hablar a las mujeres que trabajaban.

—¿Te gusta ir a la ciudad?

—Sí, me gusta. Pero en el fondo, por la noche, cuando vuelves, qué te ha



quedado. El lunes, vuelta a empezar, y te fue como te fue.

—Claro —dijo él mordiéndose la brizna. Ahora había que dejarla en paz, si no, no volvería a trabajar. Dio media vuelta y bajó.

En los bancales de abajo los hombres casi habían terminado y Nanín envolvía las gavillas en lonas para bajarlas cargadas sobre las espaldas. El mar altísimo con respecto a las colinas empezaba a teñirse de violeta del lado del ocaso. El hijo del patrón miraba su tierra, pura piedra y paja dura, y comprendía que él le sería siempre desesperadamente ajeno.

## Los hijos holgazanes

Al alba mi hermano y yo dormimos con las caras hundidas en la almohada, y ya se oyen los zapatos claveteados de nuestro padre que ronda por las habitaciones. Nuestro padre hace mucho ruido cuando se levanta, quizás a propósito, y se las arregla para ir y venir por las escaleras con sus zapatos claveteados veinte veces, todas inútiles. Tal vez toda su vida es así, un despilfarro de fuerzas, un gran trabajo inútil, y tal vez lo hace para protestar contra nosotros dos, que tanto lo hacemos rabiar.

Mi madre no hace ruido pero también ella está en pie en la gran cocina, atizando el fuego, mondando con esas manos cada vez más negras y cortajeadas, limpiando vidrios y muebles, revolviendo trapos. Y es también una protesta contra nosotros ese estarse siempre callada trabajando y llevando adelante la casa sin criadas.

«Vended la casa y comámonos el dinero» digo yo, encogiéndome de hombros cuando me angustian con eso de que no se puede seguir así, mi madre afanándose callada, día y noche, que no se sabe cuándo duerme, y entretanto las grietas son cada vez más largas en los cielos rasos y filas de hormigas recorren las paredes y las malas hierbas y las zarzas suben desde el jardín abandonado. Tal vez dentro de poco nuestra casa no será más que una ruina cubierta de plantas trepadoras. Por la mañana nuestra madre no viene a decirnos que nos levantemos quizá porque sabe que de todos modos es inútil, y ese atarearse callada con la casa que se le cae encima es su manera de perseguirnos.

En cambio mi padre a las seis abre de par en par nuestra puerta y grita:

—¡Os moleré a palos! ¡En esta casa todo el mundo trabaja salvo vosotros! ¡Pietro, levántate si no quieres que te ahorque! ¡Despierta al canalla de tu hermano Andrea!

Todavía dormidos lo oímos acercarse y tenemos la cara hundida en la almohada y ni siquiera nos volvemos. Protestamos gruñendo de vez en cuando, si tarda en callar. Pero enseguida se marcha: sabe que todo es inútil, que la suya es una comedia, una ceremonia ritual para no darse por vencido.

Volvemos a hundirnos en el sueño: las más de las veces mi hermano ni siquiera se despierta, tan acostumbrados estamos, y a él le importa un bledo. Mi hermano es egoísta e insensible: a veces me da rabia. Yo hago como él, pero por lo menos comprendo que no debería ser así y el primer descontento soy yo. Sin embargo

continúo pero con rabia.

—Perro —le digo a mi hermano Andrea—, perro, estás matando a tu padre y a tu madre —no contesta: sabe que soy un hipócrita y un bufón, que a holgazán no hay quien me gane.

Diez, veinte minutos después mi padre está de nuevo en la puerta, angustiado. Ahora emplea otro sistema: propuestas casi con indiferencia, bonachonas: una comedia lastimosa. Dice: «A ver, ¿quién viene conmigo a San Cosimo? Hay que atar las viñas».

San Cosimo es nuestro campo. Todo se nos seca y no hay brazos ni dinero para sacarlo adelante.

—Hay que desenterrar las patatas. ¿Vienes tú, Andrea? Eh, ¿vienes tú? Te estoy hablando, Andrea. Hay que regar las alubias. Qué, ¿vienes?

Andrea levanta la boca de la almohada, dice:

—No —y se duerme.

—¿Por qué? —mi padre sigue representando la comedia—, ¿le tocaba a Pietro? ¿Vienes tú, Pietro?

Después se desata de nuevo y de nuevo se calma y habla de las cosas que hay que hacer en San Cosimo como si se diera por entendido que iríamos con él. Perro, pienso de mi hermano, perro, podría levantarse y darle por una vez ese gusto, pobre viejo. Pero no me siento con ánimos para levantarme y me esfuerzo por volver a conciliar el sueño que ha desaparecido.

—Bueno, daos prisa que os espero —y se va como si nos hubiéramos puesto de acuerdo.

Lo oímos moverse y desgañitarse abajo, preparando los abonos, el sulfato, las semillas que va a llevar, cada día sale y regresa cargado como una mula. Cuando creemos que ya se ha marchado, vuelve a gritar desde el fondo de la escalera:

—¡Pietro! ¡Andrea! ¡Por Cristo! ¿No estáis listos?

Es el último arrebato; después oiremos sus suelas claveteadas detrás de la casa, el golpe de la puertecilla y él que se aleja por el sendero expectorando y quejándose.

Ahora es posible volver a dormir varias horas seguidas, pero no consigo conciliar el sueño y pienso en mi padre que sube cargado por el camino de herradura, expectorando, y después furioso contra los braceros que le roban y dejan que todo se vaya al demonio. Y mira las plantas y los campos y los insectos que roen y taladran por todas partes y el amarillo de las hojas y la espesura de las malas hierbas, todo el trabajo de su vida derrumbándose como los muros de los bancales que se desmoronan con cada lluvia, y blasfema contra sus hijos.

Perro, digo pensando en mi hermano, perro. Prestando atención me llega desde abajo algún ruido de cacerolas, el mango de una escoba que cae al suelo. Mi madre está sola en la enorme cocina y la luz apenas ilumina los cristales de las ventanas y ella se desloma por gentes que le vuelven la espalda. Lo pienso y me duermo.

Todavía no son las diez y nuestra madre se pone a gritar desde las escaleras:

—¡Pietro! ¡Andrea! ¡Ya son las diez!

Es una voz muy furiosa, como si algo inaudito la sacara de sus casillas, pero es así todas las mañanas.

—Síii... —gritamos.

Y nos quedamos en la cama una media hora más, ya despiertos, para acostumbrarnos a la idea de levantarnos. Entonces empiezo a decir:

—Hale, despiértate, Andrea, hale, levantémonos. Vamos, Andrea, empieza a levantarte. —Andrea gruñe.

Al fin nos ponemos en pie con muchos bufidos y estirones. Andrea da vueltas en pijama con movimientos de viejo, la cabeza hirsuta y los ojos medio ciegos y ya está lamiendo el papel de liar y se pone a fumar. Fuma junto a la ventana, después se decide a lavarse y a afeitarse.

Entretanto ha empezado a canturrear y el canturreo se convierte en una canción. Mi hermano tiene voz de barítono, pero cuando está en compañía es siempre el más triste, no canta nunca. En cambio cuando está solo, mientras se afeita o se baña, ataca con voz profunda uno de sus temas cadenciosos. Canciones no sabe y siempre termina arremetiendo con un poema de Carducci que aprendió de niño: «*Sul castello di Verona/ batte il sole a mezzogiorno...*».

Yo me estoy vistiendo del otro lado y coreo sin alegría, con una especie de violencia: «*Mormorando per l'aprigo/ verde il grande Adige va...*».

Mi hermano sigue con la cantilena sin saltarse ni una estrofa hasta el final, mientras se lava la cabeza y se cepilla los zapatos. «*Nero come un corvo vecchio/ e negli occhi aveva carboni...*».

Cuanto más canta más me lleno de rabia y también yo canto con saña: «*Mala sorte è questa mia/ mala bestia mi toccò...*».

Es el único momento en que hacemos ruido. Después nos callamos durante casi todo el día.

Bajamos y calentamos la leche, hacemos sopas de pan y comemos con mucho ruido. Mi madre nos ronda y habla lamentándose pero sin insistir de todo lo que hay que hacer, de las compras necesarias. «Sí, sí», contestamos y lo olvidamos enseguida.

Por las mañanas en general no salgo. Me quedo deambulando por los pasillos con las manos en los bolsillos, o reordeno la biblioteca. Hace tiempo que no compro más libros: haría falta demasiado dinero y además he dejado pasar demasiadas cosas que me interesaban y, si ahora me pusiera, querría leerlo todo y no tengo ganas. Pero sigo reordenando los pocos libros de mi anaquel: italianos, franceses, ingleses, o por temas: historia, filosofía, novelas, o bien todos los encuadernados y las ediciones bonitas a un lado, y los estropeados a otro.

En cambio mi hermano va al café Imperia a ver jugar al billar. Él no juega porque no sabe: se pasa las horas mirando a los jugadores, siguiendo las carambolas, fumando, sin apasionarse, sin apostar porque no tiene un céntimo. A veces le encomiendan que tome nota de los puntos, pero suele distraerse y se equivoca. Hace

pequeños negocios, los necesarios para comprarse tabaco; hace seis meses solicitó un empleo en la administración del acueducto que le permitiría mantenerse, pero no hace nada por conseguirlo; de todos modos no le falta qué comer.

Mi hermano llega tarde al almuerzo y comemos los dos en silencio. Nuestros padres discuten siempre sobre gastos e ingresos y deudas, y sobre qué hacer para seguir adelante con dos hijos que no ganan nada, y nuestro padre dice: «Fijaos en vuestro amigo Costanzo, fijaos en vuestro amigo Augusto». Porque nuestros amigos no son como nosotros: han formado una sociedad para la compraventa de bosques de leña y viajan siempre comerciando y contratando, incluso con nuestro padre, y ganan un montón de dinero y pronto tendrán camión. Son unos tramposos y mi padre lo sabe, pero le gustaría que fuéramos como ellos y no como somos: «Vuestro amigo Costanzo ha ganado mucho con ese negocio», dice. «¿Por qué no tratáis de meteros vosotros?». Nosotros con nuestros amigos salimos a pasear, pero negocios no nos proponen: saben que somos unos holgazanes y que no servimos para nada.

Por la tarde mi hermano duerme otra vez: no se sabe qué hace para dormir tanto, pero duerme. Yo voy al cine: todos los días, aunque pasen películas que ya he visto, así no me esfuerzo en seguir el argumento.

Después de cenar, tendido en el diván, leo ciertas novelas largas, traducidas, que me prestan: suelo perder el hilo y no consigo retomarlo. Mi hermano apenas termina de comer sale: va a ver jugar al billar.

Mis padres se acuestan enseguida porque se levantan temprano. «Vete a tu cuarto, que estás malgastando luz», me dicen cuando suben. «Voy», digo, y no me muevo.

Ya estoy en la cama y hace un rato que duermo cuando a eso de las dos regresa mi hermano. Enciende la luz, da vueltas por la habitación y fuma el último cigarrillo. Cuenta cosas de la ciudad, hace juicios benévolos sobre la gente. Es la hora en que está realmente despierto y dispuesto a hablar. Abre la ventana para que salga el humo, miramos la colina con el camino iluminado y el cielo oscuro y límpido. Yo me incorporo, me siento en la cama y charlamos largo rato de cosas indiferentes, con ánimo ligero, hasta que nos entra sueño.

## Comida con un pastor

Fue un error de nuestro padre, como siempre. Había hecho venir a aquel muchacho de un pueblecito de montaña para que nos guardara las cabras. Y el día en que llegó quiso invitarlo a comer con nosotros.

Nuestro padre no comprende las diferencias que existen entre las gentes, la diferencia entre un comedor como el nuestro, con muebles tallados, alfombras con dibujos oscuros, mayólicas, y las casas de piedra, ahumadas, con suelo de tierra batida y festones de papel de periódico negros de moscas en el manto de las chimeneas. Nuestro padre se mueve en todas partes con esa cordialidad suya sin ceremonias, de quien no permite que le cambien el plato, y cuando sale de caza todos lo invitan, y por la noche vienen a verlo para zanjar pleitos. Nosotros, sus hijos, no. Mi hermano quizá pase todavía: con su aire de complicidad taciturna puede suscitar alguna confianza escabrosa; pero yo sé lo difícil que es hablarse entre seres humanos y siento todo el tiempo las distancias entre las clases y las culturas que se abren bajo mis pies como abismos.

Él entra; yo estoy leyendo un periódico. Y mi padre empieza a echarle largos discursos, ¿qué necesidad había?, se sentirá cada vez incómodo. Pues no. Alcé los ojos y estaba en medio de la sala, las manos colgando, el mentón apoyado en el pecho, pero mirando hacia adelante, obstinado. Era un pastor de mi edad, aproximadamente, de pelo compacto y leñoso y las facciones abombadas: frente, órbitas, mandíbula. Llevaba una camisa oscura de soldado, abotonada, que le apretaba la nuez y un pobre traje mal cortado del que parecían desbordarle las grandes manos nudosas y los zapatones pesados y lentos sobre el suelo brillante.

—Éste es mi hijo Quinto —dijo mi padre—, está en la secundaria.

Yo me levanté aventurando una expresión sonriente y mi mano tendida se encontró con la suya y enseguida las retiramos sin mirarnos a la cara. Mi padre había empezado ya a contar de mí cosas que no le importaban a nadie: de cuánto me faltaba para terminar mis estudios, de un lirón que había matado yo una vez que salí a cazar en los pagos del muchacho; y yo me encogía de hombros con frases como: «¿Yo? ¡Qué va!», cada vez que algo me parecía inexacto. El pastor seguía mudo e inmóvil y no se sabía si escuchaba: de vez en cuando lanzaba una rápida ojeada hacia una pared, una cortina, como un animal enjaulado que busca una salida.

Entretanto mi padre había cambiado de tema y ahora daba vueltas por la habitación y hablaba de ciertas variedades de hortalizas que se cultivaban en aquellos valles y le hacía preguntas al muchacho y él con el mentón clavado en el pecho y la boca semicerrada seguía contestando que no sabía. Escondido detrás del periódico, yo esperaba que sirvieran la comida. Pero mi padre ya había hecho sentar al invitado y había traído de la cocina un pepino y lo cortaba en tajadas finas en el plato de la sopa, para que lo comiera, decía, como entrante.

Mi madre apareció, alta y con un vestido negro bordeado de encaje y su pelo blanco y lacio con una raya impecable.

—Ah, aquí está nuestro pastorcito —dijo—. ¿Has tenido un buen viaje?

El muchacho no se levantó y no contestó, alzó la mirada hacia mi madre, una mirada llena de desconfianza y de incompreensión. Yo estaba con él de todo corazón: desaprobaba ese tono de superioridad afectuosa de mi madre, su tuteo de patrona: si hubiera hablado en dialecto como nuestro padre, pase, pero hablaba en italiano, un italiano frío como una pared de mármol frente al pobre pastor.

Yo quería desviar la conversación, protegerlo. Entonces leí una noticia en el periódico, una noticia que sólo podía interesar a mis padres, sobre un yacimiento mineral descubierto en una localidad africana donde vivían unos conocidos nuestros. Había elegido a propósito una noticia que no tuviera absolutamente nada que ver con nuestro huésped, llena de nombres que le eran desconocidos; y no para hacerle pesar más su aislamiento, sino como para cavar un foso a su alrededor y darle un respiro, distraer de él por un momento las agobiantes atenciones de mis padres. Tal vez también mi gesto fue malinterpretado por él y tuvo un efecto contrario, porque mi padre empezó a desenterrar una de sus historias africanas y a confundir al chico con un embrollo de extraños nombres de lugares, poblaciones y animales.

Ya iban a servir la sopa cuando apareció mi abuela en su silla de ruedas empujada por mi pobre hermana Cristina. Tuvieron que gritarle a la oreja de qué se trataba. Y mi madre llegó incluso a hacer las presentaciones:

—Éste es Giovannino, que nos cuidará las cabras. Mi madre. Mi hija Cristina.

Yo enrojecía de vergüenza al oír que lo llamaban Giovannino; quién sabe cómo sonaría aquel nombre en el cerrado y tosco dialecto de la montaña: sin duda era la primera vez que lo llamaban de esa manera.

Mi abuela asintió con su calma patriarcal:

—¡Muy bien, Giovannino, esperemos que no se te escape ninguna cabra, eh!

Mi hermana Cristina, que en cualquiera de las raras visitas que recibimos ve personas de suma importancia, semiescondida como estaba detrás del respaldo de la silla de ruedas, se adelantó muy asustada murmurando:

—Encantadísima —y le dio la mano que él rozó torpemente.

El pastor estaba sentado en el borde de la silla, pero mantenía los hombros echados hacia atrás y las manos abiertas sobre el mantel, mirando a mi abuela como fascinado. Esa viejecita encogida en la gran silla, con los mitones que le descubrían

los dedos exangües vagamente gesticulantes en el aire, y aquel rostro minúsculo bajo la avalancha de las arrugas, aquellas gafas que apuntaban en dirección a él tratando de descifrar alguna forma en el confuso montón de sombras y colores que le transmitían sus ojos, y esa manera de expresarse en italiano como si estuviese leyendo un libro, todo debía de parecerle nuevo, diferente de las otras imágenes de la vejez que él tenía.

Mi pobre hermana Cristina, que por su parte estaba no menos perdida, como cada vez que veía caras nuevas, con las manos siempre juntas debajo de la pañoleta que le modelaba los hombros deformes, se adelantó hasta el centro de la sala y, alzando hacia los cristales de la ventana los ojos claros y despavoridos, la cabeza estriada por precoces mechones grises, el rostro afeado por el tedio de sus días de reclusa, dijo:

—En el mar había una barquita, yo la vi. Y dos marineros que remaban, remaban. Y después pasó detrás del tejado de una casa y nadie la vio nunca más.

Yo quería que nuestro huésped se diera cuenta enseguida del triste caso de nuestra hermana, para que no tuviera que pensarlo más y no se detuviese a hacer conjeturas. Así que salté con una animosidad forzada y totalmente fuera de lugar:

—Pero ¿cómo puedes haber visto desde nuestras ventanas a unos hombres en una barca? Estamos demasiado lejos.

Mi hermana seguía mirando por aquellos cristales: no el mar, sino el cielo.

—Dos hombres en una barca. Y remaban, remaban. Y había la bandera, la bandera tricolor.

Entonces me di cuenta de que al escuchar a mi hermana el pastor no demostraba la incomodidad y el despiste que parecía causarle la presencia de todos los demás. Tal vez encontraba finalmente algo que entraba en sus esquemas, un punto de contacto entre nuestro mundo y el suyo. Y recordé los dementes que suelen verse en las aldeas de montaña, que se pasan las horas sentados en los umbrales entre nubes de moscas, y que con sus quejumbrosos delirios entristecen las noches campesinas. Tal vez esta desgracia de nuestra familia, que él comprendía porque era bien conocida entre sus gentes, lo acercaba más a nosotros que la camaradería fuera de lugar de mi padre, el aire maternal y protector de las mujeres o mi manera torpe de apartarme.

Mi hermano llegó con retraso, como de costumbre, cuando ya empuñábamos las cucharas. Entra y de un vistazo se da cuenta de todo, y antes de que mi padre le explique la historia y lo presente: «Mi hijo Marco, que estudia para notario», ya se ha sentado y come sin pestañear, sin mirar a nadie, con las frías gafas que parecen negras por lo impenetrables, y la lúgubre barbita lisa y rígida. Se diría que hubiera saludado a todo el mundo y que disculpándose de su retraso hubiera dedicado incluso una especie de sonrisa al huésped, pero no despegó los labios y ni una arruga plegó la despiadada frente. Ahora sé que el pastor tiene a su lado a un aliado poderosísimo que lo protegerá con su mutismo de piedra, que le abrirá una vía de escape en esa pesada atmósfera de desazón que sólo él, Marco, sabe crear.

El pastor inclinado sobre el plato sorbía ruidosamente la sopa. En esto los tres



hombres estábamos con él y dejábamos que las mujeres hicieran alarde de buena educación: nuestro padre por su natural ruidoso y expansivo, mi hermano por imperiosa determinación y yo por falta de gracia. Me alegraba esta nueva alianza, esta rebelión de nosotros cuatro contra las mujeres, porque así el pastor no se sentiría solo. Seguro que en ese momento las mujeres nos desaprobaban y no lo decían para no humillarnos, los de la casa frente al huésped y viceversa. Pero ¿se daba cuenta el pastor? Seguramente no.

Mi madre pasó al ataque, dulcísima:

—¿Y cuántos años tienes, Giovannino?

El muchacho dijo la cifra que resonó como un grito. La repitió despacio.

—¿Cómo? —dijo la abuela y la repitió equivocándose.

—No, no es eso —y todos se la gritaban a la oreja. Sólo mi hermano callaba.

—Un año más que Quinto —descubrió mi madre y se consideró obligada a repetírselo a la abuela.

A mí me hacía sufrir esa comparación entre él y yo: él que debía guardar las cabras ajenas para vivir, y heder a carnero, y que tenía fuerzas como para derribar una encina, y yo que vivía echado en una tumbona, junto a la radio, leyendo libretos de ópera, que pronto iría a la universidad y no quería ponerme la camiseta sobre la piel porque me escocía la espalda. Las cosas que me habían faltado a mí para ser él, y las que le habían faltado a él para ser yo, las sentía entonces como una injusticia que hacía de mí y de él dos seres incompletos que se escondían, desconfiados y avergonzados, detrás de la sopera.

Entonces fue cuando nuestra abuela preguntó:

—¿Y ya has hecho el servicio militar, eh?

Era una pregunta fuera de lugar; su clase no había sido llamada todavía, acababa de pasar la primera revisión.

—Soldado del papa —dijo nuestro padre, uno de sus chistes que no hacían reír a nadie.

—Tengo que volver a pasar el reconocimiento —dijo el pastor.

—Oh —dijo nuestra abuela—, ¿no apto para el servicio? —y su voz expresaba desaprobación y pesar.

Y, aunque así fuera, pensaba yo, ¿a ti qué te importa?

—No. Tengo que volver a pasar el reconocimiento.

—Y eso ¿qué es? —Hubo que explicárselo.

—Soldado del papa, ja, ja, soldado del papa —se divertía nuestro padre.

—Ah, esperemos que no estés enfermo.

—Enfermo el día del reconocimiento —dijo el pastor, y por suerte mi abuela no oyó.

Mi hermano alzó entonces la cabeza del plato y a través del cristal de sus gafas pasó algo como una ojeada directa al huésped, una ojeada de entendimiento, y la barbita se estiró en los bordes de los labios tal vez insinuando una sonrisa como si

dijera: «No les hagas caso, yo te entiendo y de estas cosas lo sé todo». Con estas brascas señales de complicidad se ganaba Marco las simpatías: de ahora en adelante el pastor lo miraría siempre a él, cada vez que respondiera «¿no?» a una pregunta. También yo descubría que en las raíces de esa púdica confianza humana de mi hermano Marco estaba la necesidad de nuestro padre de obtener la aprobación ajena y la superioridad aristocrática de nuestra madre. Y pensé que, no por aliarse con Marco, el pastor estaría menos solo.

En ese momento me pareció que podía decir algo quizás interesante para él y expliqué que a mí me habían dado una prórroga hasta el final de mis estudios. Pero lo que había sacado a relucir era la diferencia tremenda entre nosotros dos, la imposibilidad de tener algo en común aun en las cosas que parecían una fatalidad para todo el mundo, como el servicio militar. Mi hermana salió con una de las suyas:

—Disculpe, pero ¿lo destinarán a la caballería?

Lo cual tal vez hubiese pasado inadvertido de no ser porque mi abuela encontró el tema interesante:

—Eh, en nuestros tiempos la caballería...

El pastor murmuró algo como:

—Los cazadores alpinos.

Mi hermano y yo nos dimos cuenta de que en ese momento teníamos como aliada a nuestra madre, que sin duda consideraba tonto ese tema de conversación. Pero ¿por qué no intervenía, entonces, para cambiarlo? Por suerte mi padre dejó de repetir: «Ah, soldado del papa...» y preguntó si en el bosque crecían hongos.

Durante todo el almuerzo seguimos así esta guerra entre nosotros tres, los muchachos, y un mundo cruel y afable, sin poder reconocernos como aliados, llenos de desconfianza recíproca incluso entre nosotros. Mi hermano terminó con un gran gesto, después de la fruta: sacó una cajetilla y ofreció un cigarrillo al huésped. Lo encendieron sin pedir permiso a nadie, y éste fue el momento de solidaridad más plena que se creó en aquella comida. Yo quedaba excluido, porque mis padres no me permitían fumar mientras estuviera en la secundaria. Ahora mi hermano estaba satisfecho: se levantó, aspiró dos bocanadas mirándonos desde arriba y, en silencio, como había venido, dio media vuelta y se marchó.

Mi padre encendió la pipa y la radio para escuchar las noticias. El pastor miraba el aparato con las manos extendidas sobre las rodillas y los ojos muy abiertos enrojecidos por las lágrimas. En esos ojos se veía aún el pueblo alto sobre los campos, el círculo de las montañas y la espesura de los bosques de castaños. Mi padre no dejaba de escuchar, hablaban mal de la Sociedad de Naciones, y yo aproveché para salir del comedor.

El recuerdo del muchacho pastor nos siguió toda la noche. Cenamos en silencio bajo las luces tamizadas de la lámpara y no podíamos dejar de pensar en él, solo ahora en la cabaña de nuestra finca. Ahora seguramente habría terminado de tomar la sopa recalentada en la fiambarrera, y se habría tendido sobre la paja casi a oscuras

oyendo abajo las cabras que se movían y tropezaban y masticaban hierba. El pastor salía y del lado del mar había un poco de niebla y el aire estaba húmedo. Un manantial murmuraba discreto en el silencio. El pastor se acercaba a él por los caminos cubiertos de hiedra silvestre y bebía sin sed. Se veían luciérnagas que aparecían y desaparecían como en un gran enjambre compacto. Pero él movía el brazo en el aire sin tocarlas.

## Los hermanos Bagnasco

Me paso meses y meses fuera de casa, a veces años. Vuelvo de vez en cuando y mi casa está siempre en lo alto de la colina, con su revoque rojizo que de lejos la hace visible entre los olivos espesos como humo. Es una casa antigua, con arcadas que parecen puentes, en los muros símbolos masónicos que pusieron mis viejos para ahuyentar a los curas. En casa está mi hermano, que también se pasa la vida dando vueltas por el mundo, pero vuelve más a menudo que yo y, al regresar, me lo encuentro siempre. Acaba de llegar y no para hasta encontrar su chaqueta cazadora, el chaleco de fustán, los pantalones con fondillos de cuero, y elige la pipa que tira mejor y fuma.

«Oh», dice, y tal vez hace años que no nos vemos y él no se esperaba que yo llegase. «Hola», digo yo, y no porque haya nada entre nosotros, porque si nos encontrásemos en otra ciudad nos haríamos fiestas, tal vez nos daríamos palmadas en la espalda, «¡Vaya, vaya!», nos diríamos, sino porque en casa es diferente, en casa siempre ha sido así.

Entonces entramos en casa los dos, las manos en los bolsillos, mudos, un poco cortados, y de pronto mi hermano empieza a hablar como reanudando una conversación interrumpida poco antes.

—Anoche —dice— el hijo de la Giacinta se la andaba buscando.

—Una bala, merecía —digo yo, aunque no sé de qué se trata.

Sin embargo quisiéramos preguntarnos el uno al otro de dónde venimos, qué trabajo hacemos, si ganamos bien, si nos hemos casado, si tenemos hijos, pero hay tiempo para preguntárnoslo después, ahora sería ir contra la costumbre.

—Ya sabes que la noche del viernes es nuestro turno para el agua del Pozo Largo —dice.

—Viernes por la noche, sí —aseguro yo, que no lo recordaba y tal vez nunca lo supe.

—¿Tú crees que todos los viernes por la noche tenemos agua? —dice—. La desvían para ellos, si no estamos para montar guardia. Anoche paso por allí a eso de las once y veo a alguien que corre con una zapa: habían desviado la acequia hacia las tierras de Giacinta.

—¡Una bala, merecía! —digo y estoy ya lleno de rabia: meses y meses olvidado

de que existiera la cuestión del agua del Pozo Largo, dentro de una semana me marcharé y volveré a olvidarme, pero ahora estoy lleno de rabia por el agua que nos han robado durante los meses transcurridos y por la que nos robarán en los venideros.

Entretanto recorro las escaleras y las habitaciones, con mi hermano detrás aspirando la pipa, las escaleras y las habitaciones donde cuelgan fusiles antiguos y nuevos y talegas para la pólvora y cuernos de caza y cabezas de ante. Las escaleras y las habitaciones huelen a encierro y a polilla, en los muros en vez de crucifijos hay signos masónicos. Mi hermano habla de todo lo que roban los paisanos, de las cosechas que se malogran, de las cabras ajenas que pacen en nuestros prados, de nuestro bosque donde va a buscar leña el valle entero. Y yo voy sacando de los armarios chaquetas, polainas, chalecos llenos de bolsillos largos alrededor para guardar los cartuchos y me quito la ropa arrugada de la ciudad y me miro en los espejos todo enjaezado de cuero y de fustán.

Poco después vamos bajando por el camino de herradura con las escopetas de doble cañón en bandolera, para ver si disparamos algún tiro al vuelo o inmóviles. No hemos dado cien pasos cuando recibimos en el cuello una granizada de pedregullo, arrojada con fuerza, al parecer con una honda. En lugar de volvernos enseguida, hacemos como si nada y continuamos vigilando el muro de la viña sobre el camino. Entre las hojas grises de sulfato se asoma en ese momento la cara de un chiquillo, una cara redonda y roja con muchas pecas que se amontonan debajo de los ojos como un melocotón comido por los pulgones.

—¡Santo Cristo! ¡Ahora se las arreglan para que hasta los niños estén contra nosotros! —digo, y empiezo a maldecirlos.

El niño se asoma de nuevo, saca la lengua y escapa. Mi hermano sale por la puerta de la viña y se larga a perseguirlo por los viñedos, pisoteando los almácigos, conmigo detrás, hasta que lo acorralamos. Mi hermano lo empuña por el pelo, yo por las orejas, veo que le hago daño pero tiro igual, siento que cuanto más daño le hago más me enfurezco y gritamos:

—Esto es para ti y el resto será para tu padre que te ha mandado.

El chico llora, me muerde un dedo y escapa: en el fondo de los viñedos aparece una mujer de negro, esconde la cabeza del niño en su mandil y empieza a vociferar palabras contra nosotros agitando un puño:

—¡Cobardes! ¡Tomárselas con un niño! Sois los prepotentes de siempre. ¡Ya aparecerá quien os dé vuestro merecido, esperad!

Pero nosotros continuamos nuestro camino encogiéndonos de hombros porque a las mujeres no se les responde.

Seguimos andando y encontramos a dos tipos cargados de ramas secas que avanzan doblados en ángulo recto bajo el peso.

—Eh, vosotros —los detenemos—, ¿dónde habéis encontrado esa leña?

—Donde nos da la gana —dicen y se disponen a seguir adelante.

—Porque si la habéis tomado de nuestro bosque os la hacemos devolver y además

os colgamos de un árbol.

Los hombres han depositado la carga sobre el pretil y nos miran todos sudados desde debajo del saco que como una capucha les protege la cabeza y los hombros.

—Nosotros no sabemos si es vuestro o no. Nosotros no sabemos quiénes sois.

En realidad parecen gentes nuevas, tal vez sin empleo, que se han puesto a cortar leña. Razón de más para darnos a conocer.

—Somos los Bagnasco. ¿No habéis oído hablar?

—Nosotros no sabemos nada de nadie. La leña la sacamos del bosque comunal.

—En el comunal está prohibido. Ahora llamamos a un guardia para que os meta en chirona.

—Eh, vaya si sabemos quiénes sois —salta uno de ellos—. ¡Cómo no vamos a conoceros, siempre dispuestos a meter en líos a los pobres! ¡Pero alguna vez se terminará!

Yo empiezo:

—Se terminará ¿qué? —y después decidimos dejarlo estar y nos alejamos maldiciendo a los unos y a los otros.

Pero mi hermano y yo, cuando estamos en cualquier otro lugar, hablamos con los conductores de tranvías, con los vendedores de periódicos, pasamos un cigarrillo a quien nos lo pide, lo pedimos a quien nos lo dé. Aquí es otra cosa, aquí siempre hemos sido así, circulamos con la escopeta y armamos follones por todas partes.

En la taberna de arriba está la sede de los comunistas: afuera hay un panel con recortes de periódicos y notas clavadas con chinchetas. Al pasar vemos pegada una poesía que dice que los señores son siempre los mismos y que los prepotentes de antes son hermanos de los de ahora. «Hermanos» está subrayado porque hay todo un doble sentido contra nosotros. Escribimos en el papel: «Cobardes y mentirosos», después firmamos: «Bagnasco Giacomo y Bagnasco Michele».

Sin embargo, fuera de aquí tomamos la sopa en las frías mesas cubiertas de hule con otros hombres que trabajan lejos de sus casas, y escarbamos con la uña en la miga del pan gris y gomoso; y entonces el vecino de mesa habla de las cosas que trae el periódico y también nosotros decimos: «¡Todavía hay gente prepotente en el mundo! ¡Pero un día las cosas se arreglarán!». Aquí no es posible; aquí las tierras no producen, los jornaleros roban, los braceros se duermen en el trabajo, la gente escupe por detrás cuando pasamos porque no queremos trabajar nuestras tierras y —dicen— sólo servimos para explotar a los demás.

Llegamos a un lugar por donde deberían pasar palomos silvestres y buscamos dos sitios para esperar. Pero enseguida nos cansamos de estar inmóviles y mi hermano me muestra una casa donde viven unas hermanas, y silba a una de ellas que es su amiga. La mujer baja: tiene el pecho ancho y las piernas velludas.

—Oye, a ver si viene también tu hermana Adelina, que está mi hermano Michele —le dice él.

La muchacha vuelve a la casa y yo le pregunto a mi hermano:

—¿Es guapa? ¿Es guapa?

Mi hermano no se pronuncia:

—Es gorda. Complaciente.

Salen las dos, y la mía es realmente gorda y alta, y para una tarde como ésta puede pasar. Empiezan por hacer melindres y dicen que no pueden mostrarse con nosotros porque, si no, se les ponen en contra todos los del valle, pero les decimos que no sean estúpidas, y las llevamos al campo, a los lugares donde esperábamos los palomos. De vez en cuando mi hermano encuentra incluso la manera de disparar un tiro: está acostumbrado a llevarse a la chica cuando sale de caza.

Al cabo de un rato de estar allí con Adelina siento entre la cabeza y el cuello otra andanada de guijarros. Veo al chico de las pecas que escapa, pero no tengo ganas de seguirlo y lo insulto.

Al final las muchachas dicen que tienen que ir a la visitación del Santísimo.

—Fuera y no nos fastidiéis más —decimos.

Mi hermano me explica que son las dos más putas del valle y que tienen miedo de que los otros muchachos, al verlas con nosotros, por despecho dejen de ir con ellas. Yo grito al viento: «¡Gorronas!», pero en el fondo no me gusta que sólo vengan con nosotros las más putas del valle.

En la Plaza de San Cosimo y Damiano está toda la gente que va a la visitación. Se apartan a nuestro paso y todos nos miran torcido, incluso el cura, porque desde hace tres generaciones los Bagnasco no vamos a misa.

Seguimos andando y oímos caer algo cerca.

—¡El chico! —gritamos y estamos por correr a seguirlo.

Pero es un níspero podrido que ha caído de una rama. Seguimos adelante, dando puntapiés a las piedras.

## La casa de las colmenas

Es difícil verla de lejos e incluso el que ha estado ya una vez no recuerda el camino de vuelta; había un sendero y lo destruí a golpes de azadón, cubriéndolo de zarzas que prendieran y borrarán cualquier huella. Mi casa me la he elegido bien, perdida aquí arriba entre las retamas, de una sola planta para que no se la vea desde el valle, blanqueada con cal, corroída como un hueso por los agujeros de las ventanas.

La tierra de alrededor hubiera podido trabajarla y no lo hice, me basta un almácigo cuadrado donde las babosas roen las lechugas y un pedazo de terraza donde a fuerza de azada hago crecer patatas germinadas y violáceas. No necesito trabajar más de lo que como, porque no tengo nada que compartir con nadie.

No arranco las ortigas, ni las que suben al tejado de la casa ni las que ya caen sobre el huerto como una lenta avalancha; me gustaría que lo sepultaran todo, yo incluido. Las lagartijas han anidado en los intersticios de los muros, debajo de los ladrillos del pavimento las hormigas han excavado ciudades porosas y ahora salen en fila. Yo miro satisfecho cada día y observo que se ha abierto una nueva grieta; y pienso en el momento en que las ciudades del género humano se ahogarán tragadas por las plantas colgantes.

Más arriba de mi casa hay franjas de hierba dura donde dejo pacer mis cabras. A veces al alba pasan unos perros que husmean las liebres; los echo a pedradas. Odio los perros, su servil fidelidad al hombre, odio a todos los animales domésticos, su manera de fingir que entienden al género humano para lamer los restos de sus platos engrasados. Sólo soporto las cabras, porque ni dan confianza ni la toman.

No necesito perros encadenados que vigilen. Y tampoco tapias, vallas y cerrojos, monstruosas máquinas humanas. Mis campos están rodeados de colmenas, apoyadas en una tapia, y de un vuelo de abejas como un seto que sólo yo cruzo. Por las noches las abejas duermen en los cartílagos de los panales, pero a mi casa no se acerca ningún hombre; me tienen miedo y con razón. Con razón, digo, no porque ciertas historias que cuentan sobre mí sean ciertas; son mentiras dignas de ellos, pero hacen bien en tenerme miedo y es lo que quiero.

Por la mañana, al otro lado de la cresta, abajo, veo el valle que desciende y el mar altísimo, todo en torno a mí y al mundo. Y a los pies del mar veo las casas del género humano apretadas, náufragas en su falsa fraternidad, la ciudad encalada y leonada,



veo el relampagueo de sus cristales y el humo de sus fuegos. Un día zarzas y hierbas cubrirán sus plazas, y subirá el mar para transformar en rocas las ruinas de sus casas.

Ahora sólo las abejas están conmigo: pululan alrededor de mis manos sin picarme cuando saco la miel de los panales, y se me posan encima como una barba viviente, amigas abejas con su saber antiguo y sin historia. Hace años que vivo con cabras y abejas en esta colina cubierta de retama: antes hacía una marca en la pared por cada año que pasaba; ahora las ortigas ahogan todas las cosas, ese absurdo tiempo humano. En el fondo, ¿por qué debería estar con los hombres y trabajar para ellos? Me dan asco sus manos sudadas, sus ritos salvajes, bailes e iglesias, la saliva ácida de sus mujeres. Pero esas historias, créanme, no son ciertas, siempre han contado historias sobre mí, raza de mentirosos.

No doy ni debo nada: si de noche llueve, por la mañana grandes caracoles estrían la colina, los cocino y me los como; en el bosque los hongos blandos y húmedos perforan la tierra. El bosque me da todo lo que me hace falta: leña y piñas para quemar, y castañas; capturo animales con lazo, liebres y tordos, no crean que amo los animales salvajes, que soy un adorador idílico de la naturaleza, absurda hipocresía de los hombres. Sé que en el mundo hay que comerse unos a otros y que reina la ley del más fuerte: mato los animales que quiero comer, nada más, con trampas, no con armas, para no tener necesidad de perros ni de servidores que alcen la caza.

A veces, si no atino a apartarme cuando oigo su lúgubre ruido, encuentro a hombres en el bosque, hachas que abaten los troncos uno por uno. Finjo no verlos. Los domingos los pobres vienen a buscar leña a los bosques que se pelan como cabezas manchadas de alopecia: los troncos arrastrados con cuerdas forman pistas abruptas que la lluvia excava durante los temporales provocando desmoronamientos. Ojalá todo se arruinara en las ciudades humanas, ojalá un día viera yo emerger de la tierra las cimas de las chimeneas, encontrara recodos de calles interrumpidas en medio de despeñaderos y, en el fondo de los bosques, claros erizados de rieles.

Pero quizá también ustedes quieran saber si no siento nunca el peso de esta soledad, si alguna vez, en uno de esos largos ocasos, uno de los primeros largos ocasos de primavera, no he bajado sin una idea precisa hacia las casas del género humano. Bajé, era un atardecer tibio, hacia aquellas tapias que rodean los huertos, por encima de las cuales sobresalen las copas de los nísperos, bajé y oí aquellas risas de mujer, aquel llamar a un niño lejano, así fue como volví, la última vez, a subir aquí solo. Digo: a mí, como a cualquiera, me da de vez en cuando miedo de equivocarme. Y entonces, como cualquiera, continúo.

Ustedes tienen miedo de mí y con razón. Pero no por aquello. Aquello, haya sucedido o no, ocurrió hace tantos años, yo en aquel entonces, pero ya no tiene importancia.

Aquella mujer, yo había llegado poco antes, aquella mujer de negro había venido a la siega, yo todavía cargado de afectos humanos, vi segar a aquella mujer de negro en lo alto de la colina y me saludó y yo no la saludé y seguí andando. Y yo estaba

cargado todavía de afectos humanos y de una vieja ira, me acerqué sin que ella me oyera, sentía una vieja ira, no contra ella, ni siquiera recuerdo qué cara tenía.

Así que la historia tal como la cuentan ahora los otros es falsa porque era tarde y no había ningún ser humano en el valle y yo la tenía agarrada por la garganta y nadie la oyó. Porque yo tendría que contarles mi historia desde el principio y entonces ustedes entenderían.

Bueno, no hablemos más de aquella noche, yo vivo aquí compartiendo mis lechugas con los caracoles que perforan las hojas y conozco todos los lugares donde crecen los hongos y distingo las especies buenas de las venenosas: ya no pienso en las mujeres, en sus venenos; ser casto no es más que un hábito.

La última, la mujer de negro con la hoz. El cielo estaba cargado de nubes, recuerdo, nubes oscuras que corrían corrían. Así es: bajo el cielo que se mueve, en la colina roída por las cabras, las primeras bodas humanas, sé que en los encuentros humanos sólo puede haber espanto y vergüenza el uno del otro. Era lo que yo le pedía: espanto y vergüenza, nada más que espanto y vergüenza en los ojos, sólo por eso yo con ella, créanme.

Nadie me ha dicho nunca nada, nunca: porque no pueden decirme nada, en aquel momento el valle estaba desierto. Pero cada noche, cuando las colinas se pierden en la oscuridad y no consigo seguir el razonamiento de un viejo libro a la luz de la lámpara, y la ciudad del género humano con sus luces y sus músicas está allá en el fondo, oigo las voces de todos ustedes acusándome.

Y sin embargo no había allí en el valle nadie que me viera, la mujer ya no regresó a su casa, por eso dicen, pero no es cierto, que en las franjas de hierba que hay más arriba de mi casa está enterrado el cadáver de aquella mujer.

Y si los perros que pasan se detienen a husmear siempre en el mismo lugar y aúllan y cavan la tierra con las patas, es porque hay una vieja madriguera de topos.

## La sangre misma

La noche en que los de las SS arrestaron a la madre, los muchachos subieron a cenar a casa del comunista. El comunista vivía a media colina; se subía por un sendero entre los olivos y las tapias. La noche se adensaba, gris, casi con prisa, como si quisiera borrarlo todo. De camino, los hermanos iban atentos al ladrar de los perros en el fondo del valle: podía querer decir que los de las SS venían a buscarlos a ellos, o que la madre volvía liberada ya, o el padre, o cualquiera que viniese a decir algo, algo que explicara. Pero los perros ladraban por la sopa, los niños en las casuchas del valle gritaban golpeando en las escudillas con la cuchara.

El ritmo de las cosas había cambiado, los sentidos eran demasiado lentos, los pensamientos demasiado rápidos. De un momento a otro había cambiado. Bajaban desde el bosque el hermano mayor y el comunista. Habían ido con el hermano menor al Roble del Fariseo a llevar medicinas para la banda del Lirio. Bajo el roble estaban esperándolos el Lirio y el Flaco, con la pistola escondida debajo de la chaquetilla. El Lirio estaba en las Rocas del Cuervo, actuaba por cuenta propia con pocos hombres, al servicio unas veces de esta banda, otras de aquélla, pero siempre según su conveniencia. Habían hablado, sentados debajo del roble, de la manera de curarse la erupción en las piernas que sale al dormir sobre la paja, y de la necesidad de que los partisanos dispersos de la zona se pusieran en regla con las formaciones y dejaran de dar vueltas por los bosques como ladrones. Después se habían hecho mostrar una cueva buena y oculta, donde podían dormir cinco hombres. Al regresar por el bosque habían encontrado a una muchachona que llevaba unas cabras y el hermano menor se quedó con ella. En todo el bosque siguieron oyéndolos cantar, saltando con las cabras por las cuestas de pinos.

Después, en la Bicocca, todos los habitantes de las siete casas a sus puertas. Estaba también Walter.

Dijo, agitado:

—¿Sabéis algo de abajo?

—¿Qué pasa abajo?

—Nada bueno. Los de las SS han arrestado a tu madre. Tu padre ha bajado para ver si la liberan.

Entonces el aire se puso tenso y cargado, como cuando subía la brigada negra y se

oían las ráfagas de ametralladora entre los olivos. Un tropel de preguntas en los tímpanos, en la garganta. En la memoria aparecían y desaparecían caras verdes de espías, como burbujas que estallan. El hermano, que volvía muy satisfecho cantando la canción de la pastorcita, de pronto se enteró de la historia y calló.

Ahora había este hecho nuevo, y todas las cosas de antes habían cambiado, había dentro este hecho nuevo mezclado: los alemanes se habían llevado a la madre. Y era como si los muchachos volvieran a ser niños, muchachos grandes ya, con libros, con amigas, con bombas, y sin embargo niños otra vez, golpeados en su parte niña, golpeados en la madre. Ahora se hubieran tomado de la mano, caminarían perdidos, niños sin madre. Pero había tantas cosas que hacer: esconder las bombas, las pistolas, los cargadores, los fuelles, las medicinas, los impresos, esconderlos en el hueco de los olivos y detrás de las piedras de los muros, no fuera que los alemanes viniesen a registrar allí arriba, a buscarlos. Y preguntarse cómo y cuándo y por qué, preguntarse en voz alta y mentalmente, sin resolver nunca nada.

En la casa entre los olivos de donde habían salido, la abuela de noventa años, semiciega, era una gran pregunta negra a la espera. Había una larga historia de guerras en ella, en la memoria despiadadamente lúcida: estaba Custozza, estaba Mentana, guerras con trompetas, guerras con tambores: ahora había que explicarle lo de las SS, la guerra que se llevaba a las madres. Mejor farfullar una historia de toques de queda anticipados, de bloqueos de la ciudad por los alemanes que debieron de impedir el regreso de la hija, que habían obligado a su yerno a bajar para hacerle compañía.

Pero la casa era un bosque de preguntas y los hermanos preferían subir a cenar con el comunista. Aquel día el comunista había matado una ternera para la banda del Rubio y había cocinado el mondongo: los había invitado a comer con él. Los hermanos subían hablando de matar.

La casa del comunista consistía en una sola habitación baja; vista desde fuera, de noche, parecía un montón de piedras. A poca distancia colgaba de un olivo la ternera descuartizada. Dentro estaba a oscuras, sin velas. Los hermanos se sentaron a la mesa baja, mudos, sobre dos troncos. La mujer del comunista les llenó los platos de mondongo aderezado y aceitunas. Los hermanos metían la cuchara a ciegas en la comida espesa. Cerca del cielo raso hubo un roce, como un batir de alas: en la sombra de un nicho los hermanos distinguieron el halcón del comunista, Langán, apresado en los montes durante la primavera, recuerdo del gran campamento de Langán, fabuloso en la memoria de los viejos partisanos, de la gran batalla perdida en julio.

El niño, sentado en las rodillas de la mujer, se echó a reír del halcón: no era de ellos, era hijo de un carabinero prófugo y lo habían confiado al comunista. Entonces empezaron a hablar, primero de la oportunidad de esconder la ternera hasta que los del Lirio vinieran a buscarla, después, del porqué, del cómo, de quién había sido el espía.

El comunista era un hombre bajo, con una gran cabeza calva, que había andado

por el mundo y sabía todos los oficios. Era alguien que conocía lo bueno y lo malo de la vida, veía que todo andaba mal pero sabía que un día andaría mejor, era un obrero que había leído libros, un comunista. Trabajaba como jornalero en los campos porque el aire de la ciudad ya no era bueno para él; y trabajaba bien, entendía de semillas, de hortalizas. Pero más le gustaba sentarse en los pretilos a hablar de las cosas que se pierden en el mundo, del café que se quema en el Brasil, del azúcar que se arroja al mar en Cuba, de las latas de carne que se pudren en los *docks* de Chicago. Y recuerdos suyos, de una vida amasada con miseria, emigraciones, guardias civiles: recuerdos de un hombre a quien la vida ha tratado a puntapiés, de un hombre que se interesa por todas las cosas, por el mal y el bien del mundo, y que las razona.

En sus vueltas por los campos, el hermano mayor con algún libro en la mano, escondiéndose en los torrentes por si subía la brigada negra, el menor siempre en busca de pistoletazos, de cargadores de metralleta, lo encontraban por el sendero de la mano de aquel hijo de carabinero, explicándole los nombres de las plantas: un hombrecito calvo con un traje negro muy arrugado. Y entonces empezaba a hablar: a discutir con el mayor sobre Lenin y Gorki, con el menor de calibres de pistola, de armas automáticas.

En torno a los hermanos había ahora un silencio henchido de sangre y rabia, y las palabras se hundían dentro. Sólo la mujer podía infundir un poco de calor en aquella oscuridad y trataba de dar ánimo: era una mujer joven todavía, un poco marchita, de esas mujeres cuya dulzura no se sabe si es de madre o de amante, como si en ellas no existiera esa diferencia; era una compañera de comunista, alguien que ha comprendido por qué se sufre y que va a la ciudad con el revólver en la cesta de la compra.

Después de comer los hermanos y el comunista tomaron el camino del bosque, las mantas al hombro, para ir a dormir en la cueva que les había indicado el Lirio. Iban por las viñas cuando oyeron unos pasos en la oscuridad y el menor gritó: «¡Alto! ¡Detente o disparo!», mientras los otros le daban puñetazos en la espalda para hacerlo callar. Pero era Walter que venía también a dormir con ellos en la cueva.

El hermano menor y Walter eran inseparables, siempre deambulando por los campos, armados de pistolas, siguiendo las pistas de los fascistas, haciéndose los prepotentes con los dispersos, los valientes con las muchachas. El hermano mayor era un tipo más trasoñado, como huésped de otro planeta, quizá ni siquiera capaz de cargar una pistola. Podía explicar qué es la democracia, el comunismo, sabía historias de revoluciones, poesías contra los tiranos, cosas que también era útil saber pero que había tiempo para conocer después, una vez terminada la guerra. Y el hermano y Walter, tras escucharlo un rato, volvían a discutir por una funda de pistola o por una chica.

Pero ahora los dos hermanos tenían una cosa en común, algo había cambiado en ellos, el interés por aquella vida que hacían, lo que estaba en juego, no algo fuera de ellos, sino en el fondo, en la sangre. La lucha, el odio contra los fascistas ya no eran

como antes: para el mayor, algo aprendido en los libros, encontrado como por azar en la vida; para el menor, una bravata, un dar vueltas por los caminos de herradura cargado de bombas que espantaban a las chicas: ahora era la sangre misma, algo profundo en ellos como el sentido de la madre, algo decidido de una vez por todas, que los acompañaría toda la vida.

Era también el frío, cuando bajaron a la cueva, lo que les hizo acurrucarse uno junto al otro. Tenían ganas de dormir, con un sueño pesado que los sepultase, que borrara sus fantaseos, ese imaginar los hoteles donde los alemanes meten a los prisioneros, con los de las SS dando vueltas por los corredores iluminados toda la noche. De ahora en adelante guardarían esa ofensa en el fondo más niño del alma, vengándose, vengándose siempre aun cuando madre y padre volvieran, ofendidos en las raíces. Y lo que más miedo les daba era pensar en el momento de despertar al día siguiente, y recordar de pronto lo que había sucedido.

Al día siguiente el hermano mayor estaba sentado en los terrenos yermos entre los campos y el bosque cuando aparecieron en el mar los barcos y empezaron a bombardear la ciudad. Empezaban siempre a esa hora: primero se veía el disparo como una chispa en el barco, después se oía la salida del proyectil, después la llegada. Estaba esperando al hermano que no volvía, había bajado en busca de noticias: lo que se sabía hasta el momento no era tranquilizador: los alemanes retenían a la madre como rehén; el padre, por una crisis de su enfermedad, estaba internado en el hospital.

La ciudad se extendía bajo sus pies a orillas del mar, su ciudad, que ahora le estaba prohibida, que olía a muerte para él en los recodos de sus avenidas. Y en el corazón de la ciudad su madre prisionera, y los cañonazos como trompadas desde el mar estriado de azul tenso como desde el vacío, contra su ciudad, contra su madre.

Un polvorín debía de haber estallado en la ciudad: se veía una rápida sucesión de disparos que no venían del mar. Enseguida se levantó una nube sobre las casas, con puntos negros que giraban en lo alto; los estallidos llenaban el valle. Cuando el humo raleaba se distinguían las casas desmanteladas que se desmoronaban.

Entonces el muchacho pensó en sí mismo, andrajoso, errando por los bosques, acosado, el padre en el hospital, la madre prisionera, su ciudad, su casa que se le derrumbaban bajo sus ojos, y su hermano que no volvía y que tal vez había caído prisionero, y sin embargo se sintió casi tranquilo, como en lo justo, en lo normal, como si la vida fuera normal así, como era para él en aquel momento.

Llegó el hermano con una vasija llena de polenta y mejores noticias: el padre se hacía pasar por enfermo para que no lo apresaran y quería que lo arrestasen en el hospital para que dejaran libre a la madre; la madre era rehén y mandaba decir que se cuidaran y que no se preocuparan por ella; abajo las fuerzas de asalto de la *decimas* saltaban por los aires y destruían media región.

Con él había subido el Lirio que se entusiasmaba con el bombardeo, de tan bruto que era, y daba con el puño en la palma gritando:

—¡Dale! ¡Dale! ¡Dale fuerte! ¡No dejes nada en pie! ¡Mi casa primero! ¡Muerte a todos los fascistas! ¡Todos los otros a salvo! ¡Algunos heridos! ¡Dale fuerte! ¡Mi casa primero!

Al día siguiente fueron con el comunista al campamento del Rubio a llevar la carne de ternera. Los hombres estaban armados hasta los dientes, bajaban a la ciudad todas las noches a organizar tiroteos.

Cocinaron un cuarto de ternera en el asador y se pusieron a comerlo todos juntos alrededor del fuego. Hablaban de los compañeros muertos y torturados, de los fascistas ajusticiados y por ajusticiar, de los alemanes que hubieran podido eliminar.

—Pero —dijo el hermano mayor— es mejor que a los alemanes no los toquemos. Que entre los rehenes está mi madre y no es broma.

Sin embargo algo en las palabras dichas por él mismo no le convencía, como una renuncia, como si en aquel momento hubiese abandonado a su madre en manos de quien se la había llevado. Y se avergonzó del silencio que siguió a sus palabras.

Al volver, hablando con su hermano, dijo:

—Esta vida de rebeldes de lujo ya no me interesa. O hacemos la resistencia o no la hacemos. Uno de estos días habrá que tomar el camino de los montes y subir para unirnos a la brigada.

El hermano dijo que ya lo había pensado.

Después, de regreso, se detuvieron en las Rocas del Cuervo, para silbarle al Lirio. Y, mientras lo esperaban sentados al borde del barranco, el comunista iba preguntándose cómo se habían formado las rocas y los barrancos y las montañas, y cuántos años tenía la Tierra. Y todos juntos hablaban de los estratos rocosos, las eras de la Tierra, y de cuándo terminaría la guerra.

# Esperando la muerte en un hotel

A cierta hora de la mañana empezaban a llegar las mujeres de los prisioneros y se ponían a hacer gestos, levantando la cara hacia las ventanas. Desde el último piso ellos se asomaban para preguntar, para responder; y las manos de las mujeres, abajo, y las manos de los hombres, arriba, parecían querer unirse a través de esos metros de aire vacío. En el gran hotel, poco antes degradado a cuartel y prisión, no había objetos, como rejas o murallas, que sirvieran al alma para concretar ese sentido de libertad perdida. Para ahuyentar su angustia sólo quedaba aquella vertical lejanía entre unos y otros, breve pero desesperada, desde los que tenían los pies en los arriates, todavía dueños de sí mismos, hasta los otros, los que habían llevado allí arriba, como a países de donde no se vuelve.

De vez en cuando uno de los prisioneros asomados a la ventana se volvía hacia el corredor y llamaba: «¡Ferrari! ¡Ferrari! ¡Tu mujer está abajo!». El interpelado se abría paso hasta la ventana atestada y empezaba a hacer magras sonrisas, gestos que querían ser resignados.

Diego nunca se asomaba; su familia estaba lejos, dispersa por la guerra. Estaba cansado del ininterrumpido fluctuar de previsiones, suposiciones, noticias buenas y malas que el ir y venir en el jardín del hotel empujaba hasta arriba. Se infiltraba en él, junto con la fatiga nerviosa, un gusto por dejarse ir a la deriva, hacia la ruina o hacia una esperada, milagrosa salvación, un deseo de veranos tendido en la arena, al borde del agua, un deseo que le habían dejado sus muchos veranos de agua y arena que lo habían llevado hasta allí, perezoso y desprevenido, a aquel primer verano suyo útil, que ahora terminaba.

Pero el tiempo era una telaraña de nervios tensos, un *puzzle* con el que pueden componerse mil figuras, todas sin sentido. Desconcertados, los hombres arrestados al azar en las calles recorrían de una punta a la otra el linóleo de las habitaciones desnudas donde sólo sonreían burlones los labios blancos de los lavabos y de los bidés obstruidos por el agua podrida.

La víspera, cuando lo llevaron allí desde la prisión del fuerte donde había pasado un día y una noche con otros hombres ahora quizá muertos, al verse en el hotel aireado, rodeado por el calor de aquellos hombres ignorantes y fáciles para la esperanza, le pareció que lo desenterraban. Rió y bromeó al encontrarlos; el mismo



Michele, el compañero junto con el cual lo habían detenido, estaba entre los prisioneros del hotel. Celebraron el encontrarse sanos y unidos, después de haber temido el uno por el otro durante un día y una noche. Diego se sintió conmovido y al mismo tiempo más fuerte al acariciar la aspereza del abrigo de Michele, la lisura de su gran cabeza calva que le llegaba al pecho. Michele se reía a carcajadas con su boca desdentada y preguntaba: «¿Qué me dices, Diego? ¿Se la damos a los nazis?». Diego dijo: «Yo digo que se la demos. Se la daremos a todo el Gran Reich». «¿A Von Ribbentrop también?». «A Von Ribbentrop también. Y al doctor Goebbels». Y se habían tumbado al abrigo de un termosifón frío, tragándose los nervios entre risas y bromas (todavía no sabían que a algunos de los arrestados con ellos ya los habían matado) y en Diego había la alegría de quien sale de la cárcel al cabo de años.

La cárcel era una vieja fortaleza del puerto donde estaba instalada en ese momento la defensa antiaérea alemana. La celda donde los habían encerrado había servido de prisión de rigor para los soldados alemanes: en las paredes se leían frases en alemán de soldados pederastas: «*Mein lieber Kamarad Franz*, mi querido camarada Franz, yo aquí encerrado y tú tan lejos». «*Mein lieber Kamarad Hans*, la vida era feliz a tu lado».

Eran unos veinte en la celda estrecha, tendidos en el suelo unos junto a otros. Un viejo de barba blanca vestido de cazador, padre de uno de ellos, se levantaba de vez en cuando por la noche, pasaba por encima de sus cuerpos para orinar en un rincón, con esfuerzo. En el rincón la lata estaba agujereada por la herrumbre; la orina del viejo no tardó en inundar el pavimento de la celda, como un río bajo sus cuerpos. Gritos de mando inhumanos, como de hombres que quieren transformarse en lobos, se alzaban desde los ecos de la fortaleza a cada cambio de guardia.

La reja daba sobre la escollera; el mar rodaba la noche entera chocando con los escollos como la sangre en las arterias y los pensamientos en las volutas de los cráneos. Y cada uno tenía en la cabeza la esquina que no hubiera debido doblar, para no terminar allí dentro: Diego en la esquina que, al doblarla con Michele para huir de la batida, le colocó cara a cara con alemanes en aparejos de guerra que detenían a los transeúntes en medio de la calle, a tres metros de ellos, como en el comienzo de una película.

Era una cadena de sensaciones y de imágenes que seguía desgranándose en su mente como un rosario, para volver a convencerlo de que no podía ser de otra manera, allí encerrado en la celda con las inscripciones de los pederastas alemanes en las paredes y el viejo que seguía orinando en la oscuridad, no podía ser sino como ahora entre los estucos desconchados del hotel, en el último piso como suspendido entre la vida y la muerte, con hombres inclinados sobre el pavimento, casi enfermos de vértigo.

Cada día clasificaban a algunos: para la vida o para la muerte. Por la mañana el sargento y Piel-de-serpiente subían con un fajo de documentos en la mano: quienes los recibían de vuelta quedaban libres y salían. Se los veía abrazar a sus mujeres y

alejarse del brazo, pisando la hierba de los arriates, bajo la lluvia de envidia de sus miradas.

Por la noche en cambio una camioneta gris plomo, con soldados en armas sentados en sus flancos, se detenía delante del hotel; el sargento y Piel-de-serpiente subían a llamar a otros; alguno de ellos salía cada noche en medio de los cascos de aquellos soldados. Al día siguiente sus mujeres vendrían a preguntar al pie de las ventanas y a dar vueltas de un comando a otro suplicando a los intérpretes: nadie sabía adónde los habían llevado. Otras mujeres hablarían de disparos oídos en la noche, hacia los barrios evacuados del puerto.

También para Diego y Michele la alternativa era ésa: libertad o muerte; o sus documentos eran reconocidos como buenos, y entonces se la habían jugado a todo el Reich, como para comentarlo por la noche en las chabolas, entre las carcajadas de los compañeros, o bien era la camioneta gris plomo que desaparecía entre las casas derrumbadas del lado del muelle: Piel-de-serpiente había hecho de espía.

Piel-de-serpiente les había pasado revista apenas llegaron, alineados delante del hotel, para ver si reconocía a alguno de sus ex compañeros. Caminaba frotándose las manos que debía de tener sudadas, Piel-de-serpiente, grácil muchacho en su atildado uniforme de tela, con una sonrisa húmeda en los labios resecaos que se lamía constantemente. Tenía unos bigotes desdibujados de vello rubio, pálido, y el resfrío le enrojecía la nariz y los párpados. Los ojos le brillaban de emoción al sentirse él, un muchacho delicado, árbitro de la vida de aquellos hombres que contenían la respiración a cada palabra, a cada gesto suyo.

Eran momentos de triunfo embriagador para él, pero siempre acompañado de angustia; cada vez que aparecía por los pasillos del hotel los reclusos se apeñuscaban a su alrededor para hacerle preguntas, recomendaciones, llamándolo por su nombre: «Tulio, Tulio». Él miraba a aquellos hombres dóciles que lo rodeaban, pero veía el odio que asomaba afilado detrás de la humildad; a uno de ellos le dijo:

—Hoy me hacéis la corte, mañana me dispararéis por la espalda.

Piel-de-serpiente salvaba unas veces, otras mataba: era lunático y ambiguo. Muchos que lo habían conocido antes, cuando era uno de ellos, se creyeron perdidos al ser interrogados en su presencia: él fingió no conocerlos. Otros que esperaban su clemencia por viejos favores o amistades, le vieron mostrar las encías, jugar con ellos como ratones. Piel-de-serpiente parecía unas veces perdido en el camino de la sangre, otras presa de los remordimientos.

Al pasarles revista se detuvo delante de Michele y dijo:

—Nosotros dos nos hemos visto en alguna parte.

Michele contrajo el cuello como si una gota fría le bajara por la espalda y puso cara de extrañeza, de no saber.

Diego estaba sentado en las baldosas del corredor con las manos en las rodillas.

Michele, a su lado, se asomaba a la ventana. Esperaba a su mujer, que había ido a hablar con Luciano, un intérprete de los de las SS que trabajaba para el comité y que estaba empeñado en hacerlo salir. La mujer de Michele era bastante más joven que él, se había casado cuando era una muchacha. Tenía grandes ojos grises nublados, algo severo en la cara enmarcada de pelo lacio y negro, algo alegre en el cuerpo delgado, en el corto vestido lila. Uno lamentaba, viéndola, que la vida fuese lo que es, dolorosa y obscena, y que todo no estuviera resuelto y tranquilo. A Diego le hubiera gustado, con una mujer como ésa, vagabundear por países soleados y sin injusticias. Dijo:

—Si salimos de ésta, se acabó todo, quiero volver a este hotel durante una semana, cuando se reabra para los turistas.

Michele no contestaba.

—Me tumbaré en el suelo —dijo Diego— exactamente como ahora, en medio de todos esos señores dignos que me tomarán por loco.

Michele seguía asomado, sin volverse. Después dio media vuelta y dijo deprisa, como si estuviera por escapársele de la cabeza:

—Diego, si quieres pan, mi mujer ha traído. Se lo ha pasado a un soldado para que nos lo dé.

Diego preguntó:

—¿Ha venido tu mujer? ¿Habló?

Michele no lo miraba a la cara, tenía los ojos clavados en el cielo raso.

—Oye, Diego, para mí no hay nada que hacer. Piel-de-serpiente me ha entregado. Luciano se lo ha dicho a mi mujer. Está allí abajo llorando.

Así dijo Michele; en sus palabras había la sencillez de las cosas largo tiempo temidas, una vez que suceden.

Michele había echado a andar de una punta a la otra del corredor, con las manos en los bolsillos, los ojos enormes entre los párpados abiertos que le pesaban. A veces los otros le dirigían la palabra y él los miraba, perdido, como si tuviera que regresar de desmesuradas lejanías para acercarse de nuevo a los objetos de sus palabras. Tal vez pensaba en el vacío, como para acostumbrarse a no existir.

Diego seguía de lejos los pasos de Michele, casi temiendo que los otros, ignorantes, perturbaran aquella agonía ambulante: una insinuación de sus comentarios como personas vivas habría bastado para desencadenar en él la desesperación por la vida perdida. Él era el único de todos ellos en saber que aquel hombre en el corredor caminaba hacia la muerte, ahora a una distancia de sólo mil, dos mil pasos. Aquél era su velorio: era un muerto que paseaba por su cámara ardiente, en ese corredor con rosetas de estuco desconchadas en los cielos rasos y las marcas descoloridas de los espejos sobre las chimeneas de mármol.

Diego pensaba en Michele mientras lo velaba: un compañero viejo, Michele, un buen hombre, a pesar de todos sus defectos: no muy valiente, no muy en la línea del

partido. Habían discutido a menudo por esa manía de Michele de soltar frases y de querer saber siempre los motivos de todo, con su prosopopeya de autodidacta.

Ahora Michele caminaba por el corredor, con las manos en los bolsillos del abrigo, la gran cabeza calva metida entre los hombros, los grandes ojos bovinos perdidos en el vacío, como espantado de la enormidad de lo que estaban por quitarle. Era un pobre hombre bajo y calvo, con un viejo abrigo, una barba de tres días, pero a Diego le pareció ver en él, en sus ojos bovinos, en su andar lento y absorto, una fuerza amenazadora de la naturaleza, le pareció que Michele seguiría caminando así aun después de muerto, que entraría al día siguiente por la ventana en la sala donde los oficiales alemanes corrían sus juergas, ya enorme, pero siempre con su pobre abrigo, las manos en los bolsillos, la cabeza calva y la mirada bovina perdida en el vacío, y caminaría con su paso lento sobre los manteles manchados de champán, en silencio, delante de los árboles de navidad iluminados, de las cruces de hierro relucientes, del nudo de senos y de nalgas desplegadas, entre el terror de los oficiales alemanes y los gritos de las mujeres. Y así seguiría caminando, aun terminada la guerra, y los ricos no tendrían paz en sus palacios ni alegría en sus familias, sin que este hombre bajo y desmesurado entrara por las ventanas para atravesar sus habitaciones; y en las mesas en torno a las cuales se decide la paz y la guerra y en todos los lugares donde se coarta o se despoja o se miente, donde se predica lo falso, donde se adora a dioses injustos, siempre aparecería por la noche, en el muelle, la sombra del hombre asesinado.

Alguno de los prisioneros habló de hombres ahorcados por los alemanes; Diego vio a Michele colgado de un farol del puerto, los ojos enormes, las manos apretadas todavía en los bolsillos. Y le pareció que a Michele lo habían matado todos los hombres, todos ellos, una culpa sin límites que quitaría toda alegría a la vida, que habría que expiar por los siglos de los siglos.

Sobre los círculos del agua donde Michele había desaparecido flotaba sólo su abrigo vacío, con los brazos abiertos como una cruz. La campana de la boya roja en mitad del puerto doblaba a muerte por el compañero desaparecido, movida por las olas. Debajo del agua el cable de la boya anclada terminaba en un nudo corredizo, con la cabeza de Michele dentro. Pero la cabeza de Michele salía a la superficie, verde de algas, los ojos muy abiertos; daba un grito. El viejo padre con su traje de cazador se levantaba en la noche y empezaba a orinar gimiendo, enorme sobre todos ellos. Los ríos se desbordaban, todos los hombres buenos y malos quedaban sumergidos. Los órganos del viejo, cansados de haber engendrado a todos los hombres, ahora anegaban el universo. Sólo Piel-de-serpiente huía por la tierra en busca de salvación, acariciándose las manos sudadas, humedecidas por el agua podrida del bidé del hotel. Pero cada ataúd estaba ocupado por un muerto que él había matado, la crecida lo rodeaba por todas partes, lo arrastraba en un remolino.

Esa noche la camioneta se había retrasado y todos decían con alivio que no llegaría. Michele esperaba asomado a la oscuridad. Llegaron en cambio cuatro autobuses de turismo, conducidos por soldados alemanes. Hubo agitación entre los reclusos, preguntas, suposiciones. El coronel subió enseguida con la lista y los llamó uno por uno. A Michele y Diego los llamaron junto con los otros, por los nombres falsos que habían dado; incluso el de Michele el coronel lo pronunció mal, como si nunca lo hubiera oído.

Los prisioneros fueron separados en cuatro grupos que entraron de a uno en los autobuses. Diego y Michele se encontraron juntos, todavía unidos a aquella multitud casi celosa de la injusticia sufrida. Entre las voces ansiosas de los hombres circuló un nombre salido no se sabía de dónde: «Marassi, Marassi. Nos llevan a Marassi». Pero aquel nombre casi tranquilizaba a Michele y Diego, quería decir abandonar la angustia de la muerte próxima, el ambiguo Piel-de-serpiente, los lugares conocidos atestados de insidias.

Diego sentía el abrigo áspero de Michele debajo de sus dedos, la sangre que volvía a ganar sus arterias. Dijo:

—¿No te dije que Luciano es un cuentero? ¿No te lo dije?

Y Michele repetía:

—¡Vaya cuentero, hostia! —con una sonrisa más suelta, como gastando una broma.

Y los dos compañeros comprendieron que a partir de entonces cualquiera que fuese su destino: sangre, gritos, agotamiento, sentirían sin embargo el gusto sanguíneo de estar vivos y de compartir el dolor como el pan. Un áspero sabor de vida los acompañaría en adelante, en las galerías de Marassi llenas de gritos, en los barracones desolados del Norte, hasta el regreso.

# Angustia en el cuartel

El mal le empezó así: ver el caballo frisón en la escalera, cargado de alambres afilados, y pensar que tenía un significado amenazador y alusivo a su futuro. Pero antes ya, más de una vez, había bastado para atormentarlo la vista de su catre de campaña, de su desgraciado, esquelético catre que parecía querer anunciar algo, algo que él no entendía, un mensaje de desesperación, de impotencia. Cuatro cinco seis catres, después el suyo, después otros dos tres cuatro catres. Eran pensamientos sin sentido, comprendió.

Y sin embargo uno dos tres catres, tal vez enero febrero marzo, junio, julio, ¿qué le había sucedido en julio?, y aquel catre vacío, ¿por qué?, agosto, septiembre, octubre, noviembre. Algo terminaba en noviembre: ¿la guerra?, ¿la vida? Y además había que tener en cuenta que los primeros cinco catres eran de los viejos, de los soldados que se habían presentado al llamamiento, algunos ni siquiera habían terminado de hacer el servicio militar el 8 de septiembre, y ahora montaban guardia y circulaban armados; en los otros catres en cambio, los prófugos, los enganchados a la fuerza como él, que recogían y transportaban basuras. Y estaba el misterio de aquel catre vacío y cerrado, ¿agosto?, ¿abril?, donde sin duda se escondía algo esperado o temido, la paz, la muerte, pero más aún algo secreto y hostil, imposible de entender.

O bien, empezando por el fondo, los años de guerra: cuarenta, cuarenta y uno dos tres cuatro, ¿por qué cuarenta y cuatro vacío?, y él, cuarenta y cinco: ¿qué sentido había en todo eso?

Se tumbó en el catre cerrado, la espalda en los bordes de hierro, los pies apoyados en la cadena que lo sujetaba. Ahora pensaría con calma, razonando: no había motivo para angustiarse tanto, bastaba esperar con paciencia que el asunto de los suyos se resolviera, que su padre fuese liberado, después desertar, volver a la banda, por el momento tratar de conseguir un permiso de convalecencia, un escondrijo, una manera legal de «desengancharse», tener los ojos abiertos para que no lo mandaran «arriba» con el cuerpo de batidas, y a la más mínima señal de transferencia al norte o al sur, estar dispuesto a fugarse, cualquiera que fuese el final.

Bastaba eso, y además el carrito para transportar la basura tenía un aire desvencijado y amistoso, enseñaba a tomar las cosas en broma, aunque fueran penosas, que al fin todo se resolvería. Alto, vuelta al principio: el mal de los

símbolos, el camino de la locura.

El mal, pensándolo bien, había empezado en la cárcel, la noche después de que lo apresaran: el ruido del mar, afuera, como un zumbido de aeroplanos, la esperanza y el miedo de un bombardeo que los liberara o sepultase. Pero era el mar confuso, sin ritmo, sin desahogo; la vida, una cosa ciega y caótica. De ahí en adelante las cosas y los hombres no fueron ya ellos mismos sino símbolos.

Las celdas de la prisión, las oficinas sórdidas, los rostros nerviosos de los oficiales alemanes y fascistas, los hoteles fastuosos y desmantelados, invadidos por la multitud asustada de los rehenes, el cuartel en fin con su angustiosa geometría de escaleras, corredores y dormitorios desiertos, sus ocupantes obtusos y pálidos, mallas todas de una red de desesperación que ceñía el mundo.

Los vidrios de la gran ventana eran cuadrados y estaban pintados de un color azulado, pero el tercero de la segunda fila faltaba, el penúltimo tenía una gran rajadura, y esto era doloroso, terrible. Imposible resistir a la tentación de seguir la mosca que pasaba de un vidrio a otro y preguntarse dónde se detendría. Era siempre el mismo cálculo que volvía a proponerse. El final de la guerra y la muerte. ¿Qué me llegaría primero: la una o la otra?

Los hombres del cuartel, lentos de mente, con sus caras romas, obligados a tratar todas las cosas en términos vulgares para rebajarse a sí mismos, habían llegado a una solidaridad en la bajeza. Hablaban de la paga, de la buena vida que se llevaba en la «república», mejor que cualquier otra posible en ese momento, y al hecho de que la vida del cuartel, y en particular en la compañía-depósito, era mejor que en cualquier otro reparto. Agigantaban este amor a la paga y a la vida en la compañía casi para convencerse de que no podían sino seguir allí dentro.

Viviendo entre ellos, el muchacho que había caído en una batida sentía que ese gran hálito de vulgaridad se espesaba a su alrededor, se unía a una secreta vena suya, y la enredadera polvorienta que crecía tapizando los muros del patio lo cubría a él también, era una solidaridad que se insinuaba entre él y los otros, que lo clavaba a aquellas paredes, a aquellos catres.

En el piso de arriba estaba el cuerpo de batidas, o sea la inconsciencia. Tenían mejor rancho, mejor paga, permisos frecuentes. Volvían a cualquier hora armando jaleo por las escaleras; a menudo desde el piso de abajo se oía cantar y poner discos. Cada una de sus palabras, cada uno de sus gestos respiraba inconsciencia, una inconsciencia deliberada, mantenida a la fuerza, obligada a convertirse en norma de vida, para no pensar en lo que hacían. Salían con frecuencia por la mañana temprano, formados, algunos armados con metralletas; regresaban por la noche o al día siguiente; no combatían nunca ni encontraban «rebeldes», pero saqueaban gallineros

y atrapaban siempre a algún prófugo desaparecido que venía a engrosar la compañía del piso de abajo.

En la compañía-depósito los del piso de arriba eran odiados hasta por los antiguos; su superficialidad era mirada con rencor por los que se pasaban las horas calculando y discutiendo las ganancias y los peligros; la envidia adornaba sus ventajas con previsiones siniestras. Entonces empezaban en el dormitorio común las discusiones sobre los de la montaña y sobre los ingleses, y quién llegaría primero, y si llegaban primero los de la montaña, tal vez a todos ellos, los soldados, los matarían, ellos que no hacían daño alguno, y por lo tanto no era justo; en cambio los ingleses, si llegaban primero, los tratarían mejor a ellos, los soldados, que a los rebeldes, y los conservarían como soldados, y harían prisioneros a los rebeldes.

Después, terminada la guerra, muchos volverían: unos a Sicilia, otros a Calabria, otros a Puglia, a sus casas que habían dejado, unos, hacía veinte meses, otros, quince, distantes como en el otro extremo de un oscuro túnel larguísimo en el que se movía lento un topo, excavando para alcanzarlos: la guerra. En aquel punto siempre empezaban las conjeturas acerca de cuándo terminaría la guerra y todos convenían en decir que duraría aún muchos años; y el mulero de cara amarilla salía diciendo que nunca terminaría, que antes llegaría el fin del mundo, y armaba toda una historia en la que Jesucristo y la paloma de Noé emergían de su aullido incomprensible.

Los viejos eran en su mayoría meridionales, encallecidos en una torpe astucia por los años de armas, acostumbrados a que los llevaran como fardos de África a Rusia con una especie de cauto fatalismo. Los septentrionales, en medio de ellos, habían aprendido a emplear sus modos de hablar y los repetían con exasperante monotonía. Al muchacho atrapado en la batida le daba rabia oírlos intervenir en discusiones incomprensibles. «Si me quedo un poco más con ellos», pensaba, «entenderé sus aullidos, me acostumbraré yo también a decir “*minchia, signor tenente*” y “*sticchio’e soreta*”»<sup>[5]</sup>. Esta idea bastaba para que se estremeciera, se levantara del catre y saliera a vagar por los corredores y los almacenes.

Pero, allí, los cascos alineados, en pilas, eran inútiles y estúpidos como el mulero de cara amarilla.

Los temas de conversación preferidos por los soldados eran las cosas que se habían llevado el «8 de septiembre», y cómo habían hecho para robarlas, para salvarlas de los oficiales y de los alemanes, y lo que habían ganado vendiéndolas. El mulero de cara amarilla, que el 8 de septiembre no se había llevado ni siquiera una manta, callaba, avergonzado, mientras un ex camarero de San Remo contaba cómo había escapado de Francia con diez esterlinas de oro en el braguero. Pero la envidia se convertía en odio a los oficiales que habían conseguido hacer desaparecer la caja de los regimientos sin tener que compartirla con los soldados. «El próximo 8 de septiembre», decía uno de ellos, «estaremos más atentos». Y hacían proyectos y



castillos en el aire sobre las cosas que podrían llevarse el segundo «8 de septiembre», sobre los millones que podrían ganar.

Así eran sus vidas: una sucesión de años grises como una fila en marcha, con un «8 de septiembre» de vez en cuando, un romper filas, una rapiña, una fuga con los morrales cargados de cosas del Gobierno, para después formar fila de nuevo y esperar otro «8 de septiembre» y repetir el juego. El muchacho de la batida estaba tendido en el catre cerrado e incómodo y las palabras de los soldados planeando sobre su cuerpo eran polvorientas como las telarañas del cielo raso.

Su recuerdo iba hacia otros hombres, hacia otras conversaciones, conversaciones de hombres sentados en torno al fuego, hombres de suelas atadas con alambre, de pantalones rotos cosidos con alambre, de caras hirsutas con barba de alambre, hombres con herramientas de hierro en las manos: hombres con *sten*, hombres con *metralletas*, hombres con *automáticas*.

De vez en cuando el nombre de uno de ellos resonaba en las palabras de los soldados en tono de misterio, de leyenda, de miedo: sólo para él aquellos nombres tenían un rostro, una voz. Hubiera querido gritar a las caras atemorizadas de los soldados: «¡Sí, yo conozco al Largo! ¡Y a Bill! ¡Y a Mingo! ¡Y al Mosquito! ¡Los conozco a todos! ¡Hace quince días estaba sentado junto al fuego con Mingo, con quien vosotros soñáis todas las noches! ¡Yo fumaba un cigarrillo a medias con Strogoff, el que bajó hasta aquí a la ciudad para liberar a los prisioneros y os metió miedo durante un mes! ¡Yo comía buñuelos con el Sheriff que ha gastado las estrías del cañón de su pistola a fuerza de disparar contra vosotros! ¡En la batalla de Baiardo llevaba las municiones a Bufera! ¡Yo soy uno de ellos!».

Esto hubiera querido gritarles. Yo soy uno de ellos. Pero si era uno de ellos, ¿qué hacía allí? Y a violentas ráfagas la memoria volvía a proponerse frenéticamente escenas y sensaciones que despertaban algo adormecido en él, que lo forzaban a salir del torpor.

Abajo, la carretera, la fila de alemanes que sube cautelosa, y el corazón latiendo contra la culata de la metralla mientras espera, y cada matorral florecido de ojos al acecho. Después un crepitar espeso señala el inicio, una polvareda dorada se alza sobre la carretera, sobre los alemanes que se arrojan al suelo, fuera del camino, órdenes gritadas por las voces roncadas de los jefes de grupo cruzándose con las chapurreadas en alemán, con las vénetas y lombardas del cuerpo de cazadores alpinos, ráfagas y más ráfagas, *ta-pum*, bombas de mano, partisanos harapientos que inundan totalmente el camino, acercándose, dispuestos al saqueo, a los carros chorreando sangre.

Por la noche, de guardia, entrar un momento en el cobertizo a encender el cigarrillo en las brasas semiapagadas, a atizar el fuego para calentarse, mientras los compañeros roncan en la paja y se rascan en el sueño; después, afuera, esperar una estrella fugaz para confiarle un pensamiento, siempre el mismo, mientras a lo lejos, despiadadamente quietos, gruñen los cañones del frente.

Al llegar la noche, cuando en el cuartel se encendían las luces y en los dormitorios fríos sólo quedaban los de la imaginaria, el muchacho atrapado en la batida pensaba en la niebla fría que se levanta al caer la noche por los montes, en los prisioneros fascistas descalzos; con una risa de miedo entre los dientes, que quisieran ser útiles, mondar patatas, ir por agua, por leña: venid con nosotros por leña, venid al bosque, en la niebla, seguid andando en la niebla que amortiguará el disparo.

Otros hombres, otras conversaciones en los montes, hombres que caminan, ayunan, disparan, pero no por obligación o por la paga o porque les divierta lo que hacen, hombres que se han vuelto malos a fuerza de ser buenos, hombres que ahora, en la noche, cantan en torno al fuego de castañas canciones aprendidas en la cárcel, serios, como cantarían himnos de iglesia. Y relatos de viejos sobre la guerra de España, sobre huelgas con tiroteos de soldados, relatos de vida secreta y de cárcel, relatos de hombres que sufren la ley y que quieren rehacerla, no como perros encadenados, no como él ahora.

Y la memoria, apenas aparecían, volvía a tragarse los recuerdos, casi con miedo, como si otros, los oficiales, pudieran verlo, traicionarlo, denunciarlo a él, «el rebelde». El cuartel, enorme monumento a la injusticia hecha ley, planeaba todavía sobre él con sus escaleras de piedra, sus puertas descascaradas, sus oficinas siniestras, sus caballos frisonos, para condenar aquellos imprudentes arrebatos de la memoria.

Los otros caídos en las batidas se volvían cada vez más torpes y más grises ellos también, llenos de aceptación, de indiferencia, y cada uno de los interrogados tenía una disculpa para su propia condición de prófugo, un margen de legalidad al que aferrarse: una tarjeta caducada de la Todt<sup>[6]</sup>, la aeronáutica que no había sido convocada, la convalecencia de una pleuritis. Sólo quedaba él como desnudo en su basta condición de fuera de la ley, y sentía a su alrededor la tibieza acolchada de la legalidad y hombres que se arrebujaban en ella, ahora contentos.

El cuartel lo encadenaba en la geometría de los corredores, de las escaleras, de las terrazas; tampoco él tardaría en pensar que, puesto que paga el Gobierno, es mejor estar de parte del Gobierno y evitar molestias a la familia, que en la «república» se está mejor que en la «monarquía» porque no hace falta ponerse en actitud de firmes delante de los oficiales, se come todos los días y pueden venderse las mantas del cuartel sin tener que pagarlas; también él se reiría dentro de poco de las salidas obscenas del teniente de las gafas cuando se burlaba del mulero de cara amarilla.

Los partisanos se evaporaban en su memoria como un mito, un recuerdo de antiguas edades del hombre; titanes creadores de nuevas leyes, tan lejos de él como parecían lejanas en la noche las montañas desde el cuartel, al otro lado de los cristales rotos de las grandes ventanas. El muro que separaba el cuartel del campo que bajaba en terrazas era el confín de dos categorías del alma. La empalizada que el coronel hacía levantar para prevenir los asaltos de los rebeldes era un muro de hierro que se

alzaba en su conciencia.

Después vinieron días colmados de ansiedad en los que serpenteaban rumores de traslados, de listas que alguien había visto en el despacho del comandante, los caídos en las batidas que irían a Monza o a Treviso o a Bolzano. Él sentía que el círculo se estrechaba a su alrededor, que se acercaba el día en que su instinto de conservación lo obligaría a salir del torpor, le indicaría el momento más propicio para la fuga.

Esperaba pasivamente, sintiéndose cada día más como la colilla en el suelo del dormitorio, barrida a escobazos. Y las cosas del cuartel se le presentaban como margaritas que debía deshojar para entender un secreto, como horóscopos ambiguos sobre su futuro, el caballo frisón en las escaleras estaba dentro de él, los objetos y las caras se sucedían delante de sus ojos como capítulos de una historia que no se sabía dónde y cuándo terminaría.

Después fueron las jornadas tensas en las que parecía que el traslado era inminente y se decían los nombres de la primera lista y el suyo no figuraba. Porque había otra lista, la de los que partirían quince días después, y él estaba entre ellos. Así se postergaba el despertar de la angustia, todavía había tiempo de esperar la Gran Avanzada que los liberaría a todos de un día para otro, el Gran Bombardeo que mataría a todos los habitantes del cuartel salvo a él, la pierna quebrada por casualidad que lo obligaría a estar en el hospital hasta el final de la guerra, su padre que tal vez sería liberado y podría ponerse a salvo de las represalias con todos los suyos...

La mañana en que partió el primer pelotón faltaban tres o cuatro, muchachos tranquilos, resignados, que no imaginábamos que hubieran podido escapar. Los que quedaban, vigilados por alguno de los viejos armados que los acompañarían como escolta, esperaban sentados en el camión, la cabeza gacha, un velo de llanto en el fondo de los ojos y de las voces. Él daba vueltas entre ellos; despojados de la lona, los catres eran presagios ansiosos e inquietos.

Entonces entró el teniente de las gafas, gorda cara roma, le hacía gestos para que se acercara, seguramente quería mandarlo a barrer las escaleras.

—Hale, rápido —dijo—, prepara tus cosas, sales tú también, ha llegado la orden del comando.

Un velo de sangre en los ojos, después todo fue espantosamente claro, como en un mundo de espejos: el teniente, las palabras que había dicho, las inútiles protestas de él, los compañeros resignados, el dormitorio siniestro, su modo de arramblar las cosas con manos trémulas y meterlas en la mochila, su historia, su debilidad, la tristeza de su destino, cada cosa era lo que era; sólo ésa, despiadadamente ésa.

El mal de los símbolos volvió a acometerle en el viaje en camión, pero sin alivio. El camión era el mundo y la vida, con hombres diferentes, despiadados uno con el

otro, burgueses que hablaban de las cosas que harían cuando terminara la guerra, comprarían un coche y no viajarían más en camión, el teniente de las gafas reía diciendo: «¡Si ahora estallara la paz!», con un matiz de temor en su acento ignorante de palurdo.

El muchachón gordo de Oneglia, que en cada parada miraba a su alrededor husmeando el modo de escapar, era parte de él, de su alma todavía cautamente despierta, el viejo soldado veneciano que le iba siempre detrás con el mosquete embrazado (se llamaba Cechetti aquella carroña) era también parte de él, de su bajeza dominante. Los otros compañeros de desventura, cargados de resignación desolada, eran el peso de su impotencia. Y en medio de todos ellos, estúpido y beato incluso por su nombre, la bestia humana gorda e inconsciente: el teniente Coronati, con sus grandes, enormes gafas puestas, que bromeaba en dialecto con los chóferes.

La avería del camión sonó como una advertencia. El último símbolo fue el hotelito donde se detuvieron a almorzar, con bonitas estampas inglesas en las paredes, una atmósfera cloroformizada de sala de operaciones, un limbo donde las almas esperan el juicio.

Cuando los llevaron a pie al pueblo vecino y, como tomaría tiempo reparar el camión, se dispersaron un poco para comprar algo de comer en las tiendas, la pesadilla cesó bruscamente: la calle que llevaba al campo era una calle que llevaba al campo, el véneto que había retrocedido para esperar a los otros era el véneto que había retrocedido, el muchacho gordo de Oneglia, a quien le preguntó: «¿Nos escapamos?» y que contestó: «Vamos», era el muchacho gordo de Oneglia, la tierra que corría bajo sus pasos era la tierra que corría bajo sus pasos, el ángulo de pared que los separaba de la vista de los demás era un ángulo de pared, la carrera por la colina era una espléndida, radiante, ansiosa carrera por la colina.

La primera frase que le dijo el otro, cuando ya caminaban deprisa por una senda que llevaba al monte, fue:

—Ahora puedo decírtelo, estoy en la Resistencia.

—Yo también —contestó el otro—. ¿De qué banda eres? ¿Qué nombre tienes?

Se dijeron los nombres de guerra, las bandas en que habían estado, los compañeros conocidos, las acciones en que habían participado.

Iba ahora junto al otro por la colina, con el capote militar desabotonado; contento, contento aunque pudieran volver a apresarlos y fusilarlos de un momento a otro, y el cuartel gris ya no existía para él, sumergido en el fondo de la conciencia. La hierba y el sol y ellos, que caminaban con los capotes desabotonados entre la hierba y el sol, eran un símbolo nuevo, aireado y enorme, eran eso que a menudo, sin entender, los hombres llaman libertad.

## Miedo en el sendero

A las nueve y cuarto llegó a Colla Branca junto con la luna, a y veinte ya estaba en la bifurcación de los dos árboles, hacia y media estaría en la fuente. San Faustino a la vista antes de las diez, a las diez y media en Perallo, Creppo a medianoche, hacia la una podía estar en casa de Vendetta, en Castagna: diez horas de camino a paso normal, seis horas para él, Binda, la estafeta del primer batallón, la estafeta más veloz de la brigada.

Iba a buen paso Binda, dejándose caer por los atajos, sin equivocarse nunca en las vueltas todas iguales, reconociendo en la oscuridad las peñas, los matorrales, tomando de frente las subidas, con firmeza, sin cambiar el ritmo de la respiración, el vigor de las piernas impulsadas como por émbolos. «¡Ánimo, Binda!», le decían los compañeros apenas lo veían de lejos trepar hacia el campamento. Trataban de leerle en la cara si las noticias, las órdenes que traía, eran buenas o malas, pero la cara de Binda se cerraba como un puño, era una estrecha cara montañesa de labio velludo, sobre un cuerpo bajo y huesudo más de niño que de adolescente, con músculos como piedras.

La suya era una tarea dura y solitaria: despertarse a cualquier hora, tener que ir en busca de Sierpe, de Piel, tener que caminar por la noche en la oscuridad de los valles, con la compañía del arma francesa que llevaba colgada a la espalda, ligera como un pequeño fusil de madera, llegar a un destacamento y tener que salir de nuevo hacia otro o regresar con la respuesta, despertar al cocinero y hurgar en las marmitas frías, después volver a partir con una escudilla de castañas todavía en la garganta. Pero era también su tarea natural, para él que no se perdía en los bosques, que conocía todos los senderos, recorridos desde niño cuando cuidaba las cabras, iba por leña o por heno, él que no cojeaba ni se despellejaba los pies yendo y viniendo por aquellas piedras como tantos partisanos que subían desde la ciudad o venían de la costa.

Un castaño de tronco hueco, un liquen celeste en una piedra, el claro pelado de una carbonera, bastidores de un escenario extraño y uniforme, se animaban en él arraigados a los recuerdos más remotos: una cabra que había escapado, una garduña desalojada de su madriguera, la falda levantada de una muchacha. Y a estos recuerdos se añadían los nuevos, los de la guerra hecha en sus pagos, continuación de su historia: juego, trabajo, caza convertida en guerra: olor de disparos en el puente de

Loreto, salvamentos bajando entre los matorrales de la colina, praderas minadas, grávidas de muerte.

En aquellos valles la guerra daba ceñidas vueltas sobre sí misma como un perro que quiere morderse la cola: los partisanos con los cazadores y los soldados, pie con pie: si unos subían al monte los otros bajaban al valle, después a la inversa, dando siempre grandes vueltas en las crestas para no terminar los unos debajo de los otros, exponiéndose a que les dispararan, y siempre quedaba alguno muerto, arriba o abajo. El pueblo de Binda estaba abajo, en el campo, San Faustino, tres grupos de casas en el valle, uno aquí otro allá, la ventana de Regina con la sábana tendida los días de batida. El pueblo de Binda era una breve pausa entre la bajada y la subida, un sorbo de leche, la camiseta limpia preparada por su madre; después, escapar rápido para no verlos llegar bruscamente de todas partes, que en San Faustino ya habían muerto bastantes partisanos.

El invierno era un juego de persecuciones y escondites; los cazadores alpinos en Baiardo, los milicianos en Los Molinos, los alemanes en Briga: en medio, los partisanos apretados en dos recodos del valle que esquivaban las batidas desplazándose en la noche de uno a otro, a través de los lugares disputados. Justo aquella noche una columna alemana había iniciado la marcha desde Briga, quizás estuviera ya en Carmo, los milicianos se preparaban a subir desde Los Molinos como refuerzo; los destacamentos dormían sepultos en la paja de las barracas, alrededor de las brasas semiapagadas; Binda caminaba en la oscuridad de los bosques confiando la salvación de todos ellos a sus piernas, en este orden: «¡Evacuar el valle enseguida, al alba todo el batallón con la artillería pesada en la cresta del Pellegrino!».

La ansiedad era un ligero aleteo de murciélago en los pulmones de Binda, un deseo de aferrar con la mano la cresta a dos kilómetros de distancia, de izarse hasta allá arriba, en la oscuridad sin perspectiva, soplar la orden como un hálito de brisa en la hierba y sentirlo deslizarse por las narices, como a través de los bigotes, hasta Vendetta, Sierpe, Guerrilla. Después abrirse un hueco entre las hojas de castaño y hundirse en él con Regina, primero quitar los erizos de castaña que pincharían a Regina, pero cuanto más se cava entre las hojas más erizos se encuentran, imposible hacer un hueco para Regina, Regina con su piel lisa y fina.

Las hojas secas y los erizos crujían bajo los pies de Binda, casi como un chapoteo; los lirones de redondos ojos brillantes corrían a guarecerse en lo alto de los árboles. «¡Ánimo, Binda!», le había dicho Hígado, el comandante, al darle la consigna. El sueño se alzaba desde el corazón de la noche aterciopelándole el interior de los párpados; Binda hubiera querido perder el sendero, extraviarse en un mar de hojas secas, nadar hasta quedar sumergido en él. «¡Ánimo, Binda!».

Binda tomaba ahora la costera alta de Tumena, todavía helada, una estrecha pista con marcas de pasos. Tumena era la quebrada más vasta de aquellas regiones, de orillas distantes y altísimas; la orilla opuesta humeaba en la oscuridad, la que él seguía se perdía en la ladera pelada, entre los matorrales desde donde se alzaban de

día aleteantes bandadas de perdices. Binda creyó ver una luz lejana en Tumena de Abajo, que marchaba delante de él, a lo lejos. De vez en cuando trazaba un zigzag como si tomara una curva, desaparecía, reaparecía poco después en una dirección inesperada. ¿Quién podía ser a aquella hora? A veces le parecía que la luz estaba mucho más lejos, en la otra orilla, a veces quieta, a veces a sus espaldas. Tantas luces diferentes, en marcha por todos los senderos de Tumena de Abajo, tal vez también detrás y delante de él, en Tumena de Arriba, encendiéndose y apagándose. ¡Los alemanes!

Un animal corría por las huellas de Binda, surgido del fondo de territorios infantiles, lo seguía, rápidamente lo alcanzaría: el miedo. Aquellas luces eran de alemanes que exploraban Tumena, matorral por matorral, batallones de alemanes. Algo imposible: Binda lo sabía y sin embargo sentía que hubiera sido agradable creerlo, abandonarse al halago de aquella bestia infantil que lo seguía de cerca. En la garganta de Binda el tiempo batía su tamtam. Era tarde para llegar antes que los alemanes, para salvar a los compañeros, y, mientras iba pensando en eso, Binda veía ya la barraca de Vendetta, en Castagna, incendiada, los cuerpos de los compañeros ensangrentados, las cabezas de algunos de ellos colgadas de las ramas de los alerces por los largos cabellos. «¡Ánimo, Binda!».

Le sorprendió encontrarse en ese lugar, le parecía que había recorrido poco camino en mucho tiempo: tal vez había aminorado la marcha sin darse cuenta, tal vez se había detenido. Sin embargo no cambió el ritmo: sabía que su paso era siempre igual y seguro, que no había que fiarse de esa bestia que venía a visitarlo en las misiones nocturnas, a mojarle las sienes con sus dedos invisibles, húmedos de saliva. Binda era un muchacho serio, de nervios sólidos y sangre fría en cualquier eventualidad; conservaba intacta toda su resolución para actuar, aun llevando encima aquella bestia como un mono agarrado al cuello.

El prado de Colla Bracca parecía blando bajo la luna. «¡Las minas!», pensó Binda. Allá arriba no había minas, Binda lo sabía: las minas estaban lejos, en la otra vertiente de Ceppo. Pero Binda pensaba ahora que las minas se movían bajo tierra, caminaban de una punta a la otra de las montañas, seguían sus pasos como enormes arañas subterráneas. Sobre las minas la tierra produce extraños hongos, ay de quien los pise: todo estallarían inmediatamente, al instante, pero los segundos durarían siglos y el mundo parecería detenerse como encantado.

Binda bajaba ahora por el bosque. El sueño y la oscuridad ponían máscaras tétricas a los troncos y a los matorrales. Todo estaba lleno de alemanes, era cierto. Seguramente lo habían visto pasar por el prado de Colla Bracca bajo la luna, lo estaban siguiendo, lo esperaban en el paso. Un búho gritó a poca distancia: era el silbido convenido entre los alemanes que iban acercándose a él, ahora le respondía otro silbido, ¡estaba rodeado! Un animal se movió en el fondo de un brezal: tal vez una liebre, tal vez un zorro, tal vez un alemán tendido entre los matorrales que le apuntaba. Había un alemán en cada matorral, un alemán acurrucado con los lirones en

la copa de cada árbol. Las canteras estaban llenas de cascos, los fusiles se alzaban entre las ramas, las raíces de los árboles terminaban en pies humanos. Binda caminaba a lo largo de un doble seto de alemanes al acecho, que lo miraban con ojos brillantes como hojas: cuanto más andaba más se hundía entre ellos. Al tercer grito de búho, al cuarto, al sexto, todos los alemanes saltarían a su alrededor, apuntando con sus armas, el pecho cruzado de bandas de metralla.

Entre ellos uno, llamado Gund, con una terrible sonrisa blanca bajo el casco, tendería hacia él las manos enormes para aferrarlo. Binda vacilaba en volverse por temor a verlo de pronto erguido, gigantesco, a sus espaldas, apuntando con la metralleta, o con las manos abiertas en el aire. O tal vez vendría a su encuentro por el sendero, señalándolo con un dedo, o con un rodar de piedras lo oiría ponerse a su lado, caminar junto a él en silencio.

De pronto le pareció que se había equivocado de camino, y sin embargo reconocía el sendero, las piedras, los árboles, el musgo. Pero eran piedras, árboles, musgo de otro lugar distante, de mil otros lugares diferentes y distantes. Después de aquel peldaño de piedra debía de haber un despeñadero, no un zarzal; dejando atrás ese cobertizo una planta de retama, no de acebo; el riacho tenía que estar seco, no con agua y ranas. Eran ranas de otro valle que estaban cerca de los alemanes, a la vuelta del camino, era una trampa tendida por los alemanes apostados que le haría caer bruscamente entre sus manos, delante del gran alemán que hay en el fondo de todos nosotros, el alemán llamado Gund, cargado de cascos, bandoleras, bocas de arma apuntando, cuyas manos enormes planean sobre todos nosotros y no consiguen aferrarnos nunca.

Para expulsar a Gund hay que pensar en Regina, cavar en la nieve un hueco con Regina, pero la nieve está dura y helada, Regina no puede tumbarse, vestida con una falda delgada como la piel; tampoco es posible bajo los pinos, la capa de agujas no acaba nunca, debajo la tierra es un hormiguero, y Gund ya está sobre nosotros, baja la mano sobre nuestra cabeza, sobre nuestra garganta, sobre nuestro pecho, sigue bajándola: gritamos. Es preciso pensar en Regina, la muchacha que hay en todos nosotros y para quien todos quisiéramos cavar un nicho en el fondo del bosque.

Pero la persecución entre Binda y Gund había llegado a su término; el campamento de Vendetta estaba ahora a sólo quince, veinte minutos. Binda corría con el pensamiento, pero sus pasos seguían posándose, regulares, para no perder el aliento. Al alcanzar a los compañeros el miedo desaparecería, borrado del fondo mismo de la memoria, ya imposible. Había que pensar en despertar a Vendetta y a Sable, el comisario, explicarles la orden de Hígado, después volver a salir hacia Gerbonte, para avisar a Sierpe.

¿Pero llegaría alguna vez a la barraca? ¿No estaba amarrada a un hilo que la alejaba, a medida que él iba acercándose? Y al llegar, ¿no escucharía «*auschausch*», todos los alemanes en torno al fuego comiendo las castañas que habían quedado? Binda ya se imaginaba llegando a la barraca medio incendiada y desierta. Entraba:



vacía. Pero en un ángulo, enorme, sentado a la turca, el casco tocando el techo, estaba Gund, sus ojos redondos y brillantes como los del lirón, la sonrisa blanca de dientes entre sus labios hinchados. Gund le hacía un gesto: «Siéntate». Y Binda se sentaba.

Y en ese momento, a cien metros, una luz: ¡eran ellos! ¿Quiénes? Le dieron ganas de volver atrás, de escapar, como si todo el peligro estuviera allí en la casucha de Pian Castagna. Pero seguía andando deprisa, la cara dura y cerrada como un puño.

Ahora el fuego parecía acercarse demasiado rápido: ¿avanzaba a su encuentro? Ahora se alejaba: ¿huía? Pero no se movía: era el fuego del campamento que aún no se había apagado, Binda lo sabía.

—¿Quién vive?

No se sobresaltó.

—Binda —dijo.

—Centinela. Soy la Lechuza. ¿Novedades, Binda?

—¿Vendetta duerme?

Ya estaba en el cobertizo, rodeado por la respiración de los compañeros dormidos. Compañeros, naturalmente, ¿quiénes podían ser, si no?

—Los alemanes bajan desde Briga, los fascistas suben desde Los Molinos. Evacuar. Al alba todos en lo alto del Pellegrino con la artillería pesada.

Vendetta, apenas despierto, parpadeaba un poco.

—Hostias —dijo.

Después se levantó, golpeó las manos:

—A despertar todos, que habrá gresca.

Ahora Binda revolvía en una escudilla de castañas hervidas escupiendo las pieles pegadas. Los hombres se organizaban en turnos para cargar las municiones, el trípode de la artillería pesada. Binda se dispuso a partir.

—Voy a Gerbonte, a ver a Sierpe —dijo.

—Ánimo, Binda —le dijeron los compañeros.

Ya daba la vuelta detrás del espolón de roca, había perdido de vista la barraca, dejaba a sus espaldas el despeñadero negro de matorrales. De entre ellos Gund se levantó, volvió a ponerse en marcha detrás de él, con sus pasos de gigante.

## El hambre en Bévera

En 1944 el frente se detuvo allí como en el 40, sólo que esta vez la guerra no terminaba y no había modo de que se desplazara. La gente no quería hacer como en el 40: cargar cuatro trapos y las gallinas en una carreta y partir con el mulo delante y la cabra atrás. En el 40, cuando volvieron, habían encontrado todos los cajones por el suelo y excrementos humanos en las cacerolas, porque ya se sabe que los italianos, cuando son soldados y pueden hacer daño, no distinguen amigos de enemigos. De modo que no se movieron, con los cañonazos franceses que llegaban día y noche a clavarse en las casas, y los de los alemanes silbando sobre sus cabezas.

—Un día de éstos se decidirán a avanzar —decían, y tenían que seguir repitiéndoselo de septiembre a abril—. Esos demonios de aliados terminarán por aparecer.

El valle de Bévera estaba lleno de gente, campesinos y también refugiados de Ventimiglia, y faltaba comida; aprovisionamiento de víveres no había y la harina tenían que ir a buscarla a la ciudad. El camino para ir a la ciudad estaba día y noche bajo el fuego de los cañones.

Se vivía más en los agujeros que en las casas y un día los hombres del lugar se reunieron en una cueva grande para tomar una decisión.

—Aquí —dijo el del comité— hay que turnarse para bajar a Ventimiglia a buscar el pan.

—Bravo —dijo otro—, así iremos quedando uno por uno destripados por el camino.

—Siempre que no vayan pescándonos los alemanes, y hale, a Alemania —dijo un tercero.

Y otro intervino:

—Los animales. ¿Quién pone el animal? El que todavía lo tiene no lo arriesga. Es fácil que el que vaya no vuelva, ni él ni el animal ni el pan.

Los animales habían sido requisados y el que lo había salvado lo tenía escondido.

—En resumidas cuentas —dijo el del comité—, aquí, si no hay pan, ¿cómo vamos a vivir? ¿Hay alguien que se anime a ir a Ventimiglia con un mulo? A mí me están buscando, si no, iría.

Miró a su alrededor: los hombres estaban sentados en el suelo de la cueva, con

ojos sin expresión, y rascaban con los dedos en la toba.

Entonces el viejo Bisma, que estaba en el fondo y miraba con la boca abierta sin entender nada, se levantó y salió de la cueva. Los otros creyeron que iba a orinar, porque era viejo y de vez en cuando le daban ganas.

—Cuidado, Bisma, mea en lugar seguro.

Pero Bisma no se volvió.

—Para él es como si no bombardearan —dijo uno—. Está sordo y no se entera.

Bisma tenía más de ochenta años y una espalda que parecía siempre doblada bajo una carga de ramas secas: todas las ramas secas acarreadas en su vida desde el bosque hasta el establo. Lo llamaban Bisma por los bigotes que, según dicen, se parecían a los de Bismarck, en sus tiempos; ahora eran un par de bigotes blancos, grasientos y caídos, y era como si fueran a irse al suelo de un momento a otro, igual que todas las partes de su cuerpo. Pero no se le caía nada y Bisma avanzaba arrastrando los pies y bamboleando la cabeza, con esa mirada de los sordos, inexpresiva y un poco desconfiada.

Reapareció en la boca de la cueva.

—¡Iih! —lanzó.

Entonces los otros vieron que se llevaba el mulo y que le había puesto la albarda. El mulo de Bisma parecía más viejo que el amo, el pescuezo chato como una tabla inclinado hasta el suelo y una cautela al moverse como si los huesos protuberantes estuvieran por perforarle la piel y asomarle por las llagas negras de moscas.

—¿Adónde vas con el mulo, Bisma? —le preguntaron.

Él meneaba la cabeza, con la boca abierta. No oía.

—Los sacos —dijo—. Dádmelos.

—Eh —dijeron—, ¿adónde pretendéis llegar tú y tu rocín?

—¿Cuántos kilos? —preguntaba Bisma—, ¿eh? ¿Cuántos kilos?

Le dieron los sacos, le explicaron con los dedos el número de kilos y partió. A cada silbido de granada los hombres desde el umbral de la cueva miraban el camino y la figura torcida que se alejaba: el mulo y el hombre a horcajadas de la albarda parecían en peligro y los dos siempre a punto de caer. Los cañonazos arreciaban más allá, en el camino, alzando una polvareda espesa, iban demoliéndolo delante de los pasos cautos del mulo, o a sus espaldas: y Bisma ni siquiera se volvía. A cada disparo, a cada silbido, los hombres contenían la respiración. «Éste le acierta», decían. Hubo una detonación y desapareció del todo, envuelto en el polvo. Los hombres callaron. Ahora, aplacado el polvo, verían el camino desnudo y ni siquiera sus restos. Pero el hombre y el mulo reaparecieron como fantasmas y siguieron andando despacio, muy despacio. Después del último recodo, no pudieron seguirlos.

—No saldrá del paso —dijeron los hombres y se volvieron.

Pero Bisma seguía cabalgando por el pedregoso camino de herradura. El viejo mulo iba adelantando los cascos inseguros por el camino que obstruían las peñas y los derrumbes recientes; el ardor de las llagas bajo la albarda le tensaba la piel. Las

explosiones no lo encabritaban: había penado tanto en su vida que nada podía ya impresionarlo. Andaba con el hocico gacho, y su mirada, limitada por las anteojeras negras, hacía observaciones bellísimas: caracoles, el caparazón roto por los proyectiles, que perdían una baba irisada sobre las piedras; hormigueros desventrados con fugas blancas y negras de hormigas y larvas; hierbas arrancadas que alzaban extrañas raíces barbudas como de árboles.

Y el hombre a horcajadas en la alforja trataba de mantenerse erguido sobre las nalgas flacas, mientras todos sus pobres huesos se sacudían con las asperezas del camino. Pero él había crecido junto a sus mulos y sus ideas eran pocas y resignadas como las de ellos: el pan de su vida siempre se había encontrado en la otra punta de un camino muy fatigoso, el pan para él y también el pan para los demás, hoy el pan para toda Bévera. El mundo, ese mundo silencioso que lo circundaba, ahora parecía tratar de hablarle a él también con confusos retumbos que llegaban hasta sus tímpanos adormecidos, con extrañas conmociones de la tierra. Mientras avanzaba, Bisma veía derrumbarse taludes, nubes que se levantaban de los campos y piedras que volaban, relámpagos rojos que aparecían y desaparecían en la colina; el mundo quería cambiar su vieja cara y mostrar el reverso de las cosas, de las plantas, de la tierra. Y el silencio, el terrible silencio de su vejez, iba fisurándose con esos retumbos lejanos.

Delante de las patas del mulo saltaban del camino enormes chispas, las narices y las gargantas se llenaron de tierra, una granizada de pedruscos golpeó de costado al hombre y al mulo, mientras las ramas de un gran olivo giraron por el aire sobre su cabeza: pero si el mulo no caía, él no caería. Y el mulo resistió, los cascos enraizados en la tierra rajada, las rodillas a punto de quebrarse. Después se movió despacio, todavía en la polvareda, y siguió adelante.

Por la noche, arriba, en Bévera, alguien gritó:

—¡Ahí viene Bisma, ha vuelto! ¡Se salió con la suya!

Entonces los hombres y las mujeres y los niños salieron de las casas y de las cuevas y vieron al mulo en el último recodo que avanzaba aún más despatarrado bajo el peso de los sacos, y a Bisma detrás, a pie, colgado de la cola, y no se entendía si se hacía arrastrar o si empujaba.

Grandes fiestas hizo la gente del valle a Bisma que volvía con el pan. La distribución la hicieron en la gran cueva y los habitantes pasaban uno por uno y el del comité les daba un pan por cabeza. Bisma estaba cerca, mascando el suyo con los pocos dientes que le quedaban y mirando las caras de todos.

Bisma fue a Ventimiglia también al día siguiente. No había ningún otro animal que no despertara la codicia de los alemanes. Y siguió bajando cada día y trayendo el pan, y cada día se salvaba, pasaba incólume bajo las bombas: decían que había hecho un pacto con el diablo.

Después los alemanes abandonaron la orilla derecha del Bévera, hicieron saltar dos puentes y un tramo del camino, pusieron minas. En un plazo de cuarenta y ocho

horas los habitantes debían evacuar el pueblo y la zona. El pueblo lo abandonaron, pero la zona no: se escondieron en los agujeros. Pero estaban aislados, presos entre dos frentes y sin vía de aprovisionamiento. Era el hambre.

Cuando se supo que el pueblo había sido evacuado, los de las brigadas negras subieron. Cantaban. Uno tenía una cacerolita de pintura y un pincel. Escribió en las paredes: *No pasarán, Resistiremos, El Eje no afloja*.

Entretanto daban vueltas por las callejas, la metralleta al hombro, y echaban un vistazo a las casas. Empezaron a probar con algunas puertas, a empujones. En una de éstas apareció Bisma montado en el mulo. Apareció en lo alto de una calle en bajada y avanzaba entre las dos hileras de casas.

—Eh, ¿adónde vas? —preguntaron los de las brigadas negras.

Era como si no los viese, el mulo seguía avanzando con paso torcido.

—¡Eh, estamos hablando contigo!

El viejo macilento e impasible, trepado en el esqueleto de mulo, parecía un espíritu salido de las piedras de aquel pueblo deshabitado y medio derruido.

—Es un sordo —dijeron.

El viejo los miraba, uno por uno. Los de las brigadas negras doblaron por una calleja. Llegaron a una plazoleta; sólo se oía correr el agua de la fuente, y a lo lejos el cañón.

—Algo me dice que en esa casa hay algo —dijo uno, señalándola.

Era un chico con una mancha roja debajo del ojo. Entre las casas de la plaza vacía el eco repitió sus palabras una por una. El muchachito hizo un gesto nervioso. El del pincel escribió en una pared semiderrumbada: *Honor y lucha*. Una ventana que había quedado abierta golpeaba haciendo más ruido que el cañón.

—Ahora me toca a mí —dijo el de la mancha roja a dos que empujaban una puerta. Apoyó la boca de la metralleta contra la cerradura y disparó una ráfaga. La cerradura quemada cedió. Entonces reapareció Bisma por el lado opuesto a aquel en que lo habían dejado. Parecía pasearse de una punta a la otra del pueblo, montado en esa ruina de mulo.

—Esperemos a que haya pasado —dijo uno de la brigada negra, y se quedaron delante de la puerta con aire indiferente.

*Roma o Muerte*, escribió el del pincel.

El mulo atravesaba la plaza lentamente; cada paso parecía el último. El hombre montado encima estaba como a punto de dormirse.

—Vete —gritó el chico de la mancha—. El pueblo ha sido evacuado.

Bisma no se volvió; parecía decidido a guiar el mulo a través de aquella plaza vacía.

—Si te encontramos otra vez —insistió el otro—, disparamos.

*Venceremos*, escribió el del pincel.

De Bisma sólo se veía la espalda decrepita sobre aquellas negras patas de mulo casi inmóviles.

—Vamos allá —decidieron los de las brigadas negras y doblaron bajo una arcada.

—Hale, no perdamos tiempo. Empecemos por esta casa.

Abrieron y el de la mancha entró primero. La casa estaba vacía y llena de ecos. Dieron una vuelta por las habitaciones y después salieron.

—Me dan ganas de prender fuego al pueblo —dijo el manchado.

*Seguiremos adelante*, escribió el otro.

Bisma reapareció en el fondo del callejón. Avanzaba hacia ellos.

—No lo hagas —dijeron los de las brigadas negras al manchado que apuntaba.

*Duce*, escribió el otro.

Pero el manchado ya disparaba. Murieron juntos hombre y mulo, pero permanecieron un instante de pie. Como si el mulo hubiera caído sobre las cuatro pezuñas y fuera de una sola pieza, con sus patas negras y torcidas. Los de las brigadas negras estaban allí, mirando; el manchado dejó caer la metralleta que estaba sostenida por la correa y le castañeteaban los dientes. Después se inclinaron juntos, hombre y mulo; parecía que fueran a dar un paso más, pero se derrumbaron el uno sobre el otro.

Los del pueblo fueron por la noche a buscarlos. A Bisma lo enterraron, el mulo lo cocinaron. Era carne dura pero tenían hambre.

## Van al comando

El bosque era ralo, casi destruido por los incendios, gris en los troncos quemados, rojizo en las agujas secas de los pinos. El hombre armado y el hombre desarmado venían bajando en zigzag entre los árboles.

—Al comando —decía el hombre armado—. Al comando, vamos. Media hora de marcha.

—¿Y después?

—Después ¿qué?

—Digo, si después dejarán que me vaya —dijo el hombre desarmado; a cada respuesta se quedaba escuchando, sílaba por sílaba, como buscando una nota falsa.

—Claro que dejarán que se vaya —dijo el hombre armado—. Yo entrego el documento del batallón, ellos anotan en el registro y después puede volver a su casa.

El desarmado sacudía la cabeza, adoptaba un aire pesimista.

—Eh, son cosas largas, comprendo... —decía, tal vez sólo para oír que le repitieran: «Lo dejarán libre enseguida, se lo digo yo»—. Yo contaba —añadió—, yo contaba con estar en casa esta noche. Paciencia.

—Le digo que llegará —contestó el hombre armado—. El tiempo de tomarle la declaración y lo dejan libre. Tienen que borrar su nombre del registro de espías.

—¿Llevan un registro de espías?

—Claro que lo llevamos. A todos los espías los conocemos. Y los vamos atrapando uno por uno.

—¿Y mi nombre figura?

—Sí. También estaba su nombre. Ahora tienen que borrarlo porque, si no, corre el riesgo de caer preso de nuevo.

—Entonces tengo que ir allá, explicarles toda la historia.

—Allá vamos. Ellos tienen que ver, controlar.

—Pero ahora —dijo el hombre sin armas—, ahora saben que soy de los vuestros, que nunca he sido espía.

—Precisamente. Ahora lo sabemos. Ahora puede estar tranquilo.

El desarmado asentía y miraba a su alrededor. Estaban en un gran claro, con pinos y alerces delgados, muertos en los incendios, lleno de ramas caídas. Habían abandonado el sendero, lo habían encontrado y vuelto a perder, iban como al azar

entre los pinos malos, atravesando el bosque. El desarmado no reconocía los lugares, la noche subía con finas láminas de niebla, desde abajo el bosque iba espesándose en la oscuridad.

Alejarse del sendero lo inquietaba; hizo la prueba —dado que el otro parecía caminar al azar—, hizo la prueba de doblar a la derecha, donde tal vez continuaba el sendero: el otro dobló también a la derecha, como por casualidad. Si él volvía a seguirlo, tomaba a izquierda o a derecha, según que el camino fuera más o menos practicable.

Se decidió a preguntar:

—¿Pero dónde está el comando?

—Allá vamos —respondió el hombre armado—. Ahora lo verá.

—¿Pero en qué lugar, en qué región, más o menos?

—¿Cómo decirlo? —respondió—. El comando no es que esté en un lugar, en una región. El comando está donde está el comando. Comprenda.

Comprendía: el desarmado era un hombre que comprendía las cosas. Sin embargo preguntó:

—¿Pero no hay un camino para ir?

El otro contestó:

—Un camino. Comprenda. Un camino siempre va a algún lugar. Al comando no se va por los caminos. Comprenda.

El desarmado comprendía, era un hombre que comprendía las cosas, un hombre astuto. Preguntó:

—¿Usted va a menudo al comando?

—A menudo —dijo el hombre armado—. Voy a menudo.

Tenía una cara triste, sin mirada. Conocía poco los lugares, por momentos parecía perderse, y sin embargo seguía caminando como si no le importara.

—¿Hoy le toca a usted el turno y por eso le han mandado a que me acompañe? —dijo el desarmado, estudiándolo.

—Mi trabajo es acompañarlo —contestó—. Acompaño a la gente al comando.

—¿Es usted la estafeta?

—Eso mismo —dijo el hombre armado—, la estafeta.

«Una estafeta extraña», pensaba el desarmado, «que no conoce los lugares. Pero», pensaba, «hoy no quiere ir por los caminos para que yo no vea dónde está el comando, porque no se fían de mí». Mala señal que todavía no se fieran de él; el desarmado se obstinaba en pensarlo. Pero en esta mala señal había una seguridad, la de que lo llevaban verdaderamente al comando y querían dejarlo en libertad, y además de esa mala señal, otra peor todavía: el bosque se espesaba cada vez más y no se veía la salida, y el silencio, la tristeza del hombre armado.

—Al secretario, ¿también lo acompañó al comando? ¿Y a los hermanos del molino? ¿Y a la maestra?

Hizo esta pregunta de un tirón, sin pensarlo, porque era la pregunta decisiva que



significaba todo: al secretario del ayuntamiento, a los hermanos, a la maestra, a todos, se los habían llevado a todos, nunca habían vuelto, nunca se había sabido nada más de ellos, nunca.

—El secretario era un fascista —dijo el hombre armado—, los hermanos estaban en la milicia, la maestra era de los servicios auxiliares.

—Lo decía sólo por saber, como no regresaron nunca...

—Ya se lo dije —insistió el hombre armado—. Ellos eran lo que eran. Usted es lo que es. No hay por qué hacer comparaciones.

—Claro —dijo el otro—, no hay por qué hacer comparaciones. Sólo preguntaba qué pasó, así, por curiosidad.

Se sentía seguro de sí mismo, el desarmado, enormemente seguro de sí mismo. Era el hombre más astuto del pueblo, era difícil irle con el cuento. Los otros, secretario y maestra, no habían vuelto: él volvería. «Yo gran *kamarad*», le diría al sargento. «Partisanos, a mí, no *kaputt*. Yo *kaputt* a todos los partisanos». El sargento tal vez se echara a reír.

Pero el bosque quemado era interminable y los pensamientos del hombre estaban envueltos en lo desconocido y lo oscuro, como zonas peladas en medio de un bosque.

—Yo del secretario, de todos los otros, no sé mucho. Yo hago de estafeta.

—Pero en el comando sabrán —insistía el desarmado.

—Claro. Lo preguntará en el comando. Allí lo saben.

Caía la noche. Había que andar con prudencia entre los brezos, cuidando de cómo ponía los pies para no resbalar en los guijarros escondidos bajo los matorrales espesos. Y cuidar de cómo se ponían los pensamientos, uno detrás de otro, en lo más hondo de la inquietud, para no encontrarse de pronto sumergido en el miedo.

Sin duda, si lo hubieran tomado por un espía no lo habrían dejado así en el bosque, solo con aquel hombre que ni siquiera parecía ocuparse de él; podría escapar cuantas veces quisiera. Si intentaba huir, ¿qué haría el otro?

Mientras bajaban entre los árboles, el desarmado empezó a tomar cierta distancia, a doblar a la derecha cuando el otro doblaba a la izquierda. Pero el hombre armado seguía caminando casi sin fijarse en él, y bajaban así por el bosque ralo, separados ahora el uno del otro. Incluso por momentos se perdían de vista, ocultos por troncos, por arbustos, pero a veces el desarmado volvía a ver por encima de su cabeza al otro que parecía no vigilarlo y sin embargo le iba siempre detrás, a distancia.

«Esta vez, si me dejan libre un instante, ya no me cogen», había pensado hasta ese momento el desarmado. Pero ahora se sorprendió pensando: «Si esta vez consigo escapar...». Y ya veía en su mente a los alemanes, alemanes formados, alemanes en camión y blindados, visión de muerte para los otros, de seguridad para él, hombre astuto, hombre a quien nadie podía hacerle morder el polvo.

Había salido de los claros y del brezal para entrar en el bosque espeso y verde, perdonado por los incendios: el suelo estaba cubierto de agujas de pino secas. El hombre armado se había quedado atrás, tal vez había tomado otro camino. Entonces

el desarmado, cauteloso, con la lengua entre los dientes, apretó el paso, se internó más en la espesura, dejándose caer por los taludes, entre los pinos. Estaba escapando: se dio cuenta. Entonces tuvo miedo, pero comprendió que ya se había alejado demasiado, que el otro sabía sin duda que quería escapar y lo seguía: no quedaba sino seguir corriendo, cuidar de no volver a ponerse a tiro del otro, ahora que había intentado huir.

Al oír pasos por encima de su cabeza se volvió: a pocos metros estaba el hombre armado que se acercaba con su andar calmo, indiferente. Tenía el arma en la mano.

—Por este lado debe de haber un atajo —dijo, y le hizo un gesto para que lo precediera.

Entonces todo volvió a ser como antes: un mundo ambiguo, todo para mal o todo para bien: el bosque que en lugar de acabar se espesaba, aquel hombre que casi lo había dejado escapar sin decir nada.

—¿Pero no termina nunca este bosque? —preguntó.

—Apenas hayamos rodeado la colina, llegamos —dijo el otro—. Ánimo, que esta noche estará usted en su casa.

—¿Así, sin más, me dejarán ir a casa? Digo, ¿no querrán guardarme como rehén, por ejemplo?

—Nosotros no somos alemanes para tomar rehenes. A lo sumo por ser rehén le podrán quitar los zapatos, ya que andamos todos descalzos.

El hombre se puso a protestar como si sus zapatones fueran la cosa por la que más temía, pero en el fondo se alegraba: todo detalle acerca de su suerte, para bien o para mal, servía para devolverle un poco de seguridad.

—Escuche —dijo el hombre armado—, ya que le interesan tanto, hagamos así: póngase los míos para ir al comando, los míos están todos rotos y no se los quitarán. Yo me pongo los suyos y cuando lo acompañe de vuelta, se los devuelvo.

Pero hasta un niño hubiera comprendido que era puro cuento. El hombre armado quería sus zapatones; pues bien, el desarmado le daría todo lo que quisiera, él era un hombre que entendía, estaba contento de salir del paso con tan poco gasto. «Yo gran *kamarad*», le diría al sargento. «Yo darles a ellos zapatos y ellos dejarme ir». El sargento tal vez le conseguiría un par de botas como las de los soldados alemanes.

—¿Entonces ustedes no retienen a nadie: rehenes, prisioneros? ¿Ni siquiera al secretario del ayuntamiento y a los otros?

—El secretario hizo caer a tres de nuestros compañeros; los hermanos hacían batidas con la milicia; la maestra se acostaba con los de la Décima.

El hombre desarmado se detuvo.

—Usted no creerá que yo también soy un espía —dijo—. No me habrá traído hasta aquí para matarme —y entonces mostró un poco los dientes, como si sonriera.

—Si creyéramos que es un espía —dijo el hombre armado—, no vacilaría en hacer esto. —Quitó el seguro al arma—. Y esto. —Le apuntó, hizo el gesto de disparar.

«Bueno», pensaba el espía, «no dispara».

Pero el otro no bajaba el arma, sino que apretaba el gatillo.

«Balas de fogueo, son balas de fogueo», tuvo tiempo de pensar el espía. Y cuando sintió la descarga que le caía encima como puñetazos de fuego ininterrumpidos, todavía alcanzó a pensar: «Cree que me ha matado, pero estoy vivo».

Cayó de cara al suelo y lo último que vio fue un par de pies calzados con sus zapatones que le pasaban por encima.

Así quedó, un cadáver en el fondo del bosque, con la boca llena de agujas de pino. Dos horas después estaba negro de hormigas.

## Por último, el cuervo

La corriente era una red de encrespaduras ligeras y transparentes, el agua avanzaba por el centro. De vez en cuando había como un aleteo de plata en la superficie: el dorso de una trucha que relampagueaba para volver a hundirse enseguida en zigzag.

—Está lleno de truchas —dijo uno de los hombres.

—Si arrojamos una bomba quedarán todas flotando panza arriba —dijo el otro; sacó una bomba del cinturón y empezó a desatornillar el fondo.

Entonces se adelantó el muchacho que estaba allí mirando, un muchachón montañés con cara de manzana.

—Me lo das —dijo, y cogió el fusil de uno de los hombres.

—¿Qué quiere éste? —dijo el hombre y quiso quitarle el fusil.

Pero el muchacho apuntaba al agua con el arma como buscando un blanco. «Si disparas al agua asustas a los peces y nada más», quería decir el hombre, pero ni siquiera tuvo tiempo de terminar. Una trucha se había asomado con un coleteo, y el muchacho le disparó como si la estuviera esperando justo en ese lugar. Ahora la trucha flotaba con su blanca panza.

—Hostias —dijeron los hombres.

El muchacho volvió a cargar el arma y la hizo girar. El aire era terso y tenso: se distinguían en la otra orilla las agujas de los pinos y la red acuática de la corriente. La superficie se encrespó de pronto: otra trucha. Hizo fuego: ahora flotaba muerta. Los hombres miraban, ya la trucha, ya al muchacho.

—Éste tiene puntería —dijeron.

El muchacho seguía moviendo la boca del fusil en el aire. Era extraño, pensándolo bien, estar así, rodeado de aire, separado de las otras cosas por metros de aire. En cambio, cuando apuntaba con el fusil, el aire era una línea recta e invisible, tendida desde la boca del fusil hasta la cosa, hasta el pequeño halcón que surcaba el cielo con alas que parecían inmóviles. Al apretar el gatillo el aire quedaba como antes, transparente y vacío, pero allí arriba, en la otra punta de la línea, el halcón doblaba las alas y caía como una piedra. Del obturador abierto salía un agradable olor a pólvora.

Consiguió que le dieran otros cartuchos. Ahora eran muchos los que, detrás de él,

a la orilla del riacho, lo miraban. Las piñas en lo alto de los árboles de la otra orilla, ¿por qué se veían y no se podían tocar? ¿Por qué esa distancia vacía entre él y las cosas? ¿Por qué las piñas, que eran una sola cosa con él, en sus ojos, estaban en cambio allá, lejanas? Pero cuando apuntaba con el fusil se veía que la distancia vacía era una ilusión: él apretaba el gatillo y en ese mismo momento caía la piña, truncada por el pecíolo. Era una sensación de vacío como una caricia: ese vacío del cañón del fusil que continuaba a través del aire y el disparo que llegaba hasta allí arriba, hasta la piña, la ardilla, la piedra blanca, la flor de amapola. «Éste no falla nunca», decían los hombres y ninguno se atrevía a reír.

—Vente con nosotros —dijo el jefe.

—Y vosotros me dais el fusil —respondió el muchacho.

—Bueno, por supuesto.

Se fue con ellos.

Partió con un morral lleno de manzanas y dos quesos. El pueblo era una mancha de pizarra, paja y bosta de vaca en el fondo del valle. Irse era maravilloso porque a cada recodo se veían cosas nuevas, árboles con piñas, pájaros que volaban de las ramas, líquenes en las piedras, todas cosas incluidas en el radio de las falsas distancias, de las distancias que el disparo llenaba tragándose el aire.

Pero no se podía disparar, se lo dijeron: eran lugares por los que ellos debían pasar en silencio y los cartuchos servían para la guerra. Pero en cierto momento un lebrato asustado por el ruido de pasos atravesó el sendero en medio de los gritos y maniobras de los hombres. Estaba ya a punto de desaparecer en los matorrales cuando lo detuvo un disparo del muchacho.

—Buen tiro —dijo el jefe mismo—, pero aquí no estamos cazando. Aunque veas un faisán, no hagas fuego.

No había pasado una hora cuando se oyeron en la fila otros disparos.

—¡Es otra vez el muchacho! —dijo furioso el jefe y fue a buscarlo. Él se reía, con su cara blanca y roja de manzana.

—Perdices —dijo, señalándolas. Una bandada había alzado vuelo desde un seto.

—Perdices o grillos, ya te lo dije. Dame el fusil, y si me haces rabiarse una vez más, te vuelves al pueblo.

El chico se enfurruñó; caminar desarmado no tenía gracia, pero mientras estuviera con ellos tenía esperanzas de recuperar el fusil.

Aquella noche durmieron en un refugio de pastores. El muchacho se despertó cuando apenas clareaba el cielo, los otros dormían. Escogió el mejor fusil, llenó el morral de cartuchos y salió. El aire era tímido y tierno, aire de madrugada. No muy lejos de la cabaña había una morera. Era la hora en que llegan los grajos. Ahí viene uno: disparó, corrió a recogerlo y lo metió en el morral. Sin moverse del lugar donde había recogido la pieza, buscó otro blanco: un lirón. Asustado por el disparo, corría a refugiarse en la cima de un castaño. Una vez muerto, resultó ser un gran ratón, con una cola gris que perdía mechones de pelo al tocarla. Desde el pie del castaño vio, en

un prado de más abajo, un hongo rojo con puntos blancos, venenoso. Lo desmenuzó de un tiro y fue a ver si había dado justo. Esto de ir así de un blanco a otro era un juego interesante: se podía tal vez dar la vuelta al mundo. Vio un gran caracol sobre una piedra, apuntó al caparazón y al llegar al lugar sólo vio la piedra mellada y un poco de baba irisada. Se había ido alejando así del refugio, bajando por prados desconocidos.

Desde la piedra vio una lagartija en una tapia, desde la tapia una charca y una rana, desde la charca un cartel al costado de la carretera, blanco fácil. Desde el poste se veía la carretera en zigzag y debajo: debajo había unos hombres de uniforme que avanzaban empuñando armas. Al aparecer el chico con el fusil, sonriendo con su cara blanca y roja de manzana, gritaron y le apuntaron. Pero el muchacho ya había visto los botones de oro en el pecho de uno de ellos y había abierto el fuego apuntando a un botón.

Oyó el grito del hombre y los disparos en ráfagas o aislados que silbaban sobre su cabeza: se tendió en el suelo detrás de un montón de pedruscos en el borde de la carretera, en un ángulo muerto. Incluso podía moverse porque el montón de pedruscos era ancho, sacar la cabeza por un punto inesperado, ver los relámpagos en la boca de las armas de los soldados, el gris lustroso de sus uniformes y arrastrarse rápido para disparar desde otro sitio. Al cabo de un momento oyó unas ráfagas a sus espaldas, pero que pasaban por encima de él y herían a los soldados: eran los compañeros que venían con metralletas, de refuerzo. «Si el chico no llega a despertarnos con sus disparos», decían.

El muchacho, cubierto por el fuego de sus compañeros, podía apuntar mejor. De pronto un proyectil le rozó una mejilla. Se volvió: un soldado había llegado por la carretera desde arriba. Se arrojó a la cuneta para protegerse y al mismo tiempo hizo fuego, pero no rozó al soldado, sino la recámara de su fusil. Oyó que el soldado no conseguía volver a cargarla y lo arrojaba al suelo. Entonces el chico salió de su escondite y disparó al soldado que escapaba pitando: le voló una charretera.

Lo siguió. El soldado desaparecía por momentos, por momentos volvía a ponerse a tiro. Le quemó la cimera del casco, después una presilla del cinturón. Entretanto habían llegado siguiéndose a un pequeño valle desconocido, donde ya no se oía el ruido de la batalla. De pronto, enfrente, al soldado se le acabó el bosque, había un claro todo rodeado de rocas cubiertas de espesos matorrales. Pero el chico ya estaba a punto de salir del bosque: en el centro del claro había una gran piedra; el soldado apenas tuvo tiempo para acuclillarse detrás, con la cabeza entre las rodillas.

Allí por el momento se sentía seguro: llevaba consigo bombas de mano y el chico sólo podía tenerlo en la mira de su fusil, para no dejarlo escapar, pero sin acercarse a él. Claro, si pudiera llegar de un salto a los matorrales, estaría seguro, resbalando por la cuesta espesa de vegetación. Pero había aquel tramo pelado que atravesar: ¿hasta cuándo se quedaría allí el muchacho? ¿Y nunca dejaría de apuntar con su arma? El soldado decidió hacer una prueba: colgó el casco en la punta de la bayoneta y lo

levantó por encima de la piedra. Un disparo y el casco rodó por tierra, perforado.

El soldado no se desanimó: desde luego apuntar allí en torno a la piedra era fácil, pero si él se movía rápidamente, sería imposible acertarle. En ese momento un pájaro atravesó veloz el cielo, tal vez un gallito silvestre. Un tiro y cayó. El soldado se secó el sudor del cuello. Pasó otro pájaro: una tordella: también cayó. El soldado tragaba saliva. Aquél debía de ser un lugar de paso: seguían volando los pájaros, todos diferentes, y el chico disparándoles y derribándolos. Al soldado se le ocurrió una idea: «Si presta atención a los pájaros, no me presta atención a mí. Apenas haga fuego, me largo». Pero tal vez fuera mejor hacer primero una prueba. Rescató el casco y lo sostuvo en la punta de la bayoneta. En ese momento pasaron dos pájaros juntos: dos becasinas. El soldado lamentaba perder una ocasión tan buena para la prueba, pero todavía no se atrevía. El muchacho disparó a una becasina; entonces el soldado asomó el casco, oyó el tiro y vio saltar el casco por el aire. Ahora el soldado sentía un sabor plomizo en la boca; apenas si advirtió que el otro pájaro caía al sonar un nuevo disparo.

Pero no debía hacer gestos precipitados: detrás de aquel peñasco, con sus bombas de mano, estaba seguro. ¿Y por qué no trataba de alcanzar al chico con una bomba, siempre desde su escondite? Se tendió de espaldas en el suelo, alargó el brazo por detrás, tratando de no descubrirse, juntó fuerzas y lanzó la bomba. Un buen tiro; llegaría lejos; pero a media parábola una descarga de fusil la hizo estallar en el aire. El soldado se arrojó de cara al suelo para que no le alcanzaran las esquirlas.

Cuando volvió a alzar la cara había llegado el cuervo. Encima de su cabeza, en el cielo, había un pájaro negro que volaba en lentos círculos, tal vez un cuervo. Ahora, sin duda, el muchacho le dispararía. Pero el tiro tardaba en dejarse oír. ¿Sería porque el cuervo estaba demasiado alto? Sin embargo había matado otros más altos y veloces. Por fin un disparo: ahora el cuervo caería; no, seguía girando lento, impasible. En cambio cayó una piña de un pino cercano. ¿Se ponía a apuntar a las piñas, ahora? Les acertaba, caían una por una con un golpe seco.

A cada disparo el soldado miraba el cuervo: ¿caía? No, el pájaro seguía girando sobre su cabeza, cada vez más bajo. ¿Era posible que el chico no lo viese? Tal vez el cuervo no existiera, tal vez fuese una alucinación suya. Tal vez el que va a morir ve pasar todos los pájaros: cuando ve el cuervo quiere decir que le ha llegado la hora. Sin embargo, había que avisarle al chico que seguía disparando a las piñas. Entonces el soldado se puso de pie y señalando el pájaro negro con el dedo, «¡Ahí está el cuervo!», gritó en su lengua. El proyectil lo alcanzó en el centro de un águila con las alas desplegadas bordada en la chaqueta.

El cuervo bajaba lentamente en círculos.

## Uno de los tres vive todavía

Los tres estaban desnudos, sentados en una piedra. Los rodeaban todos los hombres del pueblo, y el grande, de barba, enfrente.

—... y vi las llamas más altas que las montañas —decía el viejo de la barba— y dije: ¿cómo puede arder un pueblo con llamas tan altas? —Ellos no entendían nada—. Y sentí el olor del humo, que era insoportable, y dije: ¿cómo puede apestar así el humo de nuestro pueblo?

De los hombres desnudos, el alto se abrazaba los hombros porque soplaba un poco de viento y le dio un codazo al viejo, para que explicase: todavía quería tratar de entender y el viejo era el único que sabía un poco la lengua. Pero ahora el viejo no levantaba la cabeza de las manos y de vez en cuando un estremecimiento le recorría la cadena de las vértebras. Con el gordo ya no había que contar: se había abandonado a un temblor que agitaba la adiposidad femenina de su cuerpo, los ojos como cristales rayados por la lluvia.

—Y entonces me dijeron que eran las llamas de nuestro trigo, que estaban quemando las casas y dentro nuestros hijos asesinados que al quemarse apestaban: el hijo de Tanchín, el hijo de Gé y el hijo del guardia de aduanas.

—¡Mi hermano Bastian! —gritó el de los ojos de poseso.

Era el único que de vez en cuando interrumpía. Los otros estaban callados y serios, con las manos apoyadas en los fusiles.

De los tres desnudos, el alto no era exactamente del mismo lugar que sus compañeros: venía de una región donde en su momento había habido pueblos incendiados e hijos asesinados. Por eso sabía lo que se piensa del que incendia y mata, y hubiera debido tener menos esperanzas que los otros. Sin embargo algo le impedía resignarse, una angustiada incertidumbre.

—Por ahora hemos conseguido atrapar solamente a estos tres hombres —decía el alto con barba.

—¡Sólo tres, desgraciadamente! —gritó el poseso, pero los otros seguían silenciosos.

—Puede ser que entre ellos haya algunos que no sean malvados, que obedezcan a la fuerza, puede ser que estos tres sean de éstos...

El poseso clavó en el viejo sus ojos muy abiertos.



—Explica —dijo en voz baja el alto al viejo.

Pero toda la vida del más viejo parecía escapársele ahora por las colinas de las vértebras.

—Pero cuando se trata de hijos asesinados y de casas incendiadas no se puede distinguir entre malvados y no malvados. Y nosotros estamos seguros de estar en lo justo al condenar a muerte a estos tres hombres.

«Muerte», pensaba el alto de los tres desnudos, «ya he oído esa palabra. ¿Qué querrá decir? Muerte».

Pero el viejo no escuchaba y el más gordo parecía murmurar una plegaria. De pronto se había acordado de que era católico, el más gordo. Era el único católico del grupo y sus compañeros solían tomarle el pelo.

—Yo soy católico... —empezó a repetir a media voz, en su lengua.

No se entendía si imploraba salvación en la tierra o en el cielo.

—Yo digo que antes de matarlos habría que... —dijo el poseso, pero los otros se levantaron y no le hicieron caso.

—Al Culdebruja —dijo el de los bigotes negros—, así no hay que cavar una fosa.

Hicieron ponerse de pie a los tres. El más gordo se cubrió los genitales con las manos. Nada los hacía sentir tan acusados como el hecho de estar desnudos.

Los hicieron bajar por el sendero de rocas, apuntándoles con las armas en los riñones. Culdebruja era la boca de una caverna vertical, un pozo que bajaba al vientre de la montaña, muy hondo, no se sabía hasta dónde. Llevaron a los tres hombres desnudos hasta el borde y los campesinos armados se pusieron delante; entonces el viejo empezó a gritar. Gritaba frases de desesperación, tal vez en su dialecto, los otros dos no lo entendían: era padre de familia, el viejo, pero era también el peor de ellos y sus gritos tuvieron el efecto de irritar a los otros dos contra él y de infundirles más calma frente a la muerte. El alto, sin embargo, tenía aún esa extraña inquietud, como si no estuviera bien seguro de algo. El católico tenía las manos bajas y juntas, no se sabe si para rezar o para esconder los genitales que se le habían encogido de miedo.

Los que perdieron la calma al oír gritar al viejo fueron los campesinos armados: quisieron terminar cuanto antes y empezaron a disparar al tuntún, sin esperar la orden. El alto vio al católico que se desplomaba a su lado y rodaba por el precipicio, después al viejo que caía con la cabeza hacia atrás y desaparecía arrastrando su último grito mientras bajaba entre las paredes de roca. Vio todavía en la nube de polvo a un campesino que se obstinaba en hacer funcionar el arma trabada, después cayó en la oscuridad.

No perdió el conocimiento enseguida: una nube de dolor se le vino encima como un enjambre de abejas: había atravesado un zarzal. Después, toneladas de vacío colgando del vientre, y se desmayó.

De pronto le pareció como si la tierra le hubiera dado un gran empujón hacia arriba: se había detenido. Tocaba algo mojado y olía a sangre. Sin duda se había estrellado y estaba a punto de morir. Pero no se sentía desfallecer y todos los dolores

de la caída eran aún muy vivos y precisos. Movi6 una mano, la izquierda: respondía. Buscó a tientas el otro brazo, tocó la muñeca, el codo: pero el brazo no sentía nada, estaba como muerto, sólo se movía si lo levantaba con la otra mano. Le pareció que levantaba con dos manos la muñeca derecha: era algo imposible. Comprendió entonces que tenía en la mano el brazo de otro: había caído sobre los cadáveres de los dos compañeros muertos. Tanteó la adiposidad del cat6lico: era un tapete blando que había amortiguado su caída. Por eso estaba vivo. Por eso y porque, ahora lo recordaba, no había recibido un disparo sino que se había arrojado antes; lo que no recordaba era si lo había hecho con intención, pero ahora eso no tenía importancia. Después descubrió que veía: un poco de luz llegaba hasta el fondo y el alto pudo distinguir sus manos y las que asomaban desde abajo, desde la fosa común. Se volvió y miró hacia arriba: había en lo alto una abertura llena de luz: la boca de Culdebruja. Primero le hiri6 la vista como un resplandor amarillo; después se le acostumbraron poco a poco los ojos y distingui6 al fin el azul del cielo, muy lejos, dos veces más lejos de él que de la corteza terrestre.

La vista del cielo lo despert6: hubiera sido mejor seguramente estar muerto. Ahora estaba con dos compañeros fusilados en el fondo de un pozo del que jamás podría salir. Grit6. Arriba en la mancha del cielo se recortaban varias cabezas.

—¡Hay uno vivo! —dijeron. Arrojaron un objeto. El desnudo lo vio bajar como una piedra, chocar después contra una pared y oy6 el estallido. Detrás había un nicho en la roca y el hombre desnudo se acurruc6 dentro: el pozo se había llenado de polvo y de fragmentos que se desprendían de las rocas. Atrajo hacia sí el cuerpo del cat6lico y lo alz6 delante del nicho; apenas podía sostenerlo pero era su único reparo. A tiempo: otra bomba cay6 y lleg6 al fondo, levantando un vuelo de sangre y de piedras. El cadáver se hizo pedazos: el desnudo no tenía ya más defensa ni esperanza. Grit6: en la estrella del cielo apareci6 la barba blanca del alto. Los otros se apartaron.

—Ey —dijo el alto con barba.

—Ey —respondió el hombre desnudo, desde el fondo.

Y el alto con barba repiti6:

—Ey.

No tenían nada más que decirse.

Entonces el alto con barba se volvió:

—Arrojadle una cuerda —dijo.

El desnudo no entendi6. Vio que algunas cabezas desaparecían y las que quedaban le hacían señas, señas de que sí, que se tranquilizara. El desnudo los miraba asomando la cabeza desde el nicho sin atreverse a exponerse del todo, con la misma inquietud de cuando estaba sentado en la piedra y lo enjuiciaban. Pero ahora los campesinos ya no arrojaban bombas, miraban hacia abajo y hacían preguntas, y él respondía con gemidos. La cuerda no llegaba, los campesinos se fueron alejando uno por uno del borde. El desnudo sali6 entonces de su escondite y estudi6 la altura que lo separaba de lo alto, las paredes de roca desnuda y escarpada.

En eso apareció la cara del poseso. Miraba a su alrededor, sonreía. Se asomó al borde del Culdebruja: apuntó con el fusil hacia abajo y disparó. El desnudo oyó silbar el tiro junto a su oreja: Culdebruja era una galería torcida, no del todo vertical, de modo que rara vez las cosas que se arrojaban llegaban al fondo y era más fácil que los disparos encontraran en la roca un saliente y se detuvieran. Volvió a acurrucarse en su refugio, los labios llenos de baba, como un perro. Ya: ahora, arriba, todos los campesinos habían regresado y uno desenrollaba una larga cuerda que bajaba al precipicio. El desnudo veía bajar la cuerda pero no se movía.

—Anda —gritó arriba el de los bigotes negros—, agárrate y sube.

Pero el desnudo seguía quieto en su nicho.

—Anda, arriba —gritaban—, no te haremos nada.

Y le hacían bailar la cuerda delante de los ojos. El desnudo tenía miedo.

—No te haremos nada. Lo juro —decían los hombres y trataban de poner la mayor sinceridad en su entonación. Y eran sinceros: querían salvarlo a toda costa para poder fusilarlo de nuevo, pero en aquel momento querían salvarlo y en sus voces había un tono de afecto, de fraternidad humana. El desnudo sintió todo esto y además no tenía mucho que escoger: tendió la mano hacia la cuerda. Pero entre los hombres que la sujetaban vio aparecer la cabeza del de los ojos de poseso; entonces soltó la cuerda y se escondió. Tuvieron que volver a convencerlo, a rogarle: al fin se decidió y comenzó a subir. La cuerda era nudosa y resultaba fácil trepar por ella, además podía apoyarse en los salientes de la roca y el desnudo reemergía lentamente a la luz y en lo alto las cabezas de los campesinos eran cada vez más claras y más grandes. De pronto los ojos del poseso reaparecieron y los otros no reaccionaron a tiempo para contenerlo: tenía un arma automática y empezó a disparar en el acto. A la primera ráfaga la cuerda se cortó justo sobre sus manos. El hombre se desplomó golpeándose contra las paredes y fue a caer sobre los restos de sus compañeros. Arriba, en el fondo del cielo, el alto con barba abría los brazos y sacudía la cabeza.

Los otros querían explicarle con gestos, con gritos, que no era culpa de ellos, que a ese loco le darían su merecido, que ahora buscarían otra cuerda y lo subirían, pero el desnudo ya no tenía esperanzas: ya no podría regresar a la superficie de la tierra. Aquél era el fondo de un pozo del cual no se podía salir, donde enloquecería bebiendo sangre y comiendo carne humana, sin poder morir nunca. Arriba, sobre el fondo del cielo, había ángeles buenos con cuerdas y ángeles malos con bombas y fusiles, y un gran viejo con barba blanca que abría los brazos pero que no podía salvarlo.

Los hombres armados, en vista de que no se dejaba convencer por sus buenas palabras, decidieron ultimarlos a fuerza de bombas y empezaron a arrojarlas. Pero el desnudo había encontrado otro refugio, una grieta lisa donde podía arrastrarse con seguridad. A cada bomba que caía se iba hundiendo en esa grieta de la roca hasta llegar a un punto donde no se veía luz alguna, pero sin tocar el fondo de la grieta. Seguía arrastrándose sobre el vientre como una serpiente y a su alrededor todo era

oscuridad y toba húmeda y viscosa. De húmedo, el suelo de toba pasó a mojado y después se cubrió de agua: el desnudo sintió un riacho frío que corría bajo su vientre. Era el camino que las aguas que chorreaban desde lo alto de Culdebruja se habían abierto bajo tierra: una larguísima y estrecha caverna, una tripa subterránea. ¿Dónde terminaría? Tal vez se perdía en cavernas ciegas en el vientre de la montaña, tal vez restituía el agua a través de venas finísimas que desembocaban en manantiales. Eso es: su cadáver se pudriría en una galería y contaminaría el agua de las fuentes envenenando a pueblos enteros.

El aire era irrespirable; el desnudo sentía que se acercaba el momento en que sus pulmones ya no podrían resistir por más tiempo. En cambio aumentaba la frescura del agua cada vez más alta y rápida: el desnudo se arrastraba ahora con todo el cuerpo sumergido y podía limpiarse de la costra de barro y sangre propia y ajena. No sabía si había avanzado poco o muchísimo; la oscuridad completa y ese modo de avanzar arrastrándose le quitaban el sentido de la distancia. Estaba exhausto: ante sus ojos empezaban a aparecer dibujos luminosos de figuras informes. Cuanto más avanzaba más se aclaraba en sus ojos el dibujo, iba cobrando contornos netos, aunque transformándose continuamente. ¿Y si no fuera un resplandor en la retina sino una luz, una verdadera luz al final de la caverna? Bastaría cerrar los ojos o mirar en la dirección opuesta para salir de dudas. Pero a quien mira fijo una luz le queda un deslumbramiento en la raíz de la mirada, aunque cierre los párpados y entorne los ojos, de modo que no podía distinguir entre luces externas y luces suyas y seguía en la duda.

De otra novedad se dio cuenta al tacto: las estalactitas. Estalactitas viscosas colgaban del techo de la galería, y del suelo se alzaban estalagmitas en las márgenes de la corriente. El desnudo avanzaba aferrándose a esas estalactitas que pendían sobre su cabeza. Y mientras iba avanzando notaba que sus brazos, antes doblados, ahora debían estirarse para tocar las estalactitas, es decir que la galería iba agrandándose. Pronto pudo doblar la espalda, caminar a gatas, y la claridad era cada vez menos incierta, ahora podía distinguir si tenía los ojos abiertos o cerrados, adivinaba ya los contornos de las cosas, el arco de la bóveda, las estalactitas colgantes, el brillo negro de la corriente.

Y después se puso de pie, caminó por la larga caverna hacia la abertura luminosa, con el agua hasta la cintura, aferrándose siempre a las estalactitas para mantenerse erguido. Una estalactita le pareció mayor que las otras y, cuando se aferró a ella, sintió que se le abría en la mano y que un ala fría y blanda le golpeaba la cara. ¡Un murciélago! El murciélago siguió volando y otros colgados cabeza abajo se despertaron y echaron a volar, enseguida toda la caverna se llenó de un vuelo silencioso de murciélagos, y el hombre sentía el viento de las alas a su alrededor y la caricia de su piel en la frente y en la boca. Avanzó en una nube de murciélagos hasta el aire libre.

La caverna desembocaba en un torrente. El hombre desnudo estaba de nuevo

sobre la corteza de la tierra, bajo el cielo. ¿Se había salvado? Debía procurar no engañarse. El torrente era silencioso, con guijarros blancos y negros. Alrededor había un bosque espeso de árboles deformes; debajo sólo crecían troncos pelados y espinos. El hombre estaba desnudo en regiones selváticas y desiertas, y los seres humanos más próximos eran enemigos que en cuanto lo vieran lo perseguirían con horcas y fusiles.

El hombre desnudo trepó a un sauce. El valle era todo bosques y taludes zarzosos, bajo una fuga gris de montañas. Pero en el fondo, en una curva del torrente había un techo de pizarra y un humo blanco que subía. La vida, pensó el hombre desnudo, era un infierno, con algunos atisbos de antiguos felices paraísos.

## El bosque de los animales

Los días de batida es como si en el bosque hubiese una feria. Entre los arbustos y los árboles, fuera de los senderos, pasan continuamente familias empujando una vaca o un ternero, viejas con una cabra atada a una cuerda y niñas con un ganso debajo del brazo. Incluso hay quien escapa llevándose los conejos.

Dondequiera que se vaya, cuanto más espesos son los castaños más bueyes panzones aparecen, y vacas con su cencerro que no saben cómo moverse en esas cuestas abruptas. Las cabras se sienten mejor, pero los más contentos son los mulos que por una vez pueden andar sin carga, royendo cortezas por los senderos. Los cerdos aprovechan para hozar la tierra y se pinchan el hocico con los erizos; las gallinas se encaraman a los árboles y asustan a las ardillas; los conejos, que en siglos de corral ya no saben cavar una madriguera, no encuentran nada mejor que meterse en los huecos de los árboles. A veces se topan con lirones que los muerden.

Aquella mañana el campesino Yuá de los Higos cortaba leña en un remoto rincón del bosque. No sabía nada de lo que estaba pasando en el pueblo, porque había salido la víspera de noche con intención de ir a buscar setas en la madrugada y había dormido en pleno bosque, en una cabaña que servía, en otoño, para secar las castañas.

Por eso, mientras hachaba un tronco seco, le sorprendió oír en el bosque, lejos y cerca, un vago son de cencerros. Se interrumpió y oyó unas voces que se acercaban. Gritó:

—¡Yoo-ju!

Yuá de los Higos era un hombrecito bajo y redondo, con una cara de luna llena, pelo negruzco y rojez de vino; llevaba un sombrero verde en forma de terrón de azúcar con una pluma de faisán, una camisa de grandes lunares amarillos bajo el chaleco de fustán y una faja roja rodeando la barriga hinchada como un globo para sostener los pantalones llenos de remiendos azules.

—¡Yoo-ju! —le respondieron y apareció entre las rocas verdes de líquenes un campesino con bigotes y sombrero de paja, su compadre, arrastrando un chivo de barba blanca.

—¡Qué haces aquí, Yuá! —le dijo el compadre—, los alemanes han llegado al pueblo y están recorriendo todos los establos.

—¡Ay de mí, ay de mí! —gritó Yuá de los Higos—. ¡Encontrarán mi vaca

Mariquita y se la llevarán!

—Corre que quizá todavía tengas tiempo de esconderla —le aconsejó el compadre—. Vimos subir la columna desde el fondo del valle y escapamos enseguida. Pero puede que todavía no hayan llegado a tu casa.

Yuá dejó leña, hacha y cesto de setas y corrió.

Corriendo por el bosque tropezaba con filas de patos que le pasaban entre los pies graznando y con rebaños de ovejas que avanzaban compactas, una junto a otra, sin abrirle paso y con chicos y viejecitas que le gritaban:

—¡Ya han llegado a la Madonnetta! ¡Están registrando las casas cerca del puente! ¡Los he visto doblar la curva para entrar en el pueblo!

Yuá de los Higos corría con sus cortas piernas, rodando como una pelota por los barrancos, tomando las subidas con el corazón en la boca.

Corre que te corre, llegó a la vuelta de una cresta desde donde se veía desplegarse el pueblo. El aire se abría matinal y tierno, y en el centro del círculo difuminado de montañas estaba el pueblo de casas huesudas y amontonadas, pura piedra y pizarra. Y en el aire tenso llegaban del pueblo gritos germánicos y puñetazos contra las puertas.

«¡Ay, ay de mí! ¡Los alemanes ya están en las casas!».

Yuá de los Higos temblaba entero, brazos y piernas: algo de tembladera ya tenía, por obra de la bebida, algo le daba ahora pensando en la vaca Mariquita, su único bien en el mundo que estaban por arrebatarle.

Sigilosamente cortando por los campos, ocultándose detrás de las viñas, Yuá de los Higos se acercó al pueblo. Su casa era una de las últimas y exteriores, allí donde el pueblo se perdía en los huertos, en medio de una verde extensión de calabazas: era posible que los alemanes todavía no la hubieran alcanzado.

Yuá, asomando la cabeza por las esquinas, empezó a deslizarse por el pueblo. Vio una calle vacía con los habituales olores a heno y establo y los nuevos ruidos que venían del centro del pueblo: voces inhumanas y pasos de zapatos claveteados. Su casa estaba allí: todavía cerrada. Seguía cerrada tanto la puerta del establo en la planta baja como la de las habitaciones, en lo alto de la desvencijada escalera exterior, entre plantas de albahaca que crecían en cacharros de barro. Desde el interior del establo se oyó un: Muuuuuuu... Era la vaca Mariquita que sentía la proximidad del amo. Yuá se revolvió de gusto.

Pero hete aquí que unos pasos humanos retumbaron bajo una arcada; Yuá se escondió en el vano de una puerta contrayendo la panza redonda. Era un alemán de aire campesino, con las muñecas y el cuello flacos asomando por la corta chaqueta, las piernas largas largas y un fusil de mala muerte tan largo como él. Se había separado de sus compañeros para ver si cazaba algo por su cuenta, y también porque las cosas y los olores del pueblo le recordaban cosas y olores conocidos. Andaba pues husmeando el aire y mirando a su alrededor con una cara amarilla y porcina bajo la visera del quepis aplastado. En ésas Mariquita hizo: Muuuuuuu... No comprendía por qué no había llegado aún el amo. El alemán se estremeció en sus ropas encogidas y

fue enseguida al establo: Yuá de los Higos dejó de respirar.

Vio que el alemán se encarnizaba a patadas con la puerta: no tardaría en derribarla, seguro. Entonces Yuá salió de su escondrijo y pasó por detrás de la casa, llegó al henil y se puso a revolver en la paja. Allí estaba escondida su vieja escopeta de caza, con una cartuchera bien provista. Yuá la cargó con dos balas para jabalí, se ciñó la barriga con la cartuchera y, en silencio, apuntando con el fusil, se apostó a la salida del establo.

El alemán ya salía tirando de Mariquita atada a una cuerda. Era una magnífica vaca roja con manchas negras y por eso se llamaba Mariquita. Era una vaca joven, afectuosa y terca: no quería ir con ese hombre desconocido y no se movía; el alemán tenía que empujarla por la cruz.

Escondido detrás de una pared, Yuá de los Higos apuntó. Hay que aclarar ahora que Yuá era el cazador más zoquete del pueblo. Nunca había conseguido acertar, no digo una liebre, sino ni siquiera una ardilla. Cuando disparaba a los tordos posados en las ramas, los pájaros ni se movían. Nadie quería salir a cazar con él, porque acribillaba a perdigones el trasero de los otros cazadores. No tenía puntería, le temblaban las manos. ¡Imaginad en ese momento, emocionado como estaba!

Apuntaba, pero le temblaban las manos y la boca de la escopeta seguía girando en el aire. Trataba de apuntar al corazón del alemán y enseguida se le aparecía en la mirilla el trasero de la vaca. «¡Ay de mí!», pensaba Yuá, «¿y si disparo al alemán y mato a Mariquita?». Y no se atrevía a tirar.

El alemán avanzaba a duras penas con esa vaca que sentía la proximidad del amo y no se dejaba arrastrar. De golpe se dio cuenta de que sus camaradas ya habían evacuado el pueblo y bajaban por el camino real. El alemán se aprestó a reunírseles con aquella vaca testaruda detrás. Yuá los seguía a distancia, saltando detrás de los setos y los muretes y apuntando de vez en cuando con su fusil de mala muerte. Pero no conseguía mantener firme el arma y el alemán y la vaca estaban siempre demasiado cerca el uno de la otra para que él se aventurara a disparar un tiro. ¿Tendría que dejar que se la llevara?

Para alcanzar la columna que se alejaba, el alemán tomó por un atajo del bosque. Ahora le era más fácil a Yuá seguirlos escondiéndose entre los troncos. Y tal vez ahora el alemán avanzaría más separado de la vaca de modo que fuera posible dispararle.

Una vez en el bosque Mariquita pareció menos reacia a moverse; más aún, como por aquellos senderos el alemán estaba un poco perdido, ella lo guiaba y decidía en los cruces. No pasó mucho tiempo sin que el alemán advirtiera que se había apartado del atajo que llevaba al camino real, y que estaba en medio del bosque espeso; en una palabra: se había perdido junto con la vaca.

Arañándose la nariz en las zarzas y metiendo los dos pies en los arroyuelos, Yuá de los Higos los seguía, entre revoloteos de reyezuelos y ranas que saltaban de los pantanos. Apuntar en medio de los árboles era aún más difícil, a través de tantos



obstáculos y con aquella grupa roja y negra, tan ancha que se le plantaba siempre delante de los ojos.

El alemán miraba con miedo el bosque espeso y estudiaba la manera de salir, cuando oyó un roce en una mata de madroños de donde desembocó un cerdo rosado. En su pueblo jamás había visto que los cerdos anduvieran dando vueltas por los bosques. Soltó la cuerda de la vaca y se puso a seguir al cerdo. Apenas se vio libre, Mariquita se internó trotando en el bosque, que sentía poblado de presencias que le eran amigas.

Para Yuá había llegado el momento de disparar. El alemán se afanaba en torno al cerdo, lo abrazaba para inmovilizarlo, pero el animal se le escabullía.

Yuá estaba a punto de apretar el gatillo cuando se le aparecieron dos niños, un varoncito y una niña, con gorritos de lana con pompones y medias largas. Los niños estaban al borde de las lágrimas.

—¡Tira bien, Yuá, no falles —decían—, si nos matas el cerdo no nos quedará nada!

A Yuá de los Higos el fusil volvió a bailarle la tarantela en las manos: era un hombre de corazón demasiado tierno y se conmovía, no por tener que matar al alemán, sino por el riesgo que corría el cerdo de los dos pobres niños.

El alemán tropezaba en las piedras con matorrales, el cerdo entre los brazos que se debatía y chillaba: Guiii... guiii... guiii... De pronto a los gritos del cerdo respondió un Beeé y de una gruta salió un corderito. El alemán dejó escapar el cerdo y se abalanzó tras el corderito. Qué raro este bosque, pensaba, con cerdos entre los matorrales y corderitos en las madrigueras. Y, atrapando por una pata al cordero que balaba a más no poder, lo cargó al hombro como el Buen Pastor, y siguió andando. Yuá de los Higos lo seguía sigiloso. «Esta vez no se me escapa. Esta vez lo dejo seco», decía y estaba a punto de disparar cuando una mano le alzó el cañón del fusil. Era un viejo pastor de barba blanca, que juntó las manos diciendo:

—Yuá, no me mates el corderito, mávalo a él pero no me mates el corderito. ¡Apunta bien, por una vez, apunta bien!

Pero Yuá ya no entendía nada y ni siquiera encontraba el gatillo.

Andando por el bosque el alemán descubría cosas que lo dejaban boquiabierto: pollitos en los árboles, conejillos de Indias que asomaban la cabeza por los troncos huecos. Era toda el arca de Noé. En la rama de un pino vio posado un pavo que abría la cola. Enseguida alzó la mano para atraparlo, pero el pavo, con un saltito, se encaramó en una rama más alta y siguió haciendo la rueda. El alemán dejó el cordero y empezó a trepar al pino. Pero a cada rama que subía, el pavo volaba a otra, sin inquietarse, orondo, con la cresta llameante colgándole.

Yuá se acercaba al árbol con una frondosa rama en la cabeza, otras dos en los hombros y una tercera atada al cañón del fusil. Pero llegó una muchacha regordeta con un pañuelo rojo en la cabeza.

—Yuá —dijo—, escúchame, si matas al alemán me caso contigo; si me matas el

pavo te arranco las tripas.

Yuá, que era viejo pero soltero y púdico, se puso todo colorado y el fusil le daba vueltas delante como un asador.

A fuerza de subir el alemán había llegado a las ramas más delgadas hasta que una se le quebró bajo los pies y cayó. Por poco termina encima de Yuá de los Higos, que esta vez tuvo ojo y escapó. Pero dejó en el suelo todas las ramas que lo ocultaban, de modo que el alemán cayó sobre una superficie blanda y no se hizo daño.

Cayó y vio una liebre en el sendero. Pero no era una liebre: era panzuda y oval y al oír ruido no escapó, sino que se aplastó en el suelo. Era un conejo y el alemán lo levantó de las orejas. Avanzaba así con el conejo chillando y retorciéndose en todos los sentidos, y para que no se le escapara estaba obligado a saltar de aquí para allá con el brazo en alto. El bosque estaba lleno de mugidos y balidos y cacareos: a cada paso se descubrían nuevos animales: un loro en una rama de acebo, tres peces rojos chapoteando en un manantial.

A horcajadas en la rama alta de una añosa encina, Yuá seguía la danza del alemán con el conejo. Pero era difícil apuntarle porque el conejo cambiaba continuamente de posición y quedaba siempre en medio. Yuá sintió que le tiraban de la punta del chaleco: era una chiquilla de trenzas y cara pecosa:

—No me mates el conejo, Yuá, en ese caso da igual que el alemán se lo lleve.

Mientras tanto el alemán había llegado a un lugar de puras piedras grises, roídas por líquenes azules y verdes. Alrededor sólo crecían unos pocos pinos esqueléticos y cerca se abría un precipicio. En la alfombra de agujas de pino que cubría la tierra, escarbaba una gallina. El alemán quiso atrapar la gallina y se le escapó el conejo.

Era la gallina más flaca, vieja y desplumada que jamás se hubiera visto. Pertenecía a Girumina, la vieja más pobre del pueblo. El alemán no tardó en tenerla entre las manos.

Yuá, apostado en lo alto de las rocas, había levantado un soporte de piedras para su fusil. Más aún, era como una verdadera fachada de fortín, con una sola tronera estrecha para que pasara el cañón del fusil. Ahora podía disparar sin escrúpulos, porque si mataba aquella gallina desplumada no era demasiado grave.

Pero he aquí que la vieja Girumina, arrebuja en chales negros y andrajosos, se le acercó y le hizo este razonamiento:

—Yuá, que los alemanes se lleven la gallina, lo único que me queda en el mundo, es triste. Pero que seas tú quien me la mate de un escopetazo, es más triste todavía.

Yuá volvió a temblar aún más que antes, por la gran responsabilidad que sentía. Pero se armó de valor y apretó el gatillo.

El alemán oyó el disparo y vio que la gallina que aleteaba entre sus manos se quedaba sin cola. Otro disparo y la gallina perdía un ala. ¿Era una gallina embrujada, que estallaba de vez en cuando y se le iba desintegrando entre las manos? Otro estallido y la gallina quedó completamente desplumada, lista para asar, y sin embargo seguía debatiéndose. El alemán, que empezaba a aterrarse, la sujetaba por el cuello

apartándola de su cuerpo. Un cuarto cartucho de Yuá le truncó el pescuezo justo debajo de su mano, donde quedó moviéndose todavía. El alemán soltó todo y salió corriendo. Pero ya no encontraba los senderos. Cerca se abría el precipicio rocoso. El último árbol antes del precipicio era un algarrobo y por las ramas del algarrobo el alemán vio trepar un gato enorme.

Ya no le asombraba ver animales domésticos desparramados por el bosque y estiró la mano para acariciar al gato. Lo cogió por el pescuezo y esperaba consolarse con su ronroneo.

Pero hay que saber que en aquel bosque hacía estragos desde hacía tiempo un feroz gato salvaje que mataba las aves y a veces se acercaba a los gallineros del pueblo. Así, el alemán que creía oír ronronear vio que el felino se le echaba encima con la pelambre hirsuta y enmarañada, y sintió que sus uñas lo despedazaban. En la pelea que siguió, el hombre y la fiera rodaron juntos por el precipicio.

Así fue como Yuá, tirador zoquete, fue aclamado como el más grande de los partisanos y cazadores del pueblo. A la pobre Girumina los vecinos le compraron una nidada de pollitos.

## Campo de minas

—Minado —así había dicho el viejo haciendo girar una mano abierta delante de los ojos, como si limpiara un cristal empañado—. Todo por ahí, no se sabe bien dónde. Vinieron y minaron. Nosotros estábamos escondidos.

El hombre de los pantalones de zuavo miraba por momentos la vertiente de la montaña, por momentos al viejo de pie en el vano de la puerta.

—Pero desde el final de la guerra hasta ahora —había dicho—, hubo tiempo de hacer algo. Ha de haber un paso. Alguien lo conocerá.

«Tú, viejo, lo conoces bien», llegó a pensar, porque seguramente el viejo era un contrabandista y conocía la frontera como el hornillo de su pipa.

El viejo había mirado los remendados pantalones de zuavo, el morral descosido y flaco del hombre y la costra de polvo, desde el pelo hasta los zapatos, testigo de los kilómetros que había recorrido a pie. «No se sabe dónde», había repetido. «Dónde está el paso. Un campo de minas». Y volvió a hacer ese gesto, como si hubiera un cristal empañado entre él y lo demás.

—Digo yo, no será tanta mi mala suerte que me tropiece justo con una mina, ¿verdad? —preguntó el hombre con una sonrisa que le apretaba los dientes como un caqui verde.

«Eh», había dicho el viejo. Sólo eso: «Eh».

Ahora el hombre trataba de recordar la entonación de aquel *eh*. Porque podría haber sido un *eh, no faltaría más que eso*, o un *eh, nunca se sabe*, o un *eh, nada más fácil*. Pero el viejo sólo había dicho un *eh*, sin entonación alguna, desolado como su mirada, como el terreno de aquellas montañas en las cuales hasta la hierba era corta y dura como una barba humana mal afeitada.

Las plantas del lugar no eran más altas que los matorrales y de vez en cuando un pino torcido y gomoso se las arreglaba para dar la menor sombra posible. El hombre caminaba ahora por lo que quedaba de los senderos que remontaban la cuesta, devorados año tras año por los zarzales y sólo batidos por el paso de los contrabandistas, paso de animal montaraz que poca huella deja.

—Tierra maldita —decía el hombre de los pantalones de zuavo—. No veo la hora de estar en la otra vertiente.

Por suerte ya había hecho el trayecto otra vez, antes de la guerra, y podía

prescindir de guía. Sabía incluso que el paso era una quebrada en subida, que no era posible minarlo todo.

Bastaría fijarse dónde ponía los pies: un lugar con una mina debajo debía de tener por fuerza algo distinto de todos los otros lugares. Algo: tierra removida, piedras puestas expresamente, hierba más nueva. Allí, por ejemplo. Se veía enseguida que no podía haber minas. ¿No podía? ¿Y esa losa de pizarra levantada? ¿Y aquella franja pelada en medio del prado? ¿Y aquel tronco caído obstruyendo el paso? Se detuvo. Pero el paso estaba todavía lejos, no podía haber minas todavía: continuó.

Tal vez hubiera preferido atravesar de noche los terrenos minados arrastrándose en la oscuridad, no para escapar a las patrullas de frontera, ya que aquéllos eran lugares seguros, sino para escapar del miedo a las minas, como si las minas fueran grandes animales somnolientos que pudieran despertar a su paso. Marmotas: enormes marmotas acurrucadas en cuevas subterráneas, y una que montaba guardia en lo alto de una peña, como suelen hacer las marmotas, y que con un silbido daba la señal de alarma al verlo.

«A ese silbido», pensaba el hombre, «el campo minado salta por los aires: las marmotas enormes se precipitan sobre mí y me despedazan a mordiscos».

Pero jamás hombre alguno había sido mordido por las marmotas, a él lo volarían por los aires las minas. Era el hambre lo que le sugería esos pensamientos: él lo sabía, conocía el hambre, los juegos de la fantasía de los días de hambre, cuando cualquier cosa vista u oída cobra significado de alimento o de mordisco.

Sin embargo, marmotas las había. Se oía el silbido: guiii... guiii... desde lo alto de las pedreras. «Si consiguiera matar una marmota de una pedrada», pensó el hombre, «y asarla ensartada en un palo».

Pensó en el olor de la grasa de marmota pero sin náuseas; el hambre le daba ganas incluso de grasa de marmota, de cualquier cosa que pudiera masticarse. Hacía una semana que daba vueltas por las chozas, visitaba a los pastores mendigando un pan de centeno, una taza de leche cuajada.

—Ojalá tuviéramos para nosotros. No hay nada —decían y le señalaban las paredes desnudas y ahumadas donde sólo quedaba una trenza de ajos.

Llegó a la vista del paso antes de lo que esperaba. Hizo un repentino gesto de estupor, casi de miedo: no se esperaba que los rododendros estuvieran florecidos. Creía que iba a encontrar delante de sus ojos el valle desnudo, que podría estudiar cada piedra, cada matorral antes de dar un paso, y en cambio se halló hundido hasta las rodillas en un mar de rododendros, un mar uniforme, impenetrable, del que asomaba solamente el dorso de las piedras grises.

Y debajo, las minas. «No se sabe dónde», había dicho el viejo. «Todo de ese lado». Y había hecho girar en el aire las manos abiertas. Al hombre de los pantalones zuavos le parecía ver la sombra de aquellas manos posándose en la extensión de rododendros que se extendía hasta cubrirla.

Había escogido una dirección, a lo largo de una anfractuosidad paralela a la

quebrada. Incómoda para caminar, pero incómoda también para quien quisiera minarla. Más arriba los rododendros escaseaban y entre las piedras se oía el guiii... guiii... de las marmotas, sin tregua, como el sol en la nuca.

«Si hay marmotas», pensó, doblando en esa dirección, «es señal de que no está minado».

Pero era un razonamiento equivocado: las minas eran antihombre, el peso de una marmota no era suficiente para hacerlas explotar. Sólo entonces recordó que las minas se llamaban antihombre, y eso le dio miedo.

«Antihombre», se repetía, «antihombre».

Esa palabra de pronto había bastado para asustarlo. Evidentemente, si minaban un paso, era para que fuese absolutamente impracticable: le convenía volver atrás, interrogar mejor a los hombres de los alrededores, probar otro camino.

Dio media vuelta para retroceder. ¿Pero dónde había posado antes los pies? Los rododendros se extendían a sus espaldas como un mar vegetal, impenetrable, sin huellas de pisadas. Tal vez estaba ya en medio del campo minado, un paso en falso podría perderlo: daba lo mismo continuar.

«Tierra maldita», pensó. «Tierra maldita hasta el final».

Si hubiera tenido un perro, un gran perro pesado como un hombre para mandarlo delante. Empezó a chasquear con la lengua como si incitara a un perro a correr. «Tengo que hacer de perro de mí mismo», pensó.

Tal vez bastaba una piedra. Había una al lado, grande pero que se podía levantar, muy oportuna. La aferró con las dos manos y la arrojó adelante, lo más lejos posible, hacia arriba. La piedra no cayó lejos y retrocedió rodando hacia él. No había más que tentar la suerte.

Estaba ya en la parte alta de la quebrada, entre las pedreras sospechosas. Las colonias de marmotas habían oído al hombre y estaban alarmadas. Sus chillidos punzaban el aire como espinas de cactus.

Pero el hombre ya no pensaba en cazarlas. Había advertido que la quebrada, bastante espaciosa en la entrada, iba estrechándose poco a poco, y ahora ya no era más que un canal de rocas y de arbustos. Entonces el hombre comprendió: el campo minado no podía sino estar allí. Sólo en aquel punto cierto número de minas, colocadas a debida distancia, podían cerrar todos los pasos obligados. Este descubrimiento, en lugar de aterrorizarlo, le dio una extraña tranquilidad. Bien: ahora estaba en medio de un campo minado, estaba seguro. Ahora no quedaba sino seguir subiendo al azar, como fuera. Si era su destino morir aquel día, moriría; si no, pasaría entre una mina y otra y se salvaría.

Formuló sin convicción este pensamiento sobre el destino: no creía en el destino. Sin duda, si daba un paso era porque no podía hacer otra cosa, era porque el movimiento de sus músculos, el curso de sus pensamientos lo llevaban a dar ese paso. Pero en cierto momento podía darse tanto un paso como otro, la mente dudaba, los músculos se ponían tensos sin dirección. Decidió no pensar, dejar que sus piernas se

movieran como las de un autómatas, posar los pies al azar sobre las piedras; pero siempre le quedaba la duda de que fuese su voluntad la que decidiera volverse a derecha o a izquierda, posar un pie en una piedra o en la otra.

Se detuvo. Sentía dentro una extraña agitación hecha de hambre y de miedo, que no podía calmar. Buscó en los bolsillos: tenía consigo un espejito, recuerdo de una mujer. Tal vez fuera eso lo que quería: mirarse en un espejo. En el trocito de cristal espejeante apareció un ojo hinchado y enrojecido; después una mejilla cubierta de una costra de polvo y pelo; después los labios secos y agrietados, las encías más rojas que los labios, los dientes... Pero el hombre hubiera querido verse en un gran espejo, verse entero. Hacer girar ese trocito de espejo alrededor de la cara para verse un ojo, una oreja, no le satisfacía.

Continuó. «Hasta ahora no he encontrado el campo de minas», pensó. «Ahora serán cincuenta, cuarenta pasos...».

Cada vez que apoyaba el pie, al sentir debajo la tierra dura y firme, respiraba. Un paso, otro, otro más. Esa losa de esquisto que parecía una trampa es en cambio sólida; esa mata de brezo no esconde nada; esa piedra... bajo su peso la piedra se hundió dos dedos. Guiii... guiii... hacían las marmotas. Adelante, el otro pie.

La tierra se convierte en sol, el aire se convierte en tierra, el guiii de las marmotas se convierte en trueno. El hombre sintió una mano de hierro que lo aferraba por los cabellos, en la nuca. No una mano sino cien manos aferrándolo cada una por un cabello, rasgándolo hasta los pies como se desgarran una hoja de papel, en cientos de trocitos.

## En la cantina

Enseguida comprendí que sucedería algo. Los dos se miraban por encima de la mesa, con ojos inexpresivos, como peces en un acuario. Pero se notaba que eran inconmensurablemente extraños el uno para el otro, dos animales desconocidos entre sí que se estudian y desconfían.

Ella había llegado primero: era una mujer enorme, vestida de negro, seguramente viuda. Una viuda del campo que había venido a la ciudad por negocios; así la definí enseguida. A las cantinas populares de sesenta liras donde yo como, también viene esa clase de gente: estraperlistas, grandes o pequeños, con un gusto por la economía que les ha quedado de los tiempos de miseria, con impulsos ocasionales de prodigalidad, cuando se acuerdan de que tienen los bolsillos llenos de billetes de mil, impulsos que los llevan a pedir *tagliatelle* y un bistec, mientras todos nosotros, solteros flacos que comemos por el precio del bono, miramos con envidia y engullimos la sopa a cucharadas. La mujer debía de ser una rica estraperlista; sentada ocupaba un lado de la mesa e iba sacando de su bolso panes blancos, frutas, quesos mal envueltos en papel, y con todo ello invadía el mantel. Mientras tanto, con las uñas bordeadas de negro, iba desgranando maquinalmente uvas, trocitos de pan, y se los llevaba a la boca donde desaparecían en una larga y paciente masticación.

Entonces fue cuando él se acercó, vio la silla desocupada y un pedazo de mantel todavía libre delante. Preguntó:

—¿Me permite?

La mujer lo miró de reojo, masticando. Él volvió a preguntar:

—Disculpe... ¿Me permite?

La mujer estiró el brazo y emitió un gruñido con la boca llena de pan masticado. El hombre saludó levantando ligeramente el sombrero y se sentó. Era un viejecito atildado y raído, con el cuello almidonado, el abrigo puesto aunque no fuera invierno, y el hilo del aparato acústico colgándole de la oreja. Bastaba verlo para sentirse incómodo por él, por esa buena educación que traslucía cada uno de sus gestos. Era seguramente un noble en decadencia, llovido bruscamente de un mundo de cumplidos y reverencias a un mundo de empujones y puñetazos en los costados, sin haber entendido nada, haciendo siempre reverencias entre la multitud de la cantina popular como en una recepción de corte.



Ahora estaban la una frente al otro, la nueva rica y el ex rico, animales desconocidos el uno para el otro; la mujer ancha y baja, con grandes manos apoyadas en el mantel como patas de cangrejo, y un movimiento como el de la respiración en la garganta de un cangrejo; el viejecito sentado en la silla, con los codos apretados a los flancos, las manos enguantadas, tullidas por la artritis y pequeñas venas azules que sobresalían en su cara como una piedra roída por los líquenes.

—Disculpe el sombrero —dijo.

La mujer lo miraba con el amarillo del ojo. No entendía nada de él.

—Disculpe —repitió el hombre— si me lo dejo puesto. Hay un poco de aire.

La gran viuda sonrió entonces con las comisuras de la boca ornada de un vello de insecto, sin mover casi los músculos de la cara, una sonrisa tragada, de ventrílocuo.

—Vino —dijo a la camarera que pasaba.

Al oír esa palabra el viejo enguantado parpadeó: el vino debía de gustarle: las venas de la nariz eran testimonio de tragos largos y atentos, de conecedor. Pero desde hacía mucho tiempo habría renunciado a beber. Ahora la gran viuda ensopaba trozos de pan blanco en un vaso lleno de vino y masticaba, masticaba.

El viejo de los guantes debía de tener a veces accesos de vergüenza, como si estuviera cortejando a una mujer y temiera parecer avaro.

—¡Vino también para mí! —dijo.

Pero enseguida se arrepintió de haberlo dicho, pensó que tal vez acabaría con su pensión antes de fin de mes y tendría que ayunar días y días con el abrigo puesto en el frío de su buhardilla. No se sirvió vino. «Tal vez», pensó, «pueda devolverlo sin tocarlo, decirle que se me han ido las ganas y no pagarlo».

Y las ganas realmente se le habían pasado, incluso las de comer; metía la cuchara en la sopa insípida masticando con sus escasos dientes, mientras la gran viuda ingurgitaba grandes bocados de macarrones untados de mantequilla.

«Esperemos que ahora se callen», pensaba yo, «que uno u otro termine enseguida y se marche». No sé de qué tenía miedo. Eran seres monstruosos, tanto el uno como el otro, cargados, bajo su perezosa apariencia de crustáceos, de un odio recíproco y temible. Imaginaba una lucha entre ellos como la de monstruos abisales que se destrozaran lentamente.

El viejo estaba ya casi sitiado por las vituallas de la viuda en los papeles de envolver desparramados sobre la mesa, confinado en un ángulo con su sopa insípida y los dos magros panecillos de la cartilla de racionamiento. Hizo un gesto para acercar sus panecillos como si temiera que se extraviaran en el campo enemigo, pero un falso movimiento de la mano enguantada y tullida empujó un trozo de queso que cayó al suelo.

Delante de él la viuda enorme soltó una risita sarcástica.

—Disculpe... disculpe... —dijo el enguantado.

La viuda lo miraba como se mira un animal nuevo: no contestó.

«Ya está», pensaba yo, «ahora él le grita: ¡Basta! y arranca el mantel».

En cambio se agachó, hizo debajo de la mesa unos torpes movimientos en busca del queso. La gran viuda lo miró un momento y después, casi sin moverse, dejó caer al suelo una de sus enormes garras, levantó el trozo de queso, lo limpió, lo acercó a su boca de insecto, lo tragó antes de que el viejo de los guantes hubiera reaparecido.

Finalmente él se incorporó, dolorido por el esfuerzo, rojo de confusión, con el sombrero torcido y el hilo del aparato acústico atravesado.

«Ya está», pensaba yo, «ahora coge el cuchillo y la mata».

En cambio el hombre parecía no encontrar manera de consolarse del mal papel que estaba convencido de haber hecho. Y le dieron ganas de hablar, de discurrir sobre cualquier cosa con tal de disipar esa atmósfera de incomodidad. Pero no conseguía decir una frase que no naciera de esa incomodidad, que no fuera de disculpa.

—Ese queso... —dijo—. De veras es una lástima... Lo siento.

A la gran viuda ya no le bastaba humillarlo con su silencio; quería literalmente aplastarlo.

—No tiene mucha importancia —dijo—. En Castel Brandone tengo hormas así de ese queso —e hizo un gesto.

Pero no fue la amplitud del gesto lo que impresionó al viejo enguantado.

—¿Castel Brandone? —dijo y le brillaban los ojos—. ¡Yo estuve en Castel Brandone cuando era subteniente! En el 95: para el concurso de tiro. ¡Usted que es de allí conocerá seguramente a los condes Brandone D'Asprez!

La risita burlona de la viuda se transformó en franca risa. Se reía y se volvía a mirar a su alrededor para ver si los otros parroquianos habían observado también lo ridículo que era aquel hombre.

—Usted no se acordará —continuó el viejo—, seguramente no se acordará... pero aquel año, para el concurso de tiro en Castel Brandone, ¡fue el rey! ¡Hubo una recepción en el castillo de los D'Asprez! Y entonces fue cuando ocurrió lo que voy a contarle...

La gran viuda miró el reloj, pidió un plato de hígado y se puso a comer nuevamente deprisa, sin escucharlo. El viejo de los guantes comprendió que hablaba sólo para sí, pero no cedió: si cedía quedaba mal parado, tenía que terminar el relato que había comenzado.

—Su majestad entró en el salón todo iluminado —continuó con lágrimas en los ojos—. A un lado estaban las señoras con vestidos de noche haciendo la reverencia y al otro, todos nosotros, los oficiales, haciendo la venia. Y el rey besó la mano de la condesa y saludó a unos y a otros. Después se acercó a mí...

En la mesa los dos cuartos de vino estaban juntos: el de la viuda casi terminado, el del viejo todavía lleno. Distraídamente la viuda se sirvió el vino del cuarto lleno y bebió. El viejo, aun en el entusiasmo del relato, lo advirtió: ahora ya no había esperanza, tendría que pagarlo. Y tal vez la gran viuda se lo bebiera todo. Pero no sería delicado señalarle el error, podría sentirse confundida. ¡No, no sería delicado!

—Y su majestad me preguntó: ¿Y usted, teniente? Me preguntó eso, exactamente.

Y yo, haciendo la venia: subteniente Clermont De Fronges, majestad. Y el rey: ¡Clermont! ¡Conocí a su padre, dijo, un buen soldado! Y me estrechó la mano... Dijo exactamente eso: ¡un buen soldado!

La gran viuda había terminado de comer y se había levantado. Ahora revolvía en su bolso apoyado en la otra silla. Se había agachado y por encima de la mesa sólo se le veía el trasero, un enorme trasero de mujer gorda, cubierto de tela negra. El viejo Clermont De Fronges tenía delante ese gran trasero que se movía. Seguía contando, con el rostro transfigurado:

—... Toda la sala con las lámparas encendidas y los espejos... Y el rey me estrechó la mano. Bravo, Clermont De Fronges, me dijo... Y alrededor todas las señoras con vestidos de noche...

## Robo en una pastelería

El Trucha llegó al lugar convenido y los otros ya lo estaban esperando. Estaban los dos: Niñojesús y Uora-uora. Era tal el silencio que desde la calle se oían sonar los relojes de las casas: dos toques, había que darse prisa si no querían que los alcanzase la madrugada.

—Vamos —dijo el Trucha.

—¿Dónde es? —preguntaron.

El Trucha es de los que nunca explican el golpe que tienen intención de dar.

—Ya veréis —contestó.

Y caminaba en silencio por las calles vacías como ríos secos, con la luna siguiéndolos a lo largo de los cables del tranvía, el Trucha delante con aquellos ojos amarillos nunca inmóviles, y ese temblor de la nariz como husmeando.

A Niñojesús lo llaman así porque tiene una gran cabeza de recién nacido y un cuerpo retacón; tal vez también porque lleva el pelo corto y tiene una cara bonita, con bigotitos negros. Es puro músculo y se mueve con la suavidad de un gato; para trepar y ovillarse no hay nadie como él, y cuando el Trucha lo lleva consigo siempre hay una buena razón.

—¿Será un buen golpe, Trucha? —preguntó Niñojesús.

—Si lo damos —dijo el Trucha, respuesta que no quería decir nada.

Pero entretanto, por rodeos que sólo él conocía, los había metido en un patio. Los dos comprendieron que tendrían que trabajar en una trastienda y Uora-uora se adelantó, porque no quería vigilar. El destino de Uora-uora es vigilar: su sueño sería entrar en las casas, revolver, llenarse los bolsillos como los otros, pero siempre le toca vigilar en las calles frías, con el peligro de las patrullas, batiendo diente con diente para que no se le hielen y fumando para guardar las apariencias. Uora-uora es un siciliano alto y flaco con una cara triste de mulato y las muñecas asomándole por las mangas. Cuando van a dar un golpe se pone muy elegante, no se sabe por qué: con sombrero, corbata e impermeable, y si hay que escapar, se recoge los faldones del impermeable como si quisiera abrir las alas.

—Tú vigilas, Uora-uora —dijo el Trucha, moviendo las aletas de la nariz.

Uora-uora se alejó mohíno: sabía que el Trucha puede seguir moviendo las aletas de la nariz cada vez más rápido, pero que en cierto momento se detiene y saca el

revólver.

—Allí —dijo el Trucha a Niñojesús.

Había una ventanita no muy alta, con un cartón en lugar de un cristal roto.

—Tú subes, entras y me abres —dijo—. Ten cuidado de no encender las luces, que se ven desde fuera.

Niñojesús trepó como un mono por el muro liso, hundió el cartón sin hacer ruido y metió la cabeza dentro. Hasta entonces no había notado el olor: respiró y le subió a la nariz una nube de ese perfume característico de los pasteles. Más que glotonería, sintió una emoción temblorosa, una especie de remota ternura.

«Aquí ha de haber pasteles», pensó. Hacía años que no comía un pastel como Dios manda, tal vez desde antes de la guerra. Revolvería por todas partes hasta encontrar los pasteles, seguro. Se dejó caer en la oscuridad; dio una patada a un teléfono, una escoba se le metió en los pantalones, tocó el suelo. El olor de los pasteles era cada vez más fuerte, pero no entendía de dónde venía.

«Aquí ha de haber muchos pasteles», pensó Niñojesús.

Estiró una mano, tratando de orientarse en la oscuridad para encontrar la puerta y abrirle al Trucha. Enseguida retiró la mano con asco: allí debía de haber un animal, un animal marino tal vez, blando y viscoso. Se quedó con la mano en el aire, una mano que estaba pegajosa, húmeda, como cubierta de lepra. Sintió que entre los dedos le había salido un cuerpo redondo, una excrecencia, tal vez una buba. Abrió mucho los ojos en la oscuridad, pero no veía nada, ni siquiera para tocarse debajo de la nariz. No veía pero olía: entonces se echó a reír. Comprendió que había tocado una torta y que en la mano tenía crema y una cereza confitada.

Empezó a lamerse esa mano y con la otra seguía tanteando alrededor. Tocó algo sólido pero suave, con un velo granuloso en la superficie: ¡un buñuelo! Siempre tanteando, se lo metió entero en la boca. Dio un grito de sorpresa al descubrir que tenía mermelada dentro. Era un lugar maravilloso: en cualquier dirección que se extendiera la mano, en la oscuridad, se encontraban nuevos tipos de dulces.

Oyó que golpeaban en una puerta, no muy lejos, con impaciencia: era el Trucha que esperaba que le abriese. Niñojesús se encaminó hacia el lugar del ruido y sus manos tropezaron primero con merengues, después con bizcochos crocantes. Abrió. La linterna de bolsillo del Trucha le iluminó la cara con los bigotes ya blancos de crema.

—¡Esto está lleno de pasteles! —dijo Niñojesús como si el otro no lo supiera.

—No es hora de pasteles —dijo el Trucha apartándolo—, no hay tiempo que perder.

Y avanzó agitando en la oscuridad el haz de luz de la linterna. Y en cada punto iluminado descubría hileras de estantes y en los estantes hileras de bandejas y en las bandejas hileras de pastas de todas las formas y todos los colores y tortas cargadas de crema que goteaban como cera de velas encendidas, y baterías en formación de panes dulces y castillos de turrónes.

Entonces un miedo terrible se apoderó de Niñojesús: la congoja de que fuera a faltarle tiempo para saciarse, de tener que escapar sin haber probado todos los tipos de pasteles, de ver al alcance de la mano todo aquel país de cucaña sólo por pocos minutos en su vida. Y cuantos más pasteles descubría, más aumentaba su congoja, y cada nuevo rincón, cada nueva perspectiva de la tienda que aparecía iluminada por la linterna del Trucha se le plantaba delante como para cerrarle cualquier camino.

Se abalanzó sobre los estantes atiborrándose de pastas, metiéndose en la boca dos, tres juntas, sin sentirles siquiera el sabor, parecía luchar con los pasteles, enemigos amenazadores, extraños monstruos que estrechaban su asedio, un asedio crocante y almibarado en el que debía abrirse paso a fuerza de mandíbulas. Los panes dulces cortados dilataban contra él sus fauces amarillas y llenas de ojos, extrañas roscas se abrían como flores de plantas carnívoras: Niñojesús tuvo por un momento la sensación de que él sería el devorado por los pasteles.

El Trucha le tironeaba de un brazo.

—La caja —dijo—, tenemos que llevarnos la caja.

Pero entretanto, al pasar, se metió en la boca un pedazo de bizcochuelo multicolor, y después la cereza de una torta, y después un *brioche*, siempre con prisa, tratando de no distraerse de su tarea. Había apagado la linterna.

—Desde fuera nos ven como quieren —dijo.

Habían llegado al local de la pastelería, con las vitrinas, los escaparates de cristal y las mesitas de mármol. La luz nocturna de la calle entraba a través de la cortina metálica y afuera se veían las casas y los árboles en un extraño juego de sombras.

Había que forzar la caja.

—Ten —dijo el Trucha a Niñojesús dándole la linterna con la que debía apuntar hacia abajo para que no se viese desde fuera.

Pero Niñojesús sostenía la linterna con una mano y con la otra remolineaba alrededor. Cogió un *plum-cake* entero y mientras el Trucha se afanaba con sus herramientas en la cerradura, empezó a mordisquearlo como si fuera pan. Se hartó enseguida y lo dejó sobre el mármol comido a medias.

—¡Quita de ahí! ¡Mira qué pocilga! —le gritó con los dientes apretados el Trucha que, a pesar de su oficio, tenía un extraño amor por el trabajo ordenado.

Después no resistió la tentación y se metió dos pastas en la boca, de esas mitad bizcochuelo mitad chocolate, sin dejar de trabajar.

Pero para tener las manos libres Niñojesús había construido una especie de pantalla con trozos de turrón y mantelillos de bandeja. Había visto unas tortas con la inscripción «Feliz cumpleaños». Dio vueltas alrededor, estudiando el plan de ataque: primero les pasó revista con el dedo y lamió un poco de crema de chocolate, después hundió la cara dentro de las tortas y empezó a morderlas una por una desde el centro.

Pero seguía sintiendo un ansia violenta que no sabía cómo satisfacer, no encontraba el modo de disfrutar del todo. Se puso a gatas sobre la mesa, con las tortas debajo: le hubiera gustado desvestirse y acostarse desnudo sobre ellas, revolcarse

encima, no separarse nunca más de ellas. En cambio, dentro de cinco, diez minutos, todo habría terminado: las pastelerías volverían a serle vedadas para toda la vida, como cuando de niño pegaba la nariz a los escaparates. Si por lo menos pudiera quedarse tres, cuatro horas...

—¡Trucha! —dijo—. Quedémonos aquí escondidos hasta la madrugada, ¿quién nos va a ver?

—No seas estúpido —dijo el Trucha que había conseguido forzar el cajón y revolvía entre los billetes—. De aquí hay que largarse antes de que aparezca la poli.

Justo en ese momento se oyeron golpes en el cristal del escaparate. A la luz de la luna se vio a Uora-uora que golpeaba a través del enrejado de la persiana metálica y gesticulaba. Los dos que estaban dentro se sobresaltaron, pero Uora-uora hacía gestos de calma y le pedía a Niñojesús que lo relevara, para que él pudiera entrar. Los otros mostraron puños y dientes y le hicieron señas de que no se quedara delante de la tienda, de si se había vuelto loco.

Entretanto, el Trucha había descubierto que en la caja había sólo unos pocos miles de liras y blasfemaba y la tenía tomada con Niñojesús que no le ayudaba. Niñojesús parecía haber perdido el juicio: mordía un *strudel*, picaba pasas de uva, lamía almíbares, embadurnándose y dejando restos sobre los cristales de las vitrinas. Había descubierto que ya no tenía ganas de pasteles; más aún, sentía que la náusea le subía por las volutas del estómago, pero no quería ceder, no podía rendirse todavía. Y los buñuelos se convirtieron en pedazos de esponja, la masa frita en rollos de papel matamoscas, las tortas chorreaban goma y betún. Sólo veía cadáveres de pasteles que se pudrían tendidos sobre sus blancos sudarios o se deshacían en un revoltijo de cola dentro de su estómago.

El Trucha se emperró con la cerradura de otro cajón, olvidado de los pasteles y del hambre. Entonces fue cuando desde la trastienda entró Uora-uora blasfemando en siciliano y nadie le entendía.

—¿La poli? —preguntaron, los otros dos, ya pálidos.

—¡Mi turno! ¡Mi turno! —gemía Uora-uora en su dialecto, y se esforzaba por explicar a fuerza de palabras con u la injusticia de que él ayunara en el frío mientras ellos se atiborraban de pasteles.

—¡Vete a montar guardia! ¡Vete a montar guardia! —le decía Niñojesús con rabia, la rabia de estar ya saciado, que lo hacía aún más malo y egoísta.

El Trucha comprendía que relevar a Uora-uora hubiera sido más que justo, pero también comprendía que Niñojesús no se dejaría convencer tan fácilmente, y sin alguien que vigilara no se podía seguir. Entonces sacó el revólver y apuntó a Uora-uora.

—A tu puesto, enseguida, Uora-uora —dijo.

Desesperado, Uora-uora pensó en aprovisionarse antes de salir y juntó con sus grandes manos un montoncito de amaretis con piñones.

—Y si te pescan con los pasteles en la mano, imbécil, ¿qué les vas a decir? —

siguió bramando el Trucha—. Deja todo ahí y lárgate.

Uora-uora lloraba. Niñojesús sintió que lo odiaba. Levantó una torta con su «Feliz cumpleaños» y se la arrojó a la cara. Uora-uora hubiera podido muy bien esquivarla, pero adelantó la cara para recibirla de lleno y después se rió, con la cara, el sombrero, la corbata embadurnados de torta, y escapó pasándose la lengua hasta por la nariz y los pómulos.

Finalmente el Trucha había conseguido forzar el buen cajón y se estaba llenando los bolsillos de billetes, maldiciendo porque se le pegaban a los dedos sucios de mermelada.

—Hala, Niñojesús, es hora de irse —dijo.

Pero para Niñojesús eso no podía terminar así: aquélla debía ser una comilona como para contarla durante años a los compañeros y a Mary la Toscana. Mary la Toscana era la amante de Niñojesús: tenía las piernas largas y lisas y un cuerpo y una cara casi caballunos. Niñojesús le gustaba porque se apelotonaba y trepaba por su cuerpo como un gran gato.

La segunda entrada de Uora-uora interrumpió el curso de estos pensamientos. El Trucha sacó enseguida el revólver, pero Uora-uora dijo: «¡La poli!» y salió disparado sujetándose con las manos los faldones flotantes del impermeable. El Trucha, después de recoger los últimos billetes, llegó en dos saltos a la puerta, con Niñojesús detrás.

Niñojesús pensaba en Mary: sólo entonces recordó que podía llevarle unas pastas, que nunca le hacía regalos, que tal vez ella se lo reprochara. Volvió atrás, rebañó unos cañones de crema, se los metió debajo de la camisa, después rápidamente pensó que había elegido las pastas más frágiles, buscó otras más sólidas y se rellenó el pecho. En ésas vio en el escaparate la sombra de los policías que se agitaban y señalaban a alguien en el fondo de la calle, y uno apuntó con la pistola en esa dirección y disparó.

Niñojesús se agachó detrás del mostrador. No debían de haber dado en el blanco: ahora hacían gestos de despecho y miraban dentro. Poco después oyó que habían descubierto la puertecita abierta y que entraban. La tienda se llenó de policías armados. Niñojesús estaba acurrucado pero mientras tanto, habiendo descubierto unas frutas confitadas al alcance de sus brazos, se atiborraba de toronjas y bergamotas para conservar la calma.

Los de la policía verificaban el robo y las huellas de la comilona en los anaqueles. Y así, distraídamente, empezaron a llevarse a la boca algunas pastitas que habían quedado sueltas, tratando de no confundir las huellas. Al cabo de unos minutos, estimulados por la búsqueda del cuerpo del delito, estaban todos comiendo a dos carrillos.

Niñojesús masticaba, pero los otros masticaban más fuerte que él y tapaban el ruido. Y sentía que algo denso se le licuaba entre pecho y camisa, y que la náusea le subía desde el estómago. Estaba tan mareado a fuerza de comer frutas confitadas que tardó un poco en darse cuenta de que el camino hacia la puerta estaba libre. Los de la policía dijeron después que habían visto un mono con el hocico empastelado que



atravesaba a saltos la tienda, derribando bandejas y tortas. Y antes de que se repusieran del estupor y de que hubieran despegado los pies de las tortas, Niñojesús había desaparecido.

Cuando se desabotonó la camisa en casa de Mary la Toscana, se encontró con el pecho cubierto de una extraña mezcla. Y estuvieron hasta la mañana, él y ella, tendidos en la cama, lamiéndose y picoteándose hasta la última migaja, hasta el último resto de crema.

## Dólares y viejas busconas

Después de la cena Emanuele jugaba golpeando los cristales con la palmeta matamoscas. Tenía treinta y dos años y era gordo. Su mujer, Yolanda, se cambiaba las medias para salir de paseo.

Al otro lado de los cristales estaba la explanada bombardeada del antiguo Depósito de Aduanas por la que se veía el mar entre las casas en pendiente: el mar se ennegrecía y un viento tenso subía por las calles: seis marineros del cazatorpederos norteamericano *Shenandoah* anclado fuera del puerto habían entrado en el bar El Tonel de Diógenes.

—Seis americanos en el bar de Felice —dijo Emanuele.

—¿Oficiales? —preguntó Yolanda.

—Marineros. Mejor. Date prisa.

Se había levantado el sombrero y giraba sobre sí mismo tratando de dar con la manga de la chaqueta.

Yolanda había terminado con las dichas ligas y ahora escondía las cintas del sostén que le asomaban por delante.

—Listos. Vamos.

Traficaban con dólares y querían preguntar a los marineros si tenían para vender. Gentes respetables, sin embargo, aunque traficaran con dólares.

En la explanada bombardeada algunas palmeras plantadas para alegrar el ambiente se despeinaban al viento como inconsolablemente desesperadas. Y en el centro, todo iluminado, estaba el pabellón El Tonel de Diógenes instalado por Felice, veterano de guerra, por concesión del Ayuntamiento, aunque los consejeros de la oposición protestaron diciendo que estropeaba el paisaje. Tenía forma de tonel, con bar y mesitas dentro.

Emanuele dijo:

—Entonces primero vas tú, echas un vistazo, te pones a conversar y preguntas si quieren cambiar. Contigo es más fácil que acepten enseguida. Después llego yo y cerramos trato.

En el bar de Felice ocupaban la barra, de una punta a otra, los seis que, con todos aquellos pantalones blancos y aquellos codos apoyados en el mármol, parecían doce. Yolanda entró y se vio encima doce ojos girando al ritmo de las bocas que masticaban

y gañían cerradas. Casi todos eran larguiruchos y desgarrados, embutidos en sus camisolas blancas y con los sombreritos en la coronilla, pero tenía cerca uno como de dos metros, con las mejillas como manzanas y un pescuezo piramidal, que llevaba el uniforme como si estuviera desnudo, y con dos ojos redondos en los que las pupilas subían y bajaban sin encontrar nunca los bordes. Yolanda escondió una cinta del sostén que siempre le asomaba por delante.

Al otro lado de la barra, Felice, con su gorro de cocinero y los ojos hinchados de sueño, llenaba vasos a toda velocidad. Le hizo una mueca de saludo con su cara de zapatero siempre negruzca de barba. Felice hablaba el inglés y Yolanda dijo:

—Felice, díles a ver si quieren cambiar dólares.

Felice era siempre irónico y evasivo:

—Díselo tú —dijo.

Y mandó traer otras bandejas de pizza y de tortilla a un chico de pelo alquitranado y cara color cebolla.

Yolanda tenía a su alrededor a aquellos gigantones blancos que la miraban masticando e intercambiando gañidos inhumanos.

—*Please...* —dijo, haciendo toda clase de gestos—, yo, a vosotros, liras... Vosotros, a mí, dólares.

Los otros masticaban. El alto de cuello de toro sonrió: tenía unos dientes blanquísimos, tan blancos que no se veían los intersticios.

Uno bajo, de cara oscura como un español, se abrió paso.

—Yo, dólares, a ti —dijo, siempre con gestos—, tú, cama conmigo.

Después repitió todo en inglés y los otros se rieron largo rato, pero siempre con discreción, sin dejar de masticar y de clavarle los ojos.

Yolanda se volvió hacia Felice.

—Felice —dijo—, explícales.

—*Whisky and soda* —decía Felice con una pronunciación inverosímil, haciendo rodar los vasos en el mármol: de no ser por el sueño que tenía, su sonrisa habría resultado odiosa.

Entonces el gigante habló: su voz sonaba como la boya de hierro cuando las olas sacuden la anilla. Ordenó un trago para Yolanda. Tomó el vaso de la mano de Felice y se lo tendió a Yolanda: no se comprendía cómo el delgado pie de cristal no se quebraba entre aquellos dedos tan grandes.

Yolanda no sabía qué hacer.

—Yo, liras, vosotros, dólares... —repetía.

Pero los otros ya habían aprendido el italiano:

—En la cama —decían—. En la cama, dólares...

En ésas entró el marido y vio el círculo de espaldas inquietas y la voz de su mujer que salía del centro. Se acercó al mostrador:

—Eh, Felice, ¿qué pasa? —dijo.

—¿Qué te sirvo? —dijo Felice con su sonrisa cansada entre la barba afeitada

hacía dos horas que empezaba a asomarle.

Emanuele se despegó el sombrero de la frente sudada y daba saltitos para ver más allá del muro de espaldas:

—¿Qué está haciendo mi mujer?

Felice se trepó a un banquito, alzó la barbilla y bajó de un salto:

—Sigue ahí —dijo.

Emanuele aflojó un poco el nudo de la corbata para respirar mejor:

—Dile que salga —dijo.

Pero Felice ya estaba ocupado en gritar al chico color cebolla porque no reponía buñuelos en las bandejas.

—¿Yolanda...? —llamaba el marido, y trató de introducirse entre dos norteamericanos; se ganó un codazo en la barbilla y otro en el estómago, y se encontró de nuevo afuera dando saltitos alrededor del círculo. Desde el interior le respondió una voz un poco temblorosa:

—¿Emanuele...? Es —dijo la voz de ella, como si hablara por teléfono—, parece que no quieren liras...

Él conservaba la calma; tamborileó en el mármol.

—¿Ah, no?... —dijo—. Entonces sal de ahí.

—Enseguida —dijo ella. E intentó abrirse paso como nadando en aquel cerco de hombres. Pero algo la retenía: bajó la mirada y vio una gran mano posada debajo de su pecho izquierdo, una gran mano fuerte y suave. Y el gigante de las mejillas de manzana estaba delante de ella con sus dientes que centelleaban como el blanco de los ojos.

—*Please...* —dijo ella, despacio, tratando de despegar aquella mano, y le gritó a Emanuele—: Ya voy. —Pero seguía allí en medio—. *Please* —repetía—, *please...*

Felice puso un vaso bajo las narices de Emanuele.

—¿Qué te puedo servir? —preguntó inclinando la cabeza con el gorro de cocinero y apoyando en el mostrador los diez dedos separados.

Emanuele miraba el vacío.

—Una idea. Espera —y salió.

Afuera ya estaban encendidas las luces. Emanuele cruzó la calle corriendo, entró en el Café Lamármora, miró a su alrededor. No había más que los de siempre jugando a cartas.

—¡Ven a jugar una partida, Emanuele! —le dijeron—. ¡Qué cara tienes, Emanuele!

Él ya había salido. De una carrera llegó al bar París. Dio vueltas entre las mesas, con un puño se golpeaba la palma de la mano. Terminó por hablar al oído del barman. El hombre le dijo:

—Todavía no ha llegado. Esta noche.

Emanuele escapó. El barman se echó a reír y fue a contarle la cosa a la cajera.

En el Lirio la Boloñesa apenas había estirado las piernas debajo de la mesita,

porque las varices empezaban a dolerle, cuando llegó el gordinflón con el sombrero sobre la nuca, jadeando; no se entendía qué quería.

—Ven —decía y le tironeaba de la mano—, ven enseguida que es urgente.

—Manuelino, ¿qué bicho te ha picado? —decía la Boloñesa desencajando los ojos estriados de arrugas bajo el flequillo negro—. Al cabo de tantos años... ¿Qué bicho te ha picado, Manuelino?

Pero él corría ya con la mujer de la mano que lo seguía a duras penas, las piernas hinchadas trabándose en la falda ceñida que le cubría la mitad del muslo.

Delante del cine encontró a María la Loca que estaba seduciendo a un cabo.

—Hala, ven tú también. Te llevo donde los americanos.

María la Loca no se lo hizo repetir dos veces, plantó al cabo con una palmadita en la mejilla y echó a correr junto con Emanuele, la estopa del pelo rojo al viento y los ojos famélicos que traspasaban la oscuridad.

En El Tonel de Diógenes la situación poco había cambiado. En los anaqueles de Felice había varios huecos, el gin ya había desaparecido y las pizzas estaban por acabarse. Las dos mujeres se dejaron caer allí con Emanuele que las empujaba por la espalda y los marineros las vieron entrar y las saludaron con gritos. Emanuele se encaramó a un banquito, agotado. Felice le sirvió algo fuerte. Un marinero se separó del grupo y palmeó la espalda de Emanuele. También los otros lo miraban amistosamente. Felice les estaba diciendo algo de él.

—¿Eh? ¿Te parece que funcionará?

Felice tenía su eterna mueca somnolienta:

—Bueno, se necesitarían por lo menos seis...

En realidad la situación no había mejorado. María la Loca había terminado colgada del cuello de un gigantón con cara de feto y se retorció toda con su vestidito verde como una serpiente que muda la piel; la Boloñesa hundía bajo su pecho al pequeño español y lo mimaba como una madre. Entretanto Yolanda no aparecía. Seguía siempre oculta por aquella enorme espalda. Emanuele hacía señas nerviosas a las dos recién llegadas para que no perdieran el tiempo en tonterías, para que se movieran; pero ellas parecían olvidadas de todo.

—Ay... —dijo Felice, espionando por encima del hombro de Emanuele.

—¿Qué pasa? —preguntó Emanuele, pero el otro ya le estaba gritando al chico que no secaba los vasos lo bastante aprisa. Emanuele se volvió y vio a los nuevos que llegaban. Serían unos quince. El Tonel de Diógenes se llenó enseguida de marineros ya achispados; María la Loca y la Boloñesa se dispersaron en medio del barullo: una saltaba del cuello de éste al de aquél agitando en el aire sus piernas de mono, la otra con su inverosímil sonrisa fijada por el maquillaje recogía a los tímidos bajo su pecho de gallina clueca.

Por un momento Emanuele vio a Yolanda girando en medio de los marineros y después desapareció. De vez en cuando Yolanda tenía la impresión de ser arrastrada por aquella multitud, pero cada vez comprobaba que el marinero gigantesco con los

dientes y la córnea del ojo tan blancos seguía a su lado, y cada vez se sentía, no sabía por qué, segura. El hombre se movía suavemente, siempre cerca de ella: en el inmóvil uniforme blanco los músculos de su gran cuerpo parecían desplazarse estirándose como gatos: el pecho le subía y bajaba lentamente, como lleno de aire marino. En cierto momento su voz de piedras en el fondo de una boya empezó a pronunciar palabras separadas, con un ritmo insólito, y de él nació un gran canto, y todos giraban y giraban sobre sí mismos como al son de una música.

Entretanto María la Loca, que conocía todos los rincones, se abrió paso a patadas, del brazo de uno con bigotes, hacia una puertecita que llevaba a la trastienda. Al principio Felice no quería que la abrieran, pero detrás venía empujando la multitud que se desbordó dentro.

Encaramado en lo alto de su taburete Emanuele seguía la escena con ojos acuáticos.

—¿Qué hay al otro lado, Felice? ¿Qué hay al otro lado?

Pero Felice no contestaba, preocupado porque ya no quedaba nada de beber ni de comer.

—Ve al Valquiria y que te fíen algunas bebidas —dijo al chico-cebolla—; cualquier cosa, aunque sea cerveza. Y pasteles. ¡Corre!

Yolanda, entretanto, había pasado por la puertecita a empujones. La habitación era pequeña, limpia y con cortinas, y en la habitación había una camita, todo en orden, con un cubrecama azul, y el lavabo y todo lo demás. Entonces el gigante se dedicó a expulsar a los otros de la habitación con calma y firmeza, empujándolos con sus grandes manos y Yolanda a sus espaldas. Pero Dios sabe por qué los marineros querían quedarse todos en el cuartito y cada ola que el marinero empujaba hacia fuera era una ola que volvía a entrar, pero cada vez menos, porque algunos se cansaban y se quedaban del otro lado. Yolanda se alegraba de que el gigante hiciera aquel trabajo, porque así podía respirar más a sus anchas y esconder las cintas del sostén que seguían asomándosele.

Mientras tanto Emanuele observaba: veía las manos del gigante empujando a la gente y a su mujer que había desaparecido, seguramente estaría allí dentro, y los otros marineros que volvían a entrar en oleadas constantes, y a cada oleada uno o dos menos: primero diez, después nueve, después siete. ¿Cuántos minutos tardaría el gigante en poder cerrar la puerta?

Entonces Emanuele salió corriendo. Cruzó la plaza como en una carrera de sacos. En la parada había una fila de taxis con los chóferes dormitando. Emanuele pasó de uno a otro y los despertó a todos y les explicó lo que tenían que hacer, enfadándose cuando no le entendían. Los taxis partieron uno por uno en diferentes direcciones. También Emanuele salió en uno, de pie en el estribo.

Al oír aquel movimiento, Bachí, el viejo cochero, se despertó en lo alto del pescante y se precipitó a ver si había la posibilidad de algún viaje. Enseguida lo comprendió todo, como viejo tiburón del oficio que era, volvió a subir a su coche y

despertó a su viejo caballo. Cuando incluso el coche de Bachí se alejó chirriando, la plaza se quedó desierta, de no ser por el ruido que venía del Tonel de Diógenes en la explanada del antiguo Depósito de Aduanas.

En el Iris las chicas bailaban: eran menores de edad, bocas en flor y jerséis ceñidos que modelaban los globos de los senos. Emanuele no tenía paciencia para esperar a que terminara el baile.

—¡Eh, tú! —le dijo a una que bailaba con un mozo de frente comida por el pelo.

—¿Qué buscas? —le dijo el mozo.

Otros tres o cuatro lo rodearon: caras de boxeadores con la nariz en alto.

—Salgamos —dijo el chófer a Emanuele—. Aquí se arma otro follón.

Fueron a casa de la Pantera que no quería abrir porque estaba con un cliente.

—Dólares —gritaba Emanuele—. Dólares.

La Pantera, en bata, abrió: parecía una estatua alegórica. La arrastraron escaleras abajo y la cargaron en el taxi. Después recogieron a la Balilla en el paseo marítimo, con su perro en trailla, la Bechuana en el Hotel Paz, con su boquilla de marfil. Después encontraron a tres recién llegadas con la madama del Ninfea, siempre riendo, como si fueran a merendar al campo. Las cargaron a todas. Emanuele estaba sentado delante, un poco alarmado por el alboroto de todas aquellas mujeres amontonadas; al chófer sólo le preocupaba la posibilidad de que se le rompieran los resortes.

En cierto momento apareció en medio de la calle un tipo que parecía querer arrojar bajo las ruedas. Les hacía gestos de que se detuvieran. Era el chiquillo de cara de cebolla, cargado con un cajón de cerveza y una bandeja de pastas, que quería que lo dejaran subir. La portezuela se abrió y el chico se vio aspirado con cajón y todo. El automóvil volvió a arrancar. Los noctámbulos desencajaban los ojos detrás de aquel taxi que corría como una ambulancia y del que salía un estruendo de voces agudas. Emanuele oía algo que soltaba de vez en cuando un larguísimo chirrido y se lo dijo al chófer:

—Mira que algo anda mal, ¿no oyes el ruido?

El chófer sacudió la cabeza:

—Es el chico —dijo.

Emanuele se secaba el sudor.

El taxi se paró delante del Tonel y el chico fue el primero en saltar, con la bandeja en alto y el cajón debajo de un brazo. Tenía los pelos de punta, los ojos que le comían la mitad de la cara, y corrió dando saltos de mono porque no le había quedado ni un solo botón.

—¡Felice! —gritaba—. ¡Se ha salvado todo! ¡No dejé que ellas me quitaran nada! ¡Pero si supieras lo que me hicieron, Felice!

Yolanda estaba todavía en el cuartito y el gigante se divertía empujando la puerta. Ahora sólo quedaba uno que insistía en entrar, borracho perdido, y rebotaba cada vez en las manos del gigante. En ésas hizo su entrada la nueva mercancía y Felice, de pie

en el taburete contemplando cansadamente la escena, veía la superficie de gorritas blancas que se abría para que floreciera un sombrero con plumas, un trasero envuelto en seda negra, una pierna gorda como un salchichón, un par de senos ornados de guirnaldas de flores, todo asomaba a la superficie y desaparecía como burbujas de aire.

En ese momento se oyó un ruido de frenos y aparecieron cuatro cinco seis, una fila entera de taxis. Y de cada taxi salían mujeres. Estaba la Milposturas, con un peinado distinguido, que avanzaba majestuosa, forzando los ojos miopes; estaba Carmen la Española, toda envuelta en velos, la cara descarnada como una calavera, y el contorno felino de sus caderas huesudas; estaba Juanota la Coja, que tomaba impulso apoyándose en una sombrilla china; estaba la Negra del Callejón Largo con su pelo de negra y sus piernas velludas; estaba el Ratoncito con su vestido estampado de marcas de cigarrillos; estaba Milena la Sulfamídica con su vestido impreso de naipes; estaba la Chupaperros con la cara llena de granos; estaba Inés-la-Fatal con un vestido todo de encaje.

Se oyó rodar algo en el empedrado: era el coche de Bachí que llegaba con su caballo medio muerto; se detuvo y de él bajó también una mujer. Llevaba una amplia falda de terciopelo lleno de volantes y puntillas, el pecho cargado de collares, una cintita negra al cuello, en las orejas un par de pendientes labrados, el impertinente con su mango, el pelo de un amarillo de peluca, y un gran sombrero a la mosquetera en el que había rosas y uvas y pájaros y una nube de plumas de avestruz.

Al pabellón del Tonel de Diógenes habían llegado otros grupos de marineros. Uno tocaba el acordeón, otro el saxo. Las mujeres bailaban sobre las mesas. Por mucho que se hiciera siempre había muchos más marineros que mujeres, y sin embargo el que estiraba una mano encontraba una nalga o un pecho o un muslo que parecían extraviados y no se entendía de quién eran: nalgas por el aire y pechos a la altura de las rodillas. Y manos velludas como garras restregaban aquella multitud, manos de uñas rojas y puntiagudas, de yemas vibrantes, que se introducían debajo de las casacas, soltaban abotonaduras, acariciaban músculos, hacían cosquillas en lugares secretos. Y las bocas se encontraban casi volando por el aire y se pegaban debajo de las orejas como ventosas y lenguas dulzonas y ásperas salivaban la piel corroyéndola y labios enormes pintados hasta la nariz. Y se sentían deslizar piernas por todas partes, interminables e innumerables como los tentáculos de un enorme pulpo, piernas que se metían entre las piernas y se despegaban a golpes de muslo y de pantorrilla. Y después era como si todo fuera disolviéndose en las manos, y uno se encontraba aferrando un sombrero adornado con racimos de uva, otro un par de bragas de encaje, otro una dentadura postiza, otro una media alrededor del cuello, otro un volante de seda.

Yolanda se había quedado sola en el cuartito con el marinero gigantesco. La puerta estaba cerrada con llave y ella se peinaba delante del espejo del lavabo. El gigante se acercó a la ventana y corrió la cortina. Afuera se veía el barrio oscuro de la



costa y el muelle con su hilera de luces que se repetían en el agua. Entonces el gigante empezó una canción norteamericana que decía: «*El día ha terminado, cae la noche, son azules los cielos, las campanas repican*».

Y Yolanda se acercó también a mirar por la ventana y las manos de los dos se encontraron en el alféizar y se quedaron juntas y quietas. Y el gran marinero de voz de hierro cantaba: «*Progenie de Dios, cantemos aleluya*».

Y Yolanda repetía: «*Cantemos aleluya, aleluya*».

Mientras tanto Emanuele, angustiado porque no encontraba a su mujer, daba vueltas entre los marineros apartando los cuerpos femeninos transfigurados que de vez en cuando le llovían en los brazos. En cierto momento se encontró frente al grupo de los chóferes que lo buscaban para cobrarle la cuenta de sus taxímetros. Emanuele tenía los ojos llenos de lágrimas; no querían soltarlo si no pagaba. Hasta el viejo Bachí se les había unido, haciendo girar su gran látigo de cochero.

—¡Si no me pagáis, me la llevo! —decía.

Después se oyeron silbatos y la policía rodeó el pabellón. Estaba también la ronda del cazatorpederos *Shenandoah*, con sus cascos y fusiles, que hacía salir a los marineros uno por uno. Entretanto llegaron las camionetas de la policía italiana y a todas las mujeres que atrapaban las cargaban y se las llevaban.

Los marineros tuvieron que formar fila y marchar hacia el puerto. Delante pasaron las camionetas de la policía cargadas de mujeres y hubo grandes gestos de saludos de una y otra parte. El gigante aquel marchaba a la cabeza, atacó en ese momento a voz en cuello: «*Acaba el día, el sol se pone, cantemos aleluya, aleluya*».

Yolanda, encogida entre la Milposturas y la Chupaperros, oyó la voz de él que se alejaba y retomó el canto: «*Termina el día, el trabajo cumplido, aleluya*».

Y todos cantaron la canción, los marineros y las mujeres, los que se embarcaban, las que iban a la comisaría.

En El Tonel de Diógenes Felice el veterano empezaba a apilar las mesas. Emanuele había quedado abandonado en una silla, la barbilla caída sobre el pecho y el sombrero informe apoyado en la nuca. Iban a arrestarlo a él también, pero el oficial de marina que dirigía la operación había hecho averiguaciones e hizo señas de que lo dejaran. Y el oficial también se había quedado y ahora en el local estaban sólo ellos dos: Emanuele desolado en su silla y el oficial de pie delante de él, de brazos cruzados. Cuando tuvo la seguridad de que estaban solos, el oficial sacudió al gordinflón por un brazo y empezó a hablarle. Felice se acercó para hacer de intérprete, con la sonrisa irónica en su negruzca cara de zapatero.

—Dice que si le puedes conseguir una chica a él también —le dijo a Emanuele.

Emanuele parpadeó un poco y dejó caer de nuevo la barbilla sobre el pecho.

—Usted, a mí, chica —decía el oficial—; yo, a usted, dólares.

«Dólares». Emanuele se refrescaba las mejillas con el pañuelo. Se puso de pie. «Dólares», repetía, «dólares».

Salieron juntos. Por el cielo volaban unas nubes nocturnas. En lo alto el faro del

muelle seguía haciendo guiños acompasados. El aire estaba todavía lleno de la canción *Aleluya*.

«*El día termina, son azules los cielos, aleluya*», cantaban el gordinflón y el oficial, del brazo, caminando en medio de la calle en busca de algún local donde jaranear toda la noche.

## La aventura de un soldado

En el compartimento, junto al soldado de infantería Tomagra, se sentó una señora alta y opulenta. A juzgar por el vestido y el velo, debía de ser una viuda de provincias: el vestido era de seda negra, apropiado para un largo luto, pero con guarniciones y adornos inútiles, y el velo que caía del ala de un sombrero pesado y anticuado le envolvía la cara. Había otros lugares libres en el compartimento, observó el infante Tomagra; y pensó que la viuda elegiría uno de ellos; en cambio, a pesar de su áspera cercanía de soldado, se sentó justo allí, seguramente por alguna razón de comodidad, se apresuró a pensar el infante Tomagra, una cuestión de corrientes de aire o de dirección de la marcha.

Por la robustez del cuerpo, firme y hasta un poco cuadrado, se le hubieran dado poco más de treinta años si una morbidez de matrona no suavizara las altas curvas; pero la cara, el encarnado marmóreo y al mismo tiempo flojo, la mirada inasible bajo los párpados pesados, las cejas de un negro intenso y además los labios severamente apretados, pintados con descuido de un rojo chocante, le hacían parecer en cambio de más de cuarenta.

Tomagra, joven soldado de infantería en su primer permiso (era Pascua), se encogió en el asiento no fuera a ser que la señora, tan alta y opulenta, no cupiese; y se encontró inmediatamente envuelto en su perfume, un perfume conocido y quizás ordinario pero ya amalgamado, por una larga costumbre, a los olores naturales del cuerpo.

La señora se había sentado con compostura, revelando, allí a su lado, proporciones menos majestuosas de lo que le habían parecido al verla de pie. Las manos, rollizas y con oscuros anillos que le apretaban los dedos, las tenía cruzadas sobre el regazo, encima de un bolso reluciente y de una chaqueta que se había quitado descubriendo brazos redondos y claros. Tomagra, al hacer ella ese gesto, se había apartado como para permitir un amplio despliegue de brazos, pero la señora permaneció casi inmóvil, quitándose las mangas con breves movimientos de los hombros y del torso.

El asiento del tren era pues bastante cómodo para dos y Tomagra podía sentir la extrema cercanía de la señora sin el temor de ofenderla con su contacto. Pero, razonó, lo cierto es que, pese a ser una señora, no había demostrado que ni él ni la aspereza

de su uniforme la disgustaran, de lo contrario se habría sentado más lejos. Y al pensarlo, sus músculos, que estaban contraídos y achatados, se aflojaron libres y serenos; más aún, sin que él se moviera trataron de expandirse al máximo, y la pierna con sus tendones tensos, separada de la tela misma del pantalón, se estiró, llenó a su vez el paño que la cubría, y el paño rozó la negra seda de la viuda, y a través de ese paño y esa seda, la pierna del soldado se adhería a la de ella con un movimiento blando y fugaz, como un encuentro de tiburones, con un expandirse de ondas en sus venas hacia las venas de ella.

Pero era siempre un contacto levísimo, bastaba una sacudida del tren para recrearlo o anularlo; la señora tenía rodillas fuertes y carnosas, y los huesos de Tomagra adivinaban a cada sacudida el salto indolente de la rótula; y la pantorrilla tenía una mejilla sedosa y alta que con un imperceptible empujón había que hacer coincidir con la propia. Este encuentro de pantorrillas era precioso, pero a costa de una pérdida: el peso del cuerpo se desplazaba y el variable apoyo de los flancos no se producía con el dócil abandono de antes. Para conseguir una posición natural y satisfactoria debía desplazarse ligeramente en el asiento, gracias a una curva de las vías, o también a la necesidad comprensible de moverse de vez en cuando.

La señora permanecía impassible bajo el sombrero de matrona, fija la mirada parpadeante y las manos quietas sobre el bolso en el regazo; sin embargo, una larguísima franja de su cuerpo se apoyaba en aquella franja de hombre: ¿todavía no lo había advertido?, ¿o preparaba una retirada?, ¿o un rechazo?

Tomagra decidió transmitirle, en cierto modo, un mensaje: contrajo el músculo de la pantorrilla como si fuera un puño duro, cuadrado, y después, con ese puño de pantorrilla, como si una mano dentro quisiera abrirse, se apresuró a golpear la pantorrilla de la viuda. Fue, claro está, un movimiento rapidísimo, apenas el tiempo de un juego de tendones: de todos modos ella no se echó atrás, ¡al menos por lo que él pudo entender!, porque enseguida Tomagra, para justificar aquel gesto secreto, había desplazado la pierna como para desentumecerla.

Ahora había que volver a empezar desde el principio; la paciente y prudentísima tarea de contacto se había perdido. Tomagra decidió ser más audaz; como si buscara algo metió la mano en el bolsillo, el bolsillo del lado de la mujer, y después, como distraído, no la sacó. Había sido un gesto rápido, Tomagra no sabía si la había tocado o no, un gesto de nada; sin embargo, comprendía lo importante que había sido el progreso realizado y en qué juego arriesgado estaba ahora metido. Con el dorso de la mano apretaba el flanco de la señora de negro; la sentía pesar sobre cada dedo, cada falange, en adelante cualquier movimiento de su mano habría sido un gesto inaudito de intimidad con la viuda. Conteniendo la respiración, Tomagra le dio la vuelta a la mano en el bolsillo: es decir, puso la palma del lado de la señora, abierta contra ella pero dentro del bolsillo. Era una posición imposible, con la muñeca retorcida. Ahora ya daba lo mismo intentar un gesto decisivo; así, con aquella mano retorcida, arriesgó un movimiento de dedos. No quedaba duda posible: la viuda no podía no haber

advertido su artimaña y, si no retrocedía y fingía impasibilidad y ausencia, quería decir que no rechazaba sus avances. Pero, pensándolo bien, su manera de no hacer caso de la móvil mano de Tomagra podía querer decir que realmente creía en una búsqueda inútil en el bolsillo: un billete ferroviario, un fósforo... Exactamente: y si ahora las yemas de los dedos del soldado, como dotadas de una repentina clarividencia, adivinaban a través de las diversas telas los bordes de prendas subterráneas y hasta minúsculas asperezas de la piel, poros y lunares, si, digo, los dedos de él llegaban a esto, tal vez la carne de ella, marmórea e indolente, se daba cuenta apenas de que justamente se trataba de yemas de dedos y no, digamos, de convexidad de uñas o nudillos.

Entonces la mano salió del bolsillo con pasos furtivos, se detuvo allí indecisa, después, con repentina prisa por alisar la costura del costado del pantalón, anduvo lentamente hasta la rodilla. Sería más justo decir que se abrió camino, porque para avanzar debía introducirse entre él y la mujer, y fue un recorrido, aun en su rapidez, pleno de ansias y de dulces emociones.

Es preciso decir que Tomagra había echado la cabeza hacia atrás contra el respaldo, de modo que hasta se hubiera podido decir que dormía: esto, más que una coartada en sí, era un modo de ofrecer a la señora, en caso de que su insistencia no le molestara, una manera de no sentirse incómoda, sabiendo que eran gestos separados de la conciencia, que afloraban apenas de una capa de sueño. Y desde allí, desde aquella vigilante apariencia de sueño, la mano de Tomagra apretada a la rodilla separó un dedo, el meñique, y lo envió a explorar a su alrededor. El meñique se deslizó por la rodilla de ella que permaneció callada y dócil; Tomagra podía ejecutar diligentes evoluciones de meñique sobre la seda de la media que él, con ojos semicerrados entreveía apenas, clara y arqueada. Pero notó que el azar de ese juego no tenía compensación, porque el meñique, por pobreza de yema y torpeza de movimientos, transmitía sólo atisbos parciales de sensaciones, no servía para representarse la forma y la sustancia de lo que tocaba.

Entonces juntó el meñique con el resto de la mano, sin retirarlo sino adosándole el anular, el medio, el índice: su mano descansaba inerte en aquella rodilla de mujer y el tren la acunaba en una caricia ondulante.

Fue entonces cuando Tomagra pensó en los otros: si la señora, por condescendencia o por una misteriosa intangibilidad, no reaccionaba a sus atrevimientos, había sentadas enfrente otras personas que podían escandalizarse con aquel comportamiento impropio de un soldado, y por la posible complicidad de la mujer. Sobre todo para salvar a la señora de aquella sospecha, Tomagra retiró la mano y hasta la escondió como si fuese la única culpable. Pero esconderla, pensó después, no era sino un pretexto hipócrita: en realidad, al abandonarla en el asiento no pretendía sino acercarla más íntimamente a la señora que ocupaba tanto espacio en el asiento.

En realidad, la mano tanteó un poco, ahora los dedos sentían la presencia de ella

como el posarse de una mariposa, ahora bastaba con empujar suavemente toda la palma, pero la mirada de la viuda bajo el velo era impenetrable, el pecho apenas se movía al respirar, ¡y nada! Tomagra había retirado ya la mano como un ratón que huye a la carrera.

«No se ha movido», pensó, «tal vez quiere», pero pensaba también: «Un instante más y sería demasiado tarde. Tal vez está ahí al acecho para hacer una escena».

Entonces, sólo por prudencia, para estar seguro, Tomagra deslizó el dorso de la mano por la banqueta y esperó que las sacudidas del tren fueran las que insensiblemente hicieran deslizar a la señora sobre sus dedos. Decir que esperó es incorrecto: en realidad, con la punta de los dedos como una cuña, hacía presión entre ella y el asiento con un movimiento imperceptible que hubiera podido ser también efecto de la marcha del tren. Si se detuvo en cierto momento, no fue porque la señora hubiese dado de algún modo señales de desaprobación, sino porque, pensó Tomagra, si ella aceptaba, le hubiera sido fácil con una media vuelta de músculos ir a su encuentro, posarse, por así decirlo, sobre aquella mano a la espera. Para demostrarle el propósito amistoso de esta asiduidad, Tomagra intentó un discreto meneo de dedos; la señora miraba por la ventanilla y con su mano indolente jugaba con el cierre del bolso, abriéndolo y cerrándolo. ¿Eran señales para indicarle que desistiera, era un último aviso que le concedía, una advertencia de que no se podía seguir poniendo a prueba su paciencia? ¿Era eso?, se preguntaba Tomagra, ¿era eso?

Advirtió que su mano, como un pequeño pulpo, apretaba la carne de la señora. Ahora todo estaba decidido: él, Tomagra, ya no podía echarse atrás; pero ella, ella, ella era una esfinge.

La mano del soldado trepaba ahora por el muslo con oblicuos pasos de cangrejo; ¿quedaría al descubierto ante los ojos de los demás? No, la viuda tan pronto alisaba la chaqueta doblada sobre el regazo como la dejaba caer a un lado. ¿Para ofrecerle una protección o para despejarle el camino? El caso es que la mano se movía libre, sin ser vista, se cerraba, se extendía en caricias rasantes como un breve soplo de viento. Pero el rostro de la viuda seguía girado hacia fuera, lejano; Tomagra le miraba una zona de piel desnuda, entre la oreja y el abultado *chignon*. Y en aquella axila de oreja el pulsar de una vena: ésta era la respuesta que ella le daba, clara, vehemente e insalvable. De pronto volvió la cara severa y marmórea, el velo que caía del sombrero se movió como una cortina, pero aquella mirada lo había dejado a él, Tomagra, atrás, tal vez ni siquiera lo había rozado, miraba, más allá de él, algo o nada, el punto de apoyo de un pensamiento, pero siempre algo más importante que él. Esto lo pensó después, porque antes, apenas vio aquel movimiento de ella, se echó rápidamente hacia atrás y apretó los ojos como si durmiera, tratando de contener el rubor que se le extendía por la cara y quizá perdiendo así la ocasión de atrapar en el primer fulgor de su mirada una respuesta a las propias, punzantes dudas.

La mano, escondida debajo de la chaqueta negra, había permanecido casi separada de él, encogida y con los dedos contraídos hacia la muñeca, no una

verdadera mano, sino ahora una mano sin sensibilidad, como no fuera la sensibilidad del árbol de los huesos. Pero como la tregua concedida por la viuda a su propia impasibilidad con aquella imprecisa mirada a su alrededor había terminado enseguida, en la mano volvió a circular sangre y coraje. Y fue entonces cuando, al retomar contacto con la mórbida corva de la pierna, él se dio cuenta de que había llegado a un límite: los dedos corrían por el ruedo de la falda, más allá venía el salto de la rodilla, el vacío.

Era el final, pensó el soldado Tomagra, de aquella orgía secreta: y ahora, al pensarlo, parecía bien mísera en su recuerdo, aunque la hubiera agigantado codiciosamente mientras la vivió: una torpe caricia bajo una chaqueta de seda, algo que de ningún modo se le podía negar, precisamente por su lamentable condición de soldado, y que discretamente la señora, sin demostrarlo, se había dignado concederle.

Pero en su intención de retirar, desolado, la mano, se interrumpió al observar cómo tenía ella la chaqueta sobre las rodillas: no ya doblada (y sin embargo, así le había parecido al principio), sino echada con descuido, de modo que una parte colgaba delante de las piernas. Así, era una guarida cerrada: quizás una última prueba de confianza que le daba la señora, convencida de que la desproporción entre ella y el soldado era tal que él seguramente no la aprovecharía. Y el soldado evocaba con esfuerzo lo que hasta entonces había ocurrido entre él y la viuda tratando de descubrir algo en el recuerdo de la actitud de ella que indicase que condescendía a algo más, y ya volvía a pensar en sus propios gestos como si fueran superficiales e insignificantes, roces o frotos casuales, o como si entrañaran una intimidad decisiva que le impedía, ahora, echarse atrás.

Su mano cedió a esta última forma del recuerdo, porque, antes de que hubiese reflexionado bien sobre lo irreparable del acto, ya superaba el obstáculo. ¿Y la señora? Dormía. Había abandonado la cabeza, con el fastuoso sombrero, contra un ángulo y tenía los ojos cerrados. ¿Debía él, Tomagra, respetar ese sueño, fuese verdadero o fingido, y retirarse? ¿O era un expediente de mujer cómplice, que ya hubiera debido conocer, y por el que debía en cierto modo demostrar gratitud? El punto al que había llegado no le permitía dilaciones, no le quedaba sino seguir adelante.

La mano del infante Tomagra era pequeña y corta, y sus durezas y callosidades estaban bien amalgamadas al músculo haciéndola suave y uniforme; el hueso no se sentía y el movimiento nacía más de nervios, pero con suavidad, que de falanges. Y esa mano pequeña hacía movimientos continuos, generales, minúsculos, para mantener la totalidad del contacto viva y encendida. Pero cuando al fin un primer estremecimiento recorrió la morbidez de la viuda, como un fluir de lejanas corrientes marinas por secretas vías subacuáticas, el soldado se quedó tan sorprendido que, como si supusiera que hasta ese momento ella no se había dado cuenta de nada, como si verdaderamente hubiese dormido, asustado, retiró la mano.

Ahora, con las manos sobre las propias rodillas, estaba encogido en el asiento,

como cuando la señora había entrado: comprendió que se comportaba de una manera absurda. Entonces se puso a golpear con los tacones, a desentumecerse las piernas, con lo cual parecía igualmente ansioso por restablecer los contactos, pero aquella prudencia suya era también absurda, como si quisiera recomenzar desde el principio su pacientísima tarea y no estuviera ahora seguro de las ya profundas metas que había alcanzado. ¿Pero las había alcanzado realmente? ¿O había sido sólo un sueño?

Un túnel se les vino encima. La oscuridad era cada vez más espesa y entonces Tomagra, primero con gestos tímidos, de vez en cuando encogiéndose como si estuviera en los primeros avances y se maravillase de su audacia, después siempre tratando de convencerse de la extrema confianza a la que había llegado con la mujer, adelantó una mano temblorosa como una gallinita hacia el pecho de ella, grande y un poco abandonado a su peso, y a tientas trataba de explicarle la miseria y la insoportable felicidad de su estado, y su necesidad, no de otra cosa, sino de que ella saliera de su reserva.

La viuda, efectivamente, reaccionó, pero con un brusco gesto de defensa y rechazo. Esto bastó para arrinconar a Tomagra en su ángulo, torciéndose las manos. Pero era probablemente una falsa alarma: una luz en el corredor había inspirado a la viuda el temor de que el túnel terminara de pronto. Tal vez: ¿o era que él había pasado el límite, había cometido alguna horrible incorrección con la señora, tan generosa ya? No, ahora no podía haber nada prohibido entre ellos: y más aún, el gesto de ella era una señal de que todo era verdadero, de que ella aceptaba, que participaba. Tomagra se acercó de nuevo. En estas reflexiones se había perdido, claro está, mucho tiempo, el túnel no duraría mucho más, no era prudente dejarse descubrir de repente por la luz, Tomagra esperaba ya el primer gris de las paredes, pero cuanto más esperaba, más arriesgado era atreverse, claro que el túnel era largo, él lo recordaba larguísimo de sus otros viajes, claro que si hubiera aprovechado enseguida habría tenido mucho tiempo por delante, ahora era mejor esperar el final, pero como no terminaba nunca, quizás ésta sería la última oportunidad para él, ahora la oscuridad disminuía, ahora terminaba.

Estaban en las últimas estaciones de un trayecto de provincias. El tren se iba vaciando; de los pasajeros del compartimento los más se habían apeado, los últimos empujaban las maletas, se preparaban para bajar. Terminaron por quedar solos el soldado y la viuda, muy juntos y separados, los brazos cruzados, mudos, mirando el vacío. Tomagra tuvo todavía necesidad de pensar: «Ahora que todos los lugares están libres, si quisiera estar tranquila y cómoda, si yo le molestara, cambiaría de asiento...».

Algo lo contenía y lo asustaba todavía, tal vez en el pasillo la presencia de un grupo de fumadores o una luz que se había encendido porque caía la noche. Entonces pensó en correr las cortinas que daban al pasillo, como cuando uno quiere dormir: se levantó con pasos de elefante, comenzó con lento y meticoloso cuidado a soltar las cortinas, a extenderlas, a sujetarlas. Cuando se volvió, la encontró acostada. Como si



quisiera dormir: pero además de tener los ojos abiertos y fijos, había caído hacia atrás, manteniendo intacta su compostura de matrona, con el majestuoso sombrero siempre encajado en la cabeza apoyada en el brazo del asiento.

Tomagra estaba de pie a su lado. Para proteger el simulacro de sueño, quiso oscurecer también la ventanilla y se inclinó sobre ella para soltar la cortina. Pero era sólo una manera de cumplir sus torpes gestos sobre el cuerpo de la viuda impasible. Entonces dejó de atormentar el ojal de la cortina y comprendió que debía proceder de otro modo, demostrarle toda su improrrogable situación de deseo, aunque sólo fuera para explicarle el equívoco en que sin duda ella había incurrido, como diciéndole: «Mire, usted ha sido condescendiente conmigo porque cree que los soldados pobres y solos como nosotros tenemos una remota necesidad de afecto, pero en cambio, esto es lo que soy, así he recibido su cortesía, mire hasta qué punto de imposible ambición he llegado, ya lo está viendo».

Y como ahora estaba claro que nada conseguía maravillar a la viuda, más aún, todo parecía en cierto modo previsto por ella, al infante Tomagra no le quedaba sino actuar de modo que no cupiera ya ninguna duda, y que finalmente su furia amorosa consiguiera alcanzarla también a ella, su mudo objeto.

Cuando Tomagra se incorporó y debajo de él la viuda seguía con su mirada clara y severa (tenía los ojos azules), el sombrero con el velo siempre encajado en la cabeza, y el altísimo pitido de tren en el campo que no acababa nunca, y afuera seguían las hileras interminables de las viñas, y la lluvia que durante todo el viaje había rayado infatigable los cristales volvía a caer con renovada violencia, sintió todavía un poco de miedo por haberse atrevido a tanto, él, Tomagra, soldado de infantería.

## Durmiendo como perros

Cada vez que abría los ojos sentía encima toda aquella luz amarilla y ácida de las grandes lámparas de la taquilla. Y se los cubría levantando las solapas de la chaqueta, en busca de oscuridad y calor. Al echarse no había advertido lo heladas y duras que eran las losas de piedra del pavimento; ahora cuchillos de frío se le metían debajo del traje y por los agujeros de los zapatos, y la poca carne de los costados le dolía, apretada entre los huesos y la piedra.

El lugar, sin embargo, había sido bien elegido, en aquel rincón debajo de la escalera, a resguardo y no de paso, tanto que al poco tiempo llegaron cuatro piernas de mujer, altas sobre su cabeza, y dijeron:

—Eh, éste nos ha quitado el lugar.

El hombre oía pero no estaba despierto; de una comisura de la boca le caía la baba sobre el cartón desollado de la pequeña maleta que le servía de almohada, y el pelo se había echado a dormir por cuenta propia, siguiendo la línea horizontal del cuerpo.

—Bueno —dijo la voz de antes, por encima de las rodillas terrosas y la campana caída de la falda—. Quítese de ahí. Por lo menos hagamos la cama.

Y uno de aquellos pies, pies de mujer con zapatones, le tanteó los costados, como un hocico husmeando. El hombre se incorporó sobre los codos, entreabriendo en la luz amarilla, perdido, los párpados irritados, y el pelo erizado que no se había dado cuenta de nada. Después volvió a caer como si quisiera dar una cabezada en la maleta.

Las mujeres habían bajado los bultos que llevaban sobre la cabeza. El hombre que venía detrás dejó en el suelo las mantas enrolladas y empezaron a acomodarse.

—Eh —dijo la más vieja al que dormía—, levántate, levántate, por lo menos podrás cubrirte tú también.

Pero nada: seguía durmiendo.

—Debe de tener mucho sueño atrasado —dijo la más joven, puro hueso, con partes gordas como apoyadas en su flacura: senos, nalgas que le saltaban en todas direcciones debajo del vestido cuando se agachaba para estirar las mantas y meterlas debajo de los sacos de harina.

Eran tres del mercado negro que bajaban con los sacos llenos y las latas vacías.

Gentes con los huesos acostumbrados a dormir en el suelo, en las estaciones, y a viajar en los vagones de ganado, pero que habían aprendido a organizarse y llevaban mantas para ablandar el suelo y para cubrirse, y los sacos y las latas les servían de almohada.

La más vieja trataba de pasar la punta de una manta debajo del que dormía, pero tenía que ir levantándolo porque no se movía.

—Sí, debe de tener mucho sueño atrasado —dijo la vieja—. Quizá sea uno de esos de emigración.

Entretanto el hombre que estaba con ellas, uno flaco con cierres de cremallera, ya se había metido entre una manta y la otra, encasquetándose la gorra hasta los ojos.

—Hala. Ven aquí, ¿no estás lista? —dijo a las nalgas de la más joven que seguía agachada acomodando los sacos como almohada.

Era su mujer, la más joven, pero casi conocían más el suelo de las salas de espera que el lecho matrimonial. Se metieron debajo las mujeres también y la más joven y el marido se restregaron un poco uno contra el otro tiritando, mientras la mayor abrigaba al pobre diablo dormido. Quizá la más vieja no fuera tan vieja, pero estaba como descuajaringada por la vida que hacía, siempre cargando harina y aceite sobre la cabeza, yendo y viniendo en aquellos trenes, y llevaba un vestido que parecía un saco y el pelo desparramado en todas direcciones.

Al hombre dormido le resbalaba la cabeza de la maleta que era demasiado alta y le obligaba a torcer el pescuezo; la mujer trató de acomodarlo mejor pero la cabeza del hombre por poco no cae al suelo, de modo que ella la apoyó en uno de sus hombros y el hombre apretó los labios, tragó, se acomodó sobre la superficie más blanda y volvió a babear, ahora en el pecho de ella.

Estaban allí tratando de dormir, cuando llegaron tres de la Baja Italia. Eran el padre de bigotes negros y dos hijas morenas y regordetas, los tres de corta estatura, con cestas de mimbre y los ojos cargados de sueño en medio de toda aquella luz. Al parecer las hijas querían ir para un lado y él para otro y discutían así sin mirarse a la cara y casi sin hablar, a golpes de breves frases dichas entre dientes y deteniéndose y moviéndose bruscamente. Descubrieron el lugar ya ocupado por los otros cuatro y se quedaron allí, cada vez más perdidos, hasta que llegaron los dos muchachos con polainas y pañoletas al hombro.

Los dos trataron enseguida de convencer a los de la Baja Italia de que juntaran todas las mantas y se acomodaran con los cuatro que ya estaban acostados. Los dos muchachos, que eran de Venecia y emigraban a Francia, hicieron levantar a los mercadonegro para reacomodar las mantas de modo que cupieran todos. Se veía que era toda una maniobra para tocar los senos y las nalgas de las dos muchachotas medio dormidas, pero al final estaban instalados todos, incluida la más vieja de los mercadonegro que no se había movido porque tenía la cabeza del hombre dormido apoyada en un pecho. Los dos venecias naturalmente se habían acomodado entre las chicas, dejando aparte al bajaitalia; pero, maniobrando debajo de mantas y pañoletas

conseguían alcanzar también a las otras mujeres.

Alguno ya roncaba, pero el bajaitalia no conseguía dormir, a pesar del sueño que tenía. El amarillo ácido de la luz lo perseguía aun debajo de los párpados y aun debajo de la mano que le tapaba los ojos; y el grito inhumano de los altavoces: ... rápido... andén... salida... le producía una continua inquietud. Además tenía ganas de orinar, pero no sabía dónde ir y temía perderse en aquella estación. Terminó por decidirse a despertar a uno y empezó a sacudirlo: era el infeliz que dormía allí desde el principio.

«El retrete, compadre, el retrete», decía, y le tironeaba de un codo, sentado en medio de aquella extensión de cuerpos arrebujados.

El dormido terminó por levantarse y sentarse bruscamente, desencajó los ojos enrojecidos y nublados y la boca pastosa ante la cara inclinada hacia él, una pequeña cara de gato, arrugada y con bigotes negros.

«El retrete, compadre...», decía el bajaitalia.

El otro estaba atónito, miraba a su alrededor espantado. Se quedaron los dos mirándose con la boca abierta, él y el bajaitalia. El que seguía dormido no entendía nada: descubrió la cara de la mujer debajo de él, en el suelo, y la miró lleno de terror. Parecía a punto de lanzar un alarido. Entonces de golpe volvió a meter la cabeza en el pecho de la mujer y se quedó instantáneamente dormido.

El bajaitalia se levantó pisoteando dos o tres cuerpos, dio unos pasos titubeantes por el gran vestíbulo luminoso y frío. Al otro lado de los cristales se veía la oscuridad límpida de la noche y geométricos paisajes de hierro. Vio a un morenito más bajo que él, con un traje arrugado, que se le acercaba con aire distraído.

—El retrete, compadre —pidió el bajaitalia, suplicante.

—Cigarrillos americanos, suizos —dijo el otro que no había entendido, mostrando la punta de un paquete.

Era Belmoretto que paraba la olla alrededor de las estaciones y no tenía ni casa ni cama en toda la faz de la Tierra, y que de vez en cuando tomaba un tren y cambiaba de ciudad, allí donde lo llevaba su incierto comercio de tabaco y chicle. A la noche terminaba por unirse a algún grupo de gente que dormía en las estaciones esperando las combinaciones de trenes, conseguía tumbarse unas horas debajo de una manta; en caso contrario, esperaba la mañana dando vueltas, a menos que tropezara con algún viejo invertido que lo llevaba a su casa y le hacía bañarse y le daba de comer y lo invitaba a dormir con él. Belmoretto era también un bajaitalia y fue muy amable con el viejecito de los bigotes negros, lo llevó al retrete y esperó a que terminara de orinar para acompañarlo de vuelta. Le dio un cigarrillo y fumaban juntos, y con ojos irritados de sueño miraban la salida de los trenes y allá en el vestíbulo el montón de los que dormían en el suelo.

—Durmiendo como perros —dijo el bajaitalia—. Seis días y seis noches sin ver una cama.

—Una cama —dijo Belmoretto—, a veces sueño con una cama. Una buena cama

blanca toda para mí.

El bajaitalia volvió al grupo a dormir. Levantó una manta para acomodarse y vio la mano de un venecia metida entre las piernas de su hija. Metió también él una mano para sacar la otra y en la carne de su hija hubo un movimiento blando y el venecia creyó que era su amigo que quería tantear un poco y lo apartó de un puñetazo. El bajaitalia levantó el puño blasfemando. Los otros gritaron que no se podía dormir y el bajaitalia pasó por encima de ellos de rodillas para volver a su lugar y se metió debajo de la manta, mortificado. Tenía frío y se encogió todo: aún sentía alrededor de su mano el calor que había debajo de la falda de su hija. Y le entraron ganas de llorar.

En ésas todos sintieron un cuerpo extraño que se introducía en medio de ellos, como un perro que escarbara debajo de las mantas. Una mujer gritó. Enseguida todos se afanaron por quitar las mantas a ver qué pasaba. Y en medio de ellos descubrieron a Belmoretto que ya roncaba acurrucado como un feto y sin zapatos, la cabeza debajo de una falda y los pies metidos en otra. Despertado a puñetazos, dijo:

—Disculpad, no quería molestar.

Pero ahora estaban todos despiertos y maldiciendo, salvo el primero, que babeaba.

—Aquí uno se muele los huesos, se hiela la espalda —decían—. Aquí habría que romper esa lámpara, cortar el cable del altavoz.

—Si queréis os enseño a hacer un colchón —dijo Belmoretto.

«Colchón», repetían los otros. «Colchón».

Pero Belmoretto había quitado ya de en medio algunas mantas y las había doblado en acordeón según el sistema que conoce todo el que ha estado en la cárcel. Le dijeron que lo dejara, que de todas maneras las mantas no alcanzaban y alguien se quedaría sin nada. Entonces hablaron del inconveniente de dormir sin algo debajo de la cabeza y no todos tenían algo, porque los cestos de los bajaitalia no servían. Entonces Belmoretto ideó todo un sistema de modo que cada hombre apoyara la cabeza en una nalga o un muslo de mujer; era muy difícil a causa de las mantas, pero al final todos se acomodaron y resultaron muchas combinaciones nuevas. Sin embargo, al cabo de un rato todo estaba como antes porque no conseguían quedarse quietos y entonces Belmoretto encontró la manera de venderles cigarrillos y se pusieron a fumar y a contar cuántas noches llevaban sin dormir.

—Nosotros hace ya veinte días que viajamos —dijeron los venecia—, tres veces que tratamos de pasar esa frontera del carajo y nos mandan de vuelta. En Francia la primera cama que veamos será nuestra y dormiremos cuarenta y ocho horas seguidas.

—Una cama —dijo Belmoretto— con sábanas limpias y un colchón de plumas para hundirse dentro. Una cama angosta y caliente, para mí solo.

—¿Y qué decir de nosotros que hacemos siempre esta vida? —dijo el mercadonegro—. Al llegar a casa pasamos una noche en la cama y después fuera, otra vez los trenes.

—Tener una cama limpia, caliente —dijo Belmoretto—. Desnudo, me acostaría

desnudo.

—Seis noches que no nos quitamos la ropa de encima —dijo el bajaitalia—, que no nos cambiamos. Seis noches durmiendo como perros.

—Yo entraría en una casa como un ladrón —dijo un venecia—, pero no para robar. Para meterme en una cama y dormir hasta la mañana.

—O para robar una cama y traerla aquí y dormir —dijo el otro.

A Belmoretto se le ocurrió una idea.

—Esperad —dijo, y desapareció.

Dio unas vueltas bajo los soportales hasta que encontró a María la Loca. Si pasaba la noche sin encontrar un cliente, María la Loca se saltaba una comida al día siguiente, pero no se daba por vencida ni siquiera a las primeras horas de la madrugada y seguía andando por aquellas calles hasta que amanecía, con su pelo de estopa roja y las pantorrillas como botellas. Belmoretto era muy amigo suyo.

En el campamento de la estación seguían hablando de sueño y camas y de que dormían como perros, y esperaban que la oscuridad cediese en los cristales. No habían pasado diez minutos y aparece de nuevo Belmoretto con un colchón arrollado a la espalda.

—Adelante —dijo extendiéndolo en el suelo—, turnos de media hora, cincuenta liras, podéis acomodaros de a dos. ¡Hale!, ¿qué son veinticinco liras por cabeza?

Había alquilado un colchón a María la Loca que tenía dos en su cama y ahora lo subalquilaba por la media hora. Otros viajeros somnolientos que esperaban las combinaciones se acercaron, interesados.

—Adelante —decía Belmoretto—. Yo me encargo de despertaros. Tendemos encima una manta y vualá, nadie os ve y hasta podéis hacer un hijo. Adelante.

Un venecia probó primero, junto con una de las muchachas bajaitalia. La más vieja de los mercadonegro reservó el segundo turno para ella y para el pobre diablo dormido que tenía encima. Belmoretto había sacado ya una libreta y anotaba los pedidos, todo contento.

Al alba le devolvería el colchón a María la Loca y harían cabriolas en la cama hasta avanzado el día. Después, por fin, se dormirían.

## Deseo en noviembre

El frío llegó a la ciudad una mañana de noviembre, con un sol mentiroso suspendido en un cielo hipócritamente tranquilo y despejado, y se dividió en cuchillos de luz por las calles largas y rectas, hizo escapar a los gatos de los aleros para refugiarse en las cocinas todavía apagadas. La gente que se levantaba tarde y no había abierto las ventanas salió con abrigos ligeros repitiendo: «Este invierno tarda en llegar», y se estremecieron al respirar el aire helado. Después pensaron en el carbón y la leña comprados durante el otoño y se felicitaron por haber sido precavidos.

Para los pobres fue un mal día, porque ya no podían dejar para más adelante los problemas que habían descartado hasta ese momento: la calefacción, la ropa. En los jardines públicos, se veía rondar a unos muchachos larguiruchos que echaban un ojo a los magros plátanos esquivando a los guardianes y escondiendo sierras dentadas debajo de los abrigos remendados. Bajo el cartel de una obra de beneficencia que anunciaba la distribución de camisetas y calzoncillos de invierno había un grupo de gente leyendo.

Los asistidos de cierta parroquia debían ir a retirar la ropa a casa de don Grillo. Vivía don Grillo en una vieja casa de escaleras estrechas; la puerta de su piso daba directamente sobre los peldaños, con un rellano casi inexistente. Y en esos peldaños, los días de distribución hacían cola los pobres, uno por uno iban golpeando en la puerta cerrada, entregaban certificados y bonos a un ama calva y lagrimeante, y esperaban en la escalera a que el ama volviese con el mísero atado. En el interior se divisaba una habitación con muebles apolillados y antiguos y a don Grillo enorme y con su voz cavernosa y jovial que, sentado detrás de una mesa llena de paquetes, anotaba todo en un registro.

La cola bajaba extendiéndose a veces por los recodos de la escalera: viudas indigentes que nunca salían de sus buhardillas, mendigos que tosían de mala manera, tipos polvorientos llegados del campo que arrastraban las suelas claveteadas por los peldaños, muchachos flacos y despeinados —emigrados quién sabe de dónde— con sandalias en invierno e impermeable en verano. A veces esa lenta y deforme estela se prolongaba hasta más allá del entresuelo, donde se abría la puerta de cristal de la peletería Fabrizia. Y las señoras elegantes que iban a ver a Fabrizia para renovar el visón o el astracán tenían que pasar pegadas a la barandilla para no rozar a aquellos

andrajosos.

El día en que en casa de don Grillo se distribuían camisetas y calzoncillos se puso en la cola un hombre desnudo. Era un viejo estibador alto y robusto, con una barba descuidada y entremezclada de mechass todavía rubias. Llevaba encima un gran capote militar y nada debajo. Iba abotonado de arriba abajo y la capucha puesta, pero las canillas desnudas terminaban en un par de zapatones sin calcetines siquiera. La gente miraba hacia abajo y se quedaba boquiabierta; él reía tomándoles el pelo. Tenía dos grandes y alegres ojos azules debajo del flequillo blanco que le bajaba por la frente, y una ancha cara avinada y contenta.

Se llamaba Barbagallo y aquel verano le habían robado la ropa en el río mientras trabajaba paleando grava. Hasta aquel momento había tirado con unos pocos trapos y de vez en cuando terminaba en la cárcel o en el asilo de ancianos, pero de la cárcel lo soltaban enseguida, del asilo se escapaba y vagabundeaba por la ciudad y por los pueblos holgazaneando y faenando por horas aquí y allá. La falta de ropa podía ser una buena excusa para pedir limosna o para hacerse meter en la cárcel cuando no tenía lugar mejor a donde ir. Aquella mañana el frío lo había convencido de la necesidad de conseguir ropa y por eso deambulaba desnudo con aquel gran capote, asustando a las muchachas y haciéndose detener por los guardias en cada cruce mientras iba de una obra de beneficencia a otra.

En la cola de la escalera, desde que llegó no se habló más que de él. Y él gesticulaba y mentía intentando cualquier estratagema para poder pasar el primero.

—¡Sí, sí, estoy desnudo! ¿No me veis? ¡Y no sólo las piernas! ¿Queréis que me desabotone? ¡A ver, o me dejáis pasar o me desabotono! ¡Qué va a hacer frío! ¡Nunca lo he pasado mejor! ¿Quiere tocar, señora, si estoy caliente? ¿Que el cura sólo reparte calzoncillos? ¿Y a mí de qué me sirven? ¡Me los llevo y los vendo!

Terminó por sentarse a la cola, sobre el peldaño que era justamente el rellano de la peletería Fabrizia. Las señoras iban y venían, ostentando sus pieles por primera vez aquel año.

—¡Ah! —exclamaban al ver las piernas desnudas del viejo sentado.

—No llame a los guardias, señora, ya me han detenido y enviado aquí a ver si me visten. Y además no se me ve nada, no haga tanta alharaca.

Las señoras pasaban apresuradamente y Barbagallo se sentía rozado por las suaves faldas perfumadas de naftalina y de muguete.

—Buen pelo, señora, no hay nada que decir, se ha de estar caliente ahí debajo.

A cada señora que pasaba él estiraba la mano y le acariciaba la piel. «¡Socorro!», gritaban. Él frotaba su mejilla contra la piel, como un gato.

En la tienda de Fabrizia se celebraba un conciliábulo: ninguna de las mujeres se atrevía a salir. «¿Habría que llamar a la policía?», se preguntaban. «¡Pero si lo han mandado aquí para que se vista!». De vez en cuando entreabrían la puerta: «¿Está todavía ahí?». Una vez Barbagallo metió la cabeza barbuda por la puerta entreabierta, siempre sentado: «¡Uh!». Por poco se desmayan.



Por fin Barbagallo se decidió:

—Vamos a parlamentar.

Se levantó y llamó a la tienda de Fabrizia. Le abrieron dos obreras, una pálida, pura rodilla, y una chiquilla de trenzas negras.

—Llamad a la patrona.

—¡Fuera! —exclamó la muchacha pálida.

Pero Barbagallo no la dejaba cerrar.

—Ve a llamarla —dijo a la otra que dio media vuelta y desapareció—. Simpática —dijo Barbagallo.

La patrona apareció con las clientas.

—¿Cuánto me dais si no me desabotono? —dijo el hombre.

—¿Cómo?

—Bueno, basta de historias.

Empezó a desabotonarse desde el cuello con una mano, mientras tendía la otra. Las señoras se pusieron a buscar monedas en los bolsos y dárselas. Una matrona cargada de joyas parecía no encontrar monedas y lo observaba con sus grasientos ojos pintados. Barbagallo dejó de desabotonarse.

—Entonces, ¿cuánto me da si me desabotono?

—¡Ja, ja, ja! —estalló la obrera de las trenzas.

—¡Linda! —gritó la patrona.

Barbagallo se guardó las monedas en el bolsillo y salió.

—Chao, Linda —dijo.

En la cola había corrido la voz de que no había suficiente ropa para todos.

—¡Primero yo, que estoy desnudo! —dijo Barbagallo y consiguió ponerse a la cabeza.

En la puerta el ama juntó las manos:

—¡Sin nada debajo! ¡Cómo es posible! ¡Espere, no, no entre!

—Déjame pasar, ama, o te tiento con el pecado. ¿Dónde está el reverendo?

Entró en el piso del cura, entre sagrados corazones ensangrentados y en marcos barrocos, cómodas altísimas y crucifijos desplegados en las paredes como pájaros negros. Don Grillo se levantó del escritorio y lanzó una gran risotada:

—¡Ja, ja, ja! ¿Y quién lo ha vestido así? ¡Ja, ja, ja!

—Diga, padre, hoy es el día de las camisetas pero yo vine por pantalones. ¿Los tiene?

El cura se había dejado caer nuevamente en su sillón de alto respaldo y se reía a carcajadas sacudiendo la barriga:

—No, no, jo, jo, jo, no, no tengo...

—No le estoy pidiendo un par de los suyos... Entonces, yo de aquí no me muevo hasta que telefonee al obispo y le pida que le manden un par.

—Eso, eso, hijo mío, al Arzobispado, vaya al Arzobispado, jo, jo, jo, le escribo unas líneas...

—Unas líneas. ¿Y las camisetas?

—Eso, eso, jo, jo, jo, veamos, hijo mío.

Y empezó a desplegar combinaciones de camiseta y calzoncillos largos, pero no encontraba una talla lo bastante grande para Barbagallo. Cuando descubrieron la combinación más grande que había, Barbagallo dijo:

—Me la pongo ahora.

El ama escapó al rellano antes de que él se quitara el gabán.

Una vez desnudo, Barbagallo hizo algunas flexiones para calentarse y después empezó a ponerse la ropa interior. Don Grillo no terminaba de reír viendo a aquel hombre con su cabeza garibaldina, ceñido desde el cuello hasta las muñecas y los tobillos por una camiseta y unos calzoncillos estrechísimos, y sus zapatones en los pies.

—¡Iiih! —gritó Barbagallo y se encogió como si hubiera recibido una descarga.

—¿Qué le pasa, qué tiene, hijo mío?

—¡Me pica, me pica por todas partes...! ¿Qué porquería de camiseta me ha dado, reverendo? ¡Me pica todo el cuerpo...!

—Vamos, vamos, es nueva, es sabido, es nueva, ya se acostumbrará.

—Ay, yo tengo la piel delicada, me había acostumbrado a estar desnudo... ¡Ay, cómo me pica! —y se retorció para rascarse la espalda.

—Vamos, vamos, basta lavarla una vez y se vuelve suave como la seda... Ahora vaya a la dirección que le he dado y tratarán de conseguirle un traje, vaya —y lo empujaba hacia la puerta haciéndole poner el capote.

Barbagallo no ofrecía más resistencia: era un vencido. La puerta se cerró a sus espaldas. Empezó a bajar cabizbajo, lamentándose, palpándose, y todos los que estaban en la cola de la escalera le preguntaban:

—¿Qué le han hecho? ¿Le han pegado? ¡Qué coraje! ¡Un cura: pegarle a un viejo! ¡Pero qué buenos calzoncillos! —y le miraban las canillas enfundadas en la franela blanca.

Barbagallo parecía haber envejecido diez años, los ojos azules rebosantes de lágrimas. Se iba. Pasó delante de la puerta de la peletería. De pronto se volvió, dejó de quejarse, llamó.

La obrera de las trenzas asomó la cabeza.

—Pero... —dijo.

—Mira —dijo Barbagallo con una sonrisa en la cara todavía llorosa, y señaló los calzoncillos blancos a la altura de los tobillos.

Y la chica exclamó:

—¡Oh!

Él ya había entrado.

—¡Llama a la patrona, enseguida!

La chica obedeció. Con un salto Barbagallo se escondió en una habitación lateral y se encerró con llave.

La señora Fabrizia llegó, no lo vio y volvió meneando la cabeza:

—Por qué no encerrarán a los locos, me pregunto...

Apenas la llave giró en la cerradura, Barbagallo se arrancó el capote, la camiseta, los zapatos, los calzoncillos y respiró, beatífico, por fin desnudo. Se vio reflejado en un gran espejo, dilató los músculos, hizo flexiones. No había calefacción y hacía un frío que pelaba, pero él estaba satisfecho. Entonces empezó a mirar a su alrededor. Se había encerrado en el depósito de Fabrizia. Colgadas a lo largo de un perchero estaban todas las pieles en fila. Los ojos del viejo estibador brillaron de alegría. ¡Piel! Comenzó a pasar la mano de una a otra, como si tocara el arpa; después restregó en ellas un hombro, la cara. Eran visones grises y solapados, astracanes de abandonada blandura, zorros plateados como nubes herbosas, *petit-gris* y martas levísimas y esquivas, castores marrones sólidos y conciliadores, conejos bonachones y decorosos, blancos cabritos veteados, secos al roce, leopardos de caricia estremecedora. Barbagallo se dio cuenta de que daba diente con diente de frío. Entonces cogió una chaqueta de cordero y se la probó: le iba que ni pintada. Con un zorro se ciñó los flancos, haciendo girar la cola como taparrabo. Después se arrebujó en una piel de *dik-dik* que debía de ser para una gigantona, tan suavemente lo envolvía. Encontró también un par de botas forradas de castor y después un bonito colbac: estaba realmente bien, ahora el manguito y listo. Se pavoneó un rato delante del espejo: no conseguía distinguir su barba del pelo de animal.

El perchero estaba todavía repleto de pieles. Barbagallo fue arrojándolas al suelo una por una hasta hacer una cama amplia y suave para hundirse en ella. Entonces se tumbó y se echó encima, en avalancha, todas las pieles que quedaban. Hacía un calor que daba lástima dormir, tan delicioso era refocilarse en él, pero el viejo estibador resistió poco y se hundió en un sereno sueño sin sueños. Se despertó y vio la noche por la ventana. Todo alrededor, silencio. Seguramente la peletería estaba cerrada y quién sabe cómo haría para salir. Prestó atención: le pareció oír un acceso de tos en la habitación de al lado. Por debajo de la puerta se filtraba una luz.

Se levantó, enjaezado de visones y zorros y antílopes y colbacs, y abrió lentamente la puerta. A la luz de una lámpara la obrera de las trenzas negras cosía inclinada sobre una mesita. Dado el valor de la mercancía guardada en el depósito, la señora Fabrizia obligaba a una muchacha a dormir en una camita en el taller, para que diera la señal de alarma en caso de robo.

—Linda —dijo Barbagallo.

La chica vio con los ojos desorbitados a aquel gigantesco oso humano en la penumbra, con los brazos metidos en el manguito de astracán. Dijo:

—Espléndido...

Barbagallo dio unos pasos de un lado a otro, pavoneándose como una modelo.

Linda dijo:

—... Pero ahora tengo que llamar a la policía.

—¡La policía! —Barbagallo lo tomó mal—. Pero si yo no robo nada. ¿De qué me

serviría? No puedo andar así por las calles. Vine aquí solamente para quitarme la camiseta que me picaba.

Se pusieron de acuerdo en que él pasaría allí la noche y se marcharía por la mañana, a primera hora. Además Linda sabía cómo lavar la ropa para que no picase y se la lavaría.

Barbagallo la ayudó a retorcerla y a poner la cuerda para tenderla cerca de una estufita eléctrica. Linda tenía unas manzanas reinetas y las comieron.

Barbagallo dijo:

—Veamos cómo te quedan a ti estas pieles.

Y se las hizo probar todas, en todas las combinaciones, con trenzas y con el pelo suelto, y cambiaron impresiones acerca de la suavidad de los diversos tipos sobre la piel desnuda.

Al final construyeron una cabaña toda de pieles, grande como para acostarse los dos y se metieron dentro a dormir.

Cuando Linda se despertó, él ya se había levantado y se ponía la camiseta y los calzoncillos. Por la ventana entraba el alba.

—¿Ya está seca la ropa?

—Un poco húmeda, pero tengo que irme.

—¿Pica todavía?

—Qué va, estoy como un papa.

Ayudó a Linda a poner en orden todo el depósito, se puso el capote militar y la saludó desde la puerta.

Linda se quedó mirándolo mientras se alejaba, con la franja blanca de los calzoncillos entre el capote y los zapatones y la orgullosa melena al aire frío de la madrugada.

Barbagallo no tenía intención de ir al Arzobispado a buscar el traje: se le había ocurrido la idea de recorrer las plazas de los pueblos en camiseta y calzoncillos haciendo exhibiciones de fuerza.

## Ahorcamiento de un juez

Aquella mañana el juez Onofrio Clérici notó un aire distinto en el ir y venir de las gentes. Atravesaba todos los días la ciudad en un carruaje frágil, desde su casa hasta el Palacio de Justicia, y allí la gente llenaba las aceras, con aquel dejar caer cansadamente los hombros, los amontonamientos alrededor de las morenas vendedoras de castañas, los gritos de ciegos: lotería... millones... Y los golpes sordos de los cuadernos en las carteras cuadradas de los escolares y las cestas rebosantes de berzas y apios roídos por las babosas.

Hoy parecía que algo distinto movía a aquella plebe: en las comisuras de los párpados aparecía el blanco del ojo en fríos triángulos y, entre los labios, los dientes. Y los abrigos y los chales trazaban contornos angulosos más netos sobre los hombros caídos: y el borde de las barbillas sobresalía por encima de los cuellos de los jerséis y sobre las solapas; y el juez Onofrio Clérici tenía una sensación creciente de incomodidad.

Hacía semanas que los signos trazados con tiza en las paredes de su casa se multiplicaban y crecían, dibujos de horcas y de hombres colgados de horcas, y los ahorcados llevaban siempre el birrete alto de juez, cilíndrico y ancho arriba, con un lazo redondo. Hacía tiempo que el juez Onofrio Clérici había comprendido que la gente lo odiaba y que murmuraba en la sala al oír la sentencia, y en las declaraciones las viudas gritaban más contra él que contra los acusados; pero él estaba seguro de lo que hacía, y también él los odiaba, odiaba a esa gentuza consumida, incapaz de responder en el tono justo en las declaraciones, que no sabía sentarse respetuosa del público, esa gentuza siempre cargada de hijos y de deudas y de ideas equivocadas: los italianos.

Hacía tiempo que el juez Onofrio Clérici había comprendido quiénes son los italianos: mujeres siempre embarazadas con niños cubiertos de costras en los brazos, muchachos de mejillas azuladas que cuando no hay guerra sólo sirven para desempleados y para vender tabaco en las estaciones, viejos con asma y hernia y manos tan llenas de callos que no pueden sostener la pluma para firmar el acta: una caterva de descontentos, de llorones y de pendencieros, a quienes si no se les pone freno lo quieren todo para ellos y se instalarían por todas partes arrastrando a sus críos llenos de costras y sus hernias, y pisoteando cáscaras de castaña en el suelo.

Por suerte estaban ellos, la raza de las personas decentes, una raza de piel lisa y floja, de pelos en la nariz y en las orejas, de nalgas estables como cimientos sobre sillones tapizados, una raza tintineante de distinciones, condecoraciones, collares, impertinentes, gafas, aparatos acústicos, dentaduras postizas; una raza crecida durante siglos sobre los sillones barrocos de las cancillerías de antiguos reinos; una raza que sabe hacer las leyes y aplicarlas y hacerlas respetar en la medida en que le conviene; una raza unida por un secreto entendimiento, por un descubrimiento común: que los italianos son una gentuza asquerosa y que en Italia se estaría mejor si no hubiera italianos, o por lo menos si no se hicieran notar tanto.

El juez Onofrio Clérici llegó al Palacio de Justicia, que estaba viejo y medio desmantelado por los bombardeos, apuntalado por vigas podridas, con el revoque descascarado y los frisos barrocos del frontón derruidos. Como siempre en los procesos, se agolpaba delante del portón cerrado una multitud que los guardias metían en cintura. Se había hecho costumbre reservar el espacio del público a parientes y amigos del acusado y a personas en todo caso fiables y respetuosas; sin embargo, alguno de la multitud conseguía siempre introducirse en la sala y encontrar un lugar en los bancos del fondo, perturbando la audiencia con protestas y siseos. Los otros se quedaban afuera para alborotar con quejas y amenazas, y algunos llegaban a enarbolar carteles, y el jaleo llegaba por momentos a la sala, poniendo nervioso al juez Onofrio Clérici y confirmándolo en su odio hacia esos italianos tan petulantes e invasores en cosas que no conocen.

Aquel día, sin embargo, la multitud estaba insólitamente callada y compuesta y no se alzó de ella un murmullo hostil al ver bajar al juez Onofrio Clérici del destartado carruaje para entrar en el Palacio de Justicia por la puertecita lateral.

Ya en el interior del Palacio de Justicia, la sensación de malestar se calmó un poco en el corazón del juez: allí todos eran personas amigas, jueces y procuradores y abogados, gente decente, con su sonrisa tragada en la comisura de los labios y ese latido, en los costados de la garganta, como de branquias de rana. Eran gentes moderadas y tranquilas: en el gobierno y en todos los altos cargos del Estado había gentes así, de párpados bajos y gargantas de rana, y poco a poco los petulantes italianos entrarían en razón y se resignarían a las costras y a las hernias que soportaban desde hacía siglos.

Esperando el comienzo de la audiencia, mientras el tribunal se envolvía en las togas negras, un abogado con la cara llena de verrugas había sacado del bolsillo un periódico contra los italianos, y con grandes risas mostraba a los otros hombres de leyes grotescos dibujos donde los italianos eran representados como personas zafias y monstruosas, con gorras de visera y ridículos garrotes. Sólo uno de ellos no reía de los dibujos: era el nuevo secretario, un viejecito con la cabeza en forma de piña y apariencia afable y respetuosa: los magistrados, uno por uno, iban desplazando los ojos congestionados de risa hacia la cara triste y arrugada del secretario y la risa se ahogaba en aquellas gargantas de rana. «Ese tipo no es de fiar», pensó el juez Onofrio

Clérici.

Después entró el jurado. Los procesos que el juez Onofrio Clérici presidía en aquellos tiempos no eran los procesos habituales contra cuatro muertos de hambre, autores de robos con destrozos. Eran procesos contra gentes que habían hecho arrestar y fusilar a los italianos en tiempos de una guerra pasada, y el juez Onofrio Clérici, al oír el relato de sus casos, se había convencido de que eran gentes respetables, gentes que seguían sus propias ideas, gentes que todavía hacían falta para tener a raya a esos italianos palurdos, siempre demacrados y consumidos, siempre con el hambre en los huesos y sacando a relucir nuevas quejas.

Pero el juez Onofrio Clérici dominaba las leyes, leyes hechas siempre por ellos, por los hombres de garganta de rana, aun cuando parecieran hechas para favorecer a esos pobres diablos italianos; sabía que a las leyes se les puede dar la vuelta como se quiera y hacer llamar blanco al negro y negro al blanco. Entonces los absolvía a todos, y después de los procesos la multitud se quedaba en la plaza desgañitándose hasta tarde, y mujeres de luto lloraban con altos gritos a sus hombres ahorcados.

Mientras el juez Onofrio Clérici ocupaba su sillón, examinó al público: parecían todas gentes de fiar, gentes de dientes largos y salientes, de cuellos almidonados que cortaban la nuca, de cejas posadas en lo alto de las narices como pajarracos, y señoras de descarnados pescuezos amarillos que sostenían sombreros con velo. Pero ahondando la mirada el juez notó que toda la última fila de bancos estaba ocupada por una gentuza que se había entrometido a pesar de las disposiciones: pálidas muchachas de trenzas, mutilados con la barbilla apoyada en la muleta, hombres de ojos celestes rodeados de arrugas, ancianos de gafas remendadas con cordel, viejecitas arrebuajadas en sus chales. Esta última fila de bancos estaba un poco separada de la penúltima y los intrusos estaban sentados inmóviles, de brazos cruzados, y lo miraban todos a la cara, a él, el juez.

El malestar estrechaba cada vez más su cerco en torno al corazón del juez Onofrio Clérici. Había dos guardias a los lados del banco del tribunal que estaban allí sin duda para protegerles de las eventuales protestas de aquellos desesperados, pero tenían una cara diferente de la de los guardias habituales, una cara pálida y melancólica, con mechadas de pelo rubio aplastadas por el borde del quepis. Y, además, ese secretario que parecía escribir por su cuenta, siempre inclinado sobre la mesa.

El acusado ya estaba en la jaula, impasible, con un traje pulcro y bien planchado. Tenía el pelo de un gris opaco cuidadosamente peinado, un pelo que nacía cerca de los ojos y de los pómulos; y unas pupilas clarísimas que parecían apagadas en el contorno un poco enrojecido de los párpados sin pestañas ni cejas; los labios eran protuberantes, pero del mismo color que la piel; al separarlos mostraba unos incisivos grandes y cuadrados. Bajo la piel afeitada la barba había dejado una sombra como de mármol. Las manos, agarradas con gesto calmo a los barrotes, eran de dedos gruesos y chatos como sellos de correos.

Empezó la audiencia. Los testigos eran los pobres diablos de siempre, gentecilla

llena de quejas: gritaban, especialmente las mujeres, tendiendo el brazo hacia la jaula: «Es él... lo vi con mis propios ojos... dijo: “Ahí tenéis vuestro merecido, bandidos”... hijo único... mi Gianni... eso dijo: “No quieres hablar, perro, toma, ahí tienes”...».

Gentes que no saben hacer declaraciones como Dios manda, pensaba el juez Onofrio Clérico, gente desordenada, indisciplinada e irrespetuosa: en realidad aquel hombre en la jaula había sido un superior, y ellos no le habían obedecido. Ahora les daba una lección de comportamiento, impasible en aquella jaula, mirándolos con sus pupilas incoloras, sin negar, con un leve aire de tedio.

El juez Onofrio Clérico envidiaba esa calma. Su sensación de malestar iba en aumento. Afuera, los martillazos de los obreros que trabajaban en el patio del Palacio de Justicia le ponían nervioso. Sin duda estaban apuntalando el edificio siempre tambaleante: por las altas ventanas eclesiásticas de la sala se veían ejes y tablas transportados por brazos desnudos: «¿Por qué trabajarán mientras aquí se celebra una audiencia?», se preguntaba el juez Onofrio Clérico, y varias veces estuvo a punto de mandar al ujier para que les dijera que acabaran, pero cada vez algo lo contenía.

Gracias a los testimonios iba reconstruyéndose la escena del cargo más importante: una matanza de hombres y mujeres y viejos en la plaza de un pueblo después incendiado. Poco a poco la visión del cúmulo de cadáveres en medio de la plaza iba presentándose claramente ante los ojos del juez Onofrio Clérico; y él interrogaba con meticulosidad y rigor para reconstruir la escena en sus detalles más ínfimos. Los muertos habían permanecido en la plaza un día y una noche, sin que nadie pudiera acercárseles; Onofrio Clérico pensaba en aquellos cuerpos amarillos y huesudos, en sus asquerosos trapos empapados de sangre grumosa, con grandes moscas negras que se posaban en los labios, en las narices. El público de la última fila seguía conservando la calma, quién sabe por qué; y el juez Onofrio Clérico, para vencer la turbación que le inspiraban, trató de imaginárselos, muertos y amontonados, con los ojos abiertos como agujeros y gusanos de sangre debajo de las narices.

—Entonces él se acercó a nuestros muertos —dijo un viejo testigo barbudo y encorvado—, yo lo vi: y se detuvo delante de ellos y les hizo a nuestros muertos algo que a mí me da asco hacerle a él: escupió.

El juez Onofrio Clérico veía a aquellos muertos italianos ya amarillos, los ombligos lívidos al aire, las faldas levantadas sobre las piernas huesudas, y sentía que la saliva subía también a sus labios. Miró los labios del acusado, hinchados y pálidos: sería magnífico ver asomar una perla de saliva entre aquellos labios, uno sentía casi la necesidad secreta de verlo. Y al recordarlo, el acusado separaba los labios, y sobre los dientes incisivos grandes y cuadrados aparecía una leve espuma; ah, cómo comprendía el juez Onofrio Clérico el asco del acusado, ese asco que le había hecho escupir a los muertos.

El defensor pronunciaba su arenga: era el hombrecito bajo y panzudo, con la cara llena de verrugas, que se divertía tanto con los dibujos contra la pobre gente. Elogió



los méritos del acusado, su actividad de funcionario celoso, enteramente dedicado a la salvaguardia del orden: considerando todos los atenuantes, pidió el mínimo de años de pena.

El juez Onofrio Clérico no sabía dónde mirar durante la arenga. Si posaba los ojos en el público, enseguida le ponía nervioso la mirada de aquellos italianos del fondo, de ojos interminablemente abiertos hacia él. Y aquellos martillazos y aquellas tablas que no terminaban de pasar, afuera... Ahora, del otro lado de la ventana se veía una cuerda y dos manos que la desenrollaban como para ver cuán larga era. ¿Para qué podía servir aquella cuerda?

Ahora hablaba el fiscal. Era un hombre de huesos largos, que se apoyaba en las aristas salientes de las caderas y separaba unas quijadas caninas atravesadas por cortinas de baba. Comenzó a hablar de la necesidad de hacer justicia a los muchos crímenes cometidos en aquellos tiempos y de castigar a los verdaderos culpables; después añadió que el acusado no era por cierto uno de ellos y que no pudo sino haber hecho lo que había hecho. Terminó pidiendo la mitad de la pena requerida anteriormente por el defensor del acusado.

El público de las primeras filas aplaudió con un extraño ruido de huesos y nalgas. El juez Onofrio Clérico pensaba: ahora los del fondo gritarán. Pero seguían siempre inmóviles y atentos, váyase a saber qué les pasaba.

El jurado se retiró a la salita contigua para deliberar. Por una ventana de la salita se veía bien el patio y finalmente el juez Onofrio Clérico pudo entender el trabajo que habían hecho afuera con aquellas vigas y aquella cuerda. Una horca: habían construido una horca justo en medio del patio; ahora estaba terminada y allí se quedaba enjuta y negra, con el nudo corredizo colgando; los obreros se habían marchado.

«Estúpidos e ignorantes», pensó el juez Onofrio, «creen que el acusado ha sido condenado a muerte, por eso han levantado una horca. ¡Pero ya les enseñaré yo!». Y para darles una lección, propuso a la corte, empleando argucias jurídicas que sólo él conocía, que el acusado fuese absuelto. El Tribunal aprobó por unanimidad su propuesta.

A la lectura de la sentencia el más emocionado era el juez. Nadie pestañeó, ni el acusado con sus dedos como sellos postales ciñendo los barrotes, ni el público decente, ni los intrusos. Las muchachas pálidas y trenzadas, los mutilados, las viejas con sus chales, estaban de pie, la cabeza alta, formando un coro de miradas llameantes.

El secretario se acercó para hacer firmar la sentencia al juez; por la humilde tristeza con que le sometía las hojas parecía que le daba a firmar una condena de muerte. Las hojas: porque debajo de la primera, había una segunda cuyo margen inferior el secretario sólo descubrió cuando deslizó encima la otra. Y el juez firmó también ésta. Sentía sobre él las miradas llameantes de las gafas atadas con cordel, de los arrugados ojos celestes. Sudaba, el juez.

He aquí que ahora el secretario quitaba la primera hoja y la siguiente: debajo, en la segunda hoja, el juez Onofrio Clérici leyó: Onofrio Clérici, juez, culpable de habernos insultado y escarnecido a nosotros, pobres italianos, es condenado a morir en la horca.

Los guardias de tristes caras rubias se pusieron a su lado. Pero no lo tocaron.

—Juez Onofrio Clérici —dijeron—. Ven con nosotros.

El juez Onofrio Clérici se volvió. Los guardias, uno a un lado, el otro a otro, sin tocarlo lo sacaron por una puertecita al patio desierto, hasta el pie de la horca.

—Sube a esa horca —dijeron.

Pero no lo empujaban.

—Sube —dijeron.

Onofrio Clérici subió.

—Mete la cabeza en el lazo —dijeron.

El juez introdujo la cabeza en el lazo corredizo. Los otros casi no lo miraban.

—Ahora, dale una patada al banco —dijeron y se fueron.

El juez Onofrio Clérici volcó el banquito y sintió que la cuerda le apretaba el cuello, que la garganta se le cerraba como un puño, que los huesos se le rompían. Y los ojos como grandes gusanos negros le salían de la cuencas de las órbitas, como si la luz que buscaban pudiera convertirse en aire, y entretanto la oscuridad se iba espesando en las pilastras del patio desierto; desierto porque la gentuza italiana no había ido siquiera a verlo morir.

## El gato y el policía

Desde hacía un tiempo habían empezado en la ciudad las batidas en busca de armas escondidas. Los policías subían a las camionetas con cascos de cuero que les daban fisonomías uniformes e inhumanas, y recorrían los barrios pobres haciendo sonar la sirena rumbo a la casa de algún peón o algún obrero, a revolver la ropa blanca en los cajones y desmontar estufas. En esos días una angustia violenta se adueñaba del ánimo del agente Baravino.

Baravino, que estaba sin empleo, se había metido poco antes en la policía. No hacía mucho, pues, se había enterado de que en el fondo de aquella ciudad aparentemente plácida y laboriosa había un secreto: detrás de las paredes de cemento que se alineaban a lo largo de las calles, en recintos apartados, en sótanos oscuros, se ocultaba un bosque de armas brillantes y amenazadoras como púas de erizo. Se hablaba de yacimientos de metralletas, de depósitos subterráneos de proyectiles; había, se decía, quien detrás de una puerta tapiada guardaba un cañón entero en una habitación. Como trazas de metal que indican la cercanía de una región minera, en las casas de la ciudad se encontraban pistolas cosidas dentro de los colchones, fusiles clavados debajo de los suelos. El agente Baravino se sentía incómodo entre sus gentes; le parecía que en cada alcantarilla, en cada montón de escombros se ocultaban incomprensibles amenazas; a menudo pensaba en el cañón escondido y llegaba a imaginarlo en el saloncito ordenado de la casa donde servía su madre y al que había entrado una vez, de niño: una de esas habitaciones que permanecen cerradas años y años. Veía el cañón entre los divanes de terciopelo desteñido, guarnecidos de encaje, las ruedas embarradas en la alfombra y la cureña tocando la araña de luces, tan grande que llenaba todo el saloncito y raspaba el barniz del piano.

Una noche la policía hizo una batida en los barrios obreros y rodeó toda una casa. Era un gran edificio destartado, como si sostener tanta humanidad amontonada hubiese deformado los suelos y los muros, reduciéndolos también a una vieja carne porosa, callosa y encostrada.

Alrededor del patio atestado de cubos de basura corrían en cada planta las barandillas oxidadas y torcidas de las galerías de hierro; y de esas barandillas y de los cordeles tendidos de una a otra, ropa tendida y trapos, y, a lo largo de los balcones, puertas-ventana con tablones en lugar de cristales, atravesadas por los tubos negros

de las estufas, y, al final de los balcones, las casetas de los retretes, una sobre la otra formando torres descascaradas, todo así, una planta sobre la otra, interrumpidas por los ventanucos de los entresijos llenos del ruido de las máquinas de coser y del vapor de la sopa, hasta arriba, hasta las rejas de los desvanes, los aleros torcidos, los andrajosos tragaluces abiertos como hornos.

Un laberinto de desvencijadas escaleras atravesaba desde los sótanos hasta el techo el cuerpo de la vieja casa, como negras venas de innumerables ramificaciones, y en las escaleras, desparramadas como al azar, se abrían las puertas de los entresijos y de los promiscuos apartamentos. Los agentes subían sin lograr cubrir el sonido lúgubre de sus propios pasos, y trataban de descifrar los nombres escritos en las puertas, y daban vueltas y vueltas en fila india por aquellas galerías resonantes, entre caras de niños y de mujeres despeinadas.

Baravino iba con ellos, indiferenciable bajo el casco de autómatas que arrojaba una sombra cruda sobre sus nublados ojos celestes; pero su alma era presa de confusa turbación. Enemigos, le habían dicho, enemigos de ellos, los policías y las gentes de orden, se escondían en aquella casa. El agente Baravino miraba desalentado las habitaciones por las puertas entreabiertas: en cada armario, detrás de cualquier jamba podían ocultarse armas terribles, ¿por qué cada inquilino, cada mujeruca lo miraba con aflicción mezclada de ansiedad? Si alguno de ellos era el enemigo, ¿por qué no habían de serlo todos? Detrás de las paredes de las escaleras las basuras arrojadas por los conductos verticales caían con un ruido sordo; ¿no podían ser las armas, de las que se apresuraban a deshacerse?

Se metieron en una habitación de techo bajo donde una pequeña familia cenaba en torno a una mesa con mantel a cuadros rojos. Los niños gritaron. Sólo el más pequeño, que comía sobre las rodillas del padre, lo miró callado, con sus ojos negros y hostiles.

—Orden de registro de la casa —dijo el sargento esbozando una venia y haciendo saltar los cordoncitos de colores sobre su pecho.

—¡Virgen santa! ¡A nosotros, pobres gentes! ¡A nosotros, que hemos sido honrados toda la vida! —dijo una vieja, llevándose la mano al corazón.

El padre estaba en camiseta, con una cara ancha y clara, punteada de una barba dura, difícil de afeitar; daba de comer al pequeño con su cuchara. Primero les echó una mirada de reojo, quizás irónica; después se encogió de hombros y siguió ocupándose del niño.

La habitación estaba tan llena de policías que era imposible moverse. El sargento daba órdenes inútiles y, en vez de dirigir, estorbaba. Baravino miraba con temor cada mueble, cada armario. Ya: ese hombre en camiseta era el enemigo, y claro que, si no lo había sido hasta ese momento, ahora lo era, irremediablemente, al ver volcar los cajones y arrancar de las paredes las imágenes de la Virgen y los retratos de los parientes muertos. Y si era su enemigo, claro, su casa estaba llena de insidias: cada cajón de la cómoda podía contener metralletas desmontadas, todas en orden; si abría

las puertas del aparador, bayonetas caladas podían apuntarle al pecho; debajo de las chaquetas colgadas en el perchero tal vez se balanceaban ristras de balas doradas; cada cacerola, cada sartén ocultaba una solapada bomba de mano.

Baravino movía molesto los largos, delgados brazos. Se oyó un tintineo en un cajón: ¿puñales? No: cubiertos. Una cartera resonó: ¿bombas? Libros. El dormitorio estaba tan atestado que no se podía pasar: dos camas matrimoniales, tres catres, dos colchones echados en el suelo. Y en la otra punta de la habitación, sentado en una camita, un niño con dolor de muelas que se echó a llorar. El agente quería abrirse paso entre aquellas camas para tranquilizarlo, pero ¿si hubiera estado vigilando un arsenal disimulado, si debajo de cada jergón hubiera el fuste de un mortero?

Baravino daba vueltas y vueltas sin revolver en ninguna parte. Trató de abrir una puerta: se resistía. ¡Tal vez el cañón! Se lo imaginaba en el saloncito de aquella casa de su pueblo, con un florero de rosas artificiales asomando por la boca del cañón, un pasamano de encaje sobre el broquel y estatuillas de cerámica posadas con inocencia sobre el mecanismo. La puerta cedió de golpe: no era un saloncito sino un trastero, con sillas de paja rotas y cajones. ¿Pura dinamita? ¡Eso es! Baravino vio en el suelo la marca de dos ruedas; algo con ruedas se había arrastrado desde la habitación por un estrecho corredor. Baravino siguió las huellas. Era el abuelo que avanzaba en su cochecito lo más rápido que podía. ¿Por qué escapaba el viejecito? ¡Tal vez la manta sobre las piernas le servía para esconder un hacha! ¡Yo paso a su lado y el viejo me parte la cabeza de un hachazo! Pero iba al retrete. ¿Y si estuviera allí el secreto? Baravino corrió por la galería, pero la puerta de la caseta se abrió y salió una niña con un lazo rojo y un gato entre los brazos.

Baravino pensó que debía hacerse amigo de los niños y hacerles preguntas. Estiró una mano para acariciar al gato.

—Gatito lindo —dijo. El gato casi le saltó encima; era un gato gris y flaco, de pelo corto, puro tendón. Le rechinaban los dientes y se movía a saltos como un perro —. Gatito lindo.

Baravino trató de acariciarlo, como si el problema para él estuviera en hacerse amigo de aquel gato. Pero el gato se desvió hacia un lado y escapó, volviéndose de vez en cuando con miradas malévolas.

Baravino daba brincos por el balcón persiguiéndolo. «Gatito lindo, gatito», decía. Entró en una habitación donde trabajaban dos muchachas inclinadas sobre sus máquinas de coser. En el suelo había montones de retales. «¿Armas?», preguntó el agente, y desparramó las telas con el pie, y se quedó trabado y envuelto en rosa y lila. Las chicas se echaron a reír.

Dio vueltas por un pasillo y una rampa de escalera; parecía que el gato a veces lo esperaba, pero cuando estaba más cerca escapaba saltando sobre sus cuatro patas rígidas. Desembocó en otra galería: estaba ocupada por una bicicleta con las ruedas al aire; un hombrecito en overol buscaba un agujero en un neumático sumergiéndolo en un recipiente con agua. El gato estaba ya al otro lado.

—Con permiso —dijo el agente.

—Aquí está —dijo el hombrecito, y lo invitó a mirar: mil burbujas que salían de la goma se levantaban en el agua.

«¿Permiso?». ¿Y si estuviera todo preparado para obstruirle el camino o para hacerlo saltar por encima de la barandilla?

Pasó. Había sólo un catre en la habitación y un muchachito acostado boca arriba, el torso desnudo, fumando con las manos debajo de la cabeza rizada. Aire sospechoso.

—Disculpe, ¿ha visto un gato?

Era una buena excusa para registrar debajo de la cama. Baravino estiró una mano y recibió un picotazo. Saltó una gallina criada a escondidas en la casa, a pesar de los decretos municipales. El muchachito de torso desnudo no pestañeó: seguía fumando.

Tras atravesar un rellano el agente se encontró en el taller de un sombrerero con grandes gafas.

—Registro... orden... —dijo Baravino, y una pila de sombreros: flexibles, de paja, de copa, cayó y se desparramó por el suelo. El gato saltó desde una cortina, jugó rápidamente con los sombreros y escapó. Baravino ya no sabía si se las había tomado con ese gato o si sólo quería hacerse amigo de él.

En el centro de una cocina había un viejecito con gorra de cartero y pantalones arremangados, tomando un baño de pies. Apenas vio al agente, con una risita le señaló otra habitación. Baravino se asomó.

—Socorro —gritó una señora gorda casi desnuda.

Baravino, pudoroso, dijo:

—Disculpe.

El cartero se reía, burlón, las manos sobre las rodillas. Baravino volvió a atravesar la cocina y salió a la terraza.

La terraza estaba empavesada con ropa tendida. El agente caminaba por corredores ciegos y blancos, en un laberinto de sábanas: de vez en cuando el gato aparecía arrastrándose debajo de una y desaparecía aplastándose debajo de otra. De pronto Baravino tuvo miedo de haberse perdido; tal vez se había quedado afuera, y sus camaradas habían abandonado el edificio y él era prisionero de aquella gente justamente ofendida, prisionero de aquellas blancas ropas tendidas. Por fin encontró un hueco y consiguió asomarse a un pretil. Abajo se abría el pozo del patio donde las luces empezaban a encenderse alrededor de las galerías de hierro. Y a lo largo de las barandillas, por las escaleras, subiendo y bajando, Baravino vio, no sabía si con alivio o con ansiedad, el hormiguero de policías y oía las órdenes, los gritos de miedo, las protestas.

El gato se había sentado en el pretil, a su lado, y movía la cola mirando hacia abajo con aire indiferente. Pero cuando él se movió, escapó de un salto: una escalerilla llevaba a un tragaluz por el que el gato desapareció. El agente lo siguió: ya no tenía miedo. El atillo estaba casi vacío: afuera la luna empezaba a brillar sobre las

casas negras. Baravino se había quitado el casco: su cara volvía a ser humana, una cara delicada de muchacho rubio.

—Ni un paso más —dijo una voz—, te tengo a tiro de pistola.

En el alféizar de la gran ventana se acurrucaba una chica de pelo largo hasta los hombros, pintada, con medias de seda y sin zapatos, y con voz resfriada deletreaba a la última luz de la tarde una revista ilustrada, con unas pocas frases en letras de imprenta.

—¿Pistola? —dijo Baravino y la agarró de la muñeca como para abrirle el puño.

Apenas la chica movió el brazo, el jersey se le abrió en el pecho y el gato ovillado saltó por el aire, hacia él, el agente Baravino, rechinando los dientes. Pero el agente comprendió que todo era un juego.

El gato escapó por los tejados y Baravino, asomado a la barandilla baja, lo miraba correr libre y seguro por las tejas.

—Y Mary vio junto a su cama —seguía leyendo la chica— al *baronet* en frac apuntándole con el arma.

Alrededor se encendían las luces en las casas de los obreros, altas y solitarias como torres. El agente Baravino veía abajo la enorme ciudad: construcciones geométricas de hierro se alzaban dentro de los recintos de las fábricas, ramas de nubes se movían sobre los tubos de las chimeneas que atravesaban el cielo.

—¿Queréis mis perlas, sir Enrico? —deletreaba obstinada la voz acatarrada—. No, te quiero a ti, Mary.

Al levantarse el viento, Baravino vio delante aquella intrincada extensión de cemento y de hierro; desde mil escondrijos el puercoespín erguía sus púas. Ahora estaba solo en territorio enemigo.

—Poseo la riqueza y la elegancia, vivo en un lujoso palacio, tengo joyas y servidumbre, ¿qué más puedo pedir a la vida? —proseguía la chica y sus negros cabellos llovían sobre la página historiada de mujeres serpentina y hombres de sonrisa brillante.

Baravino oyó la estridencia de los silbatos y el estruendo de los motores: la policía abandonaba el edificio. Él hubiera querido huir bajo las cadenas de nubes del cielo, enterrar su pistola en un gran hoyo cavado en la tierra.

## ¿Quién puso la mina en el mar?

En la villa del financiero Pomponio los invitados tomaban el café en la galería. Estaba el general Amalasunta explicando con las tacitas y las cucharillas la tercera guerra mundial y la señora Pomponio decía: «¡Espantoso!», sonriendo, como mujer de sangre fría que era.

Sólo la señora Amalasunta se hacía un poco la consternada y podía permitirselo dado que su marido era tan valiente que quería la guerra total enseguida, en cuatro frentes. «Esperemos que no dure mucho...», decía ella.

Pero el periodista Strabonio era escéptico: «Eh, eh, todo está previsto», decía. «¿Recuerda, excelencia, aquel artículo mío, ya el año pasado...?».

«Eh, sí», asentía Pomponio, porque aquel artículo Strabonio lo había escrito después de una conversación con él.

—Con todo, no debe excluirse... —dijo el senador Uccellini, que no había conseguido demostrar claramente la misión pacificadora del papado antes, durante y después del inevitable conflicto.

—Pero sí, sí, senador... —dijeron los otros en tono conciliador.

La mujer del senador era la amante de Pomponio y no se le podían dar tantos disgustos.

El mar se veía por las separaciones de la cortina a rayas, restregándose contra la playa como un tranquilo gato inconsciente que arqueaba el lomo al paso de la brisa.

Entró un criado y preguntó si querían mariscos. Había venido un viejo, dijo, con una cesta llena de erizos y de lapas. La discusión pasó del peligro de guerra al peligro del tifus, el general citó los episodios africanos, Strabonio citó episodios literarios, el senador les daba la razón a todos. Pomponio, que era un entendido, dijo que hiciera entrar al viejo con los mariscos y que él escogería.

El viejo se llamaba Bachí de los Escollos; discutió con el criado porque no quería que tocara las cestas. Las cestas eran dos, medio destejidas y mohosas: una la tenía apoyada en el flanco y, apenas entró, la dejó caer al suelo; la otra, que llevaba sobre el hombro, retorciéndose todo, debía de ser pesadísima y la depositó en el suelo con mucho cuidado. Estaba tapada con una tela de saco atada alrededor.

Cubría la cabeza de Bachí una lanosidad blanca, sin diferencia entre pelo y barba. La poca piel desnuda era roja como si desde hacía años el sol no consiguiera



broncearla, sino sólo hervirla y desollarla; y los ojos eran sanguinolentos como si hasta las legañas se hubieran transformado en sal. Tenía un cuerpo corto, de muchacho, con miembros nudosos que asomaban entre los andrajos del traje vetusto, puesto sobre la piel, sin camisa siquiera. Los zapatos debía de haberlos pescado en el mar, tan deformados, dispares, acartonados estaban. Y de toda su persona brotaba un fuerte olor a algas podridas. Las señoras dijeron:

—Qué típico.

Bachí de los Escollos, destapada la cesta ligera, iba mostrando los erizos amontonados entre un rechinar de púas negras y brillantes. Con sus manos ajadas, por entero punteadas de negro por las espinas incrustadas, manejaba los erizos como si fueran conejos que se cogen por las orejas, y los volvía y mostraba la pulpa roja y blanda. Debajo de los erizos, sobre una tela de saco y más hacia el fondo, estaban las lapas, sus chatos cuerpos con zonas de color amarillo-marrón debajo de los caparazones barbudos y liquenosos.

Pomponio examinaba y olía:

—Por donde ustedes pescan, ¿no desembocan las cloacas?

Bachí sonrió en su pelosidad:

—Eh, no, yo estoy en la punta, las cloacas las tienen ustedes aquí, donde se bañan...

Los invitados cambiaron de tema. Compraron erizos, lapas y encargaron a Bachí otros más para los días siguientes. Más aún, cada uno le dio su tarjeta de visita, de modo que pudiera hacer el recorrido de las villas.

—¿Y qué lleva en esa otra cesta? —preguntaron.

—Eh —dijo el viejo con un guiño—, un animal grande. Un animal que no vendo.

—¿Qué hace con él, entonces? ¿Se lo come?

—¿Comerlo? Es un animal de hierro... Hay que encontrar a su dueño para devolvérselo. Que se las arregle él, ¿no?

Los otros no entendían.

—No sé si lo saben —explicó—, las cosas que el mar trae a la orilla yo las clasifico. Por un lado las latas, por otra los zapatos, los huesos por otra. Y ahora me llega esto. ¿Dónde lo meto? Lo veo acercarse, en alta mar, mitad bajo el agua, mitad encima, verde de algas y oxidado. Por qué echan al mar estas cosas, no lo entiendo. ¿Les gustaría encontrarlas debajo de la cama? ¿O en un armario? La he sacado y ahora busco al que la arroja y le digo: ¡tenla tú un rato, haz el favor!

Y diciendo esto se acercó con cautela a la cesta, desató el saco y mostró un objeto de hierro grande, monstruoso. Las señoras al principio no entendieron, pero lanzaron un grito cuando el general Amalasunta exclamó:

—¡Una mina!

A la señora Pomponio le dio un soponcio.

Hubo una gran confusión, unos se afanaban en abanicar a la señora, otros afirmaban: «Seguramente es inofensiva, tantos años así, a la deriva...», otros decían:

«Hay que sacarla de aquí, hay que arrestar a ese viejo». Pero entretanto el viejo había desaparecido con la terrible cesta.

El dueño de casa llamó a los criados:

—¿Lo habéis visto? ¿Adónde ha ido? —nadie podía asegurar que hubiera salido—. ¡Buscad por toda la casa: abrid los armarios, las cómodas, vaciad el sótano!

—Sálvese quien pueda —gritó Amalásunta repentinamente pálido—. ¡Esta casa está en peligro, fuera todos!

—¿Por qué justamente la mía? —protestó Pomponio—. ¡Y la suya, general, piense en la suya!

—Tendré que ir a vigilar mi casa... —dijo Strabonio, que se había acordado de algunos artículos suyos de otros tiempos y de ahora.

—¡Pietro! —gritaba la señora Pomponio, que había vuelto en sí, arrojándose al cuello de su marido.

—¡Pierino! —gritaba la señora Uccellini, arrojándose ella también al cuello de Pomponio y tropezando con la legítima consorte.

—¡Luisa! —observó el senador Uccellini—. ¡Vámonos a casa!

—¿No creerá que su casa es más segura? —le dijeron—. ¡Con la política que hace su partido, usted corre más peligro que nosotros!

Uccellini tuvo una iluminación genial:

—¡Llamemos a la policía!

La policía se desencadenó por la pequeña ciudad del litoral en busca del viejo con la mina. En las villas del financiero Pomponio, del general Amalásunta, del periodista Strabonio y del senador Uccellini y otros más, se apostaron piquetes armados, y el Departamento de Desactivadores de Minas del Cuerpo de Ingenieros las inspeccionó del sótano a las buhardillas. Los comensales de villa Pomponio se dispusieron a acampar aquella noche al aire libre.

Entretanto, un contrabandista llamado Grimpante, que gracias a sus relaciones conseguía siempre saberlo todo, se había puesto a seguir las huellas de Bachí de los Escollos por cuenta propia. Grimpante era un hombrón con un gorrito marinero de tela blanca; los asuntos turbios que ocurrían en el mar y en la orilla pasaban todos por sus manos. Le fue fácil a Grimpante, recorriendo algunas tabernas del barrio de las Casas Viejas, toparse con Bachí, que salía achispado con la misteriosa cesta al hombro.

Lo invitó a la Taberna de la Oreja Cortada y mientras servía de beber empezó a explicarle su idea.

—Es inútil que devuelvas la mina al propietario —decía—, porque, apenas pueda, volverá a echarla donde la has encontrado. En cambio, si me haces caso a mí, cogeremos peces como para invadir los mercados de toda la costa y hacernos millonarios en pocos días.

Pero hete aquí que un granuja llamado Zefferino, que solía meter la nariz en todas partes, había seguido a los dos a la Taberna de la Oreja Cortada y se había escondido debajo de la mesa. Y, atrapando al vuelo lo que pretendía Grimpante, salió corriendo a pasar la noticia a los pobres de las Casas Viejas.

—Eh, ¿queréis comer pescado frito, hoy?

A las ventanas estrechas y torcidas se asomaban mujeres flacas y despeinadas con niños de pecho, viejos con su trompetilla, comadres que mondaban rábanos, jóvenes desempleados que se afeitaban.

—¿Y cómo? ¿Y cómo?

—Chss, chss, venid conmigo —dijo Zefferino.

Grimpante, que había ido en un salto hasta su casa, volvía con un estuche de violín y partió con el viejo Bachí. Tomaron por la calle que flanqueaba el mar. Detrás, de puntillas, venían los pobres de las Casas Viejas. Las mujeres con mandil, las sartenes al hombro, los viejos paralíticos en sus cochecitos, los mutilados con sus muletas y una bandada de chiquillos rodeando el grupo.

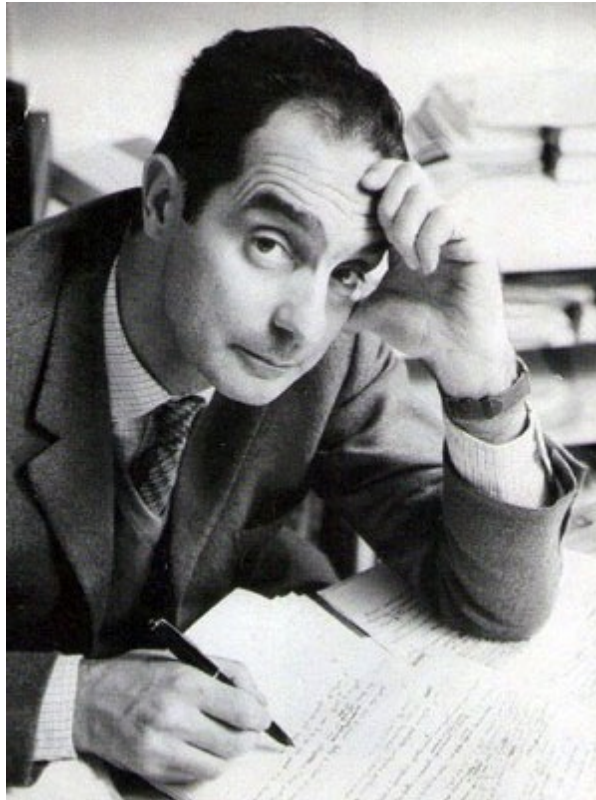
Al llegar a los escollos de la punta, la mina fue abandonada en la orilla, a una corriente que la llevaba mar adentro. Grimpante había sacado del estuche de violín uno de esos aparatos matacristianos que disparan ráfagas y lo había instalado detrás de un reparo de los escollos. Cuando la mina estuvo a tiro, comenzó a disparar: los disparos trazaban en el agua una huella de pequeños surtidores. Los pobres, cuerpo a tierra en la carretera del litoral, se taparon las orejas.

De pronto se alzó en el mar una gran columna de agua en el lugar donde antes estaba la mina. El fragor fue enorme: los cristales de las villas se hicieron añicos. La onda llegó hasta la carretera. Apenas se aquietaron las aguas, empezaron a aparecer flotando las panzas blancas de los peces. Grimpante y Bachí, que estaban preparando una gran red, fueron arrollados por la multitud que corría hacia el mar.

Los pobres se metieron en el agua vestidos, unos con los zapatos en la mano y los pantalones arremangados, otros con los zapatos puestos y todo, las mujeres con las faldas flotando en círculo: y todos agachados atrapando los peces muertos. Unos los pescaban con las manos, otros con el sombrero, otros con los zapatos; unos los metían en el bolsillo, otros en el bolso. Los chicos eran los más veloces pero no llegaban a las manos: todos estaban de acuerdo en dividirlos en partes iguales. Más aún, se ocupaban de ayudar a los viejos que de vez en cuando resbalaban y se caían en el agua y salían con las barbas llenas de algas y de cangrejitos. Las más afortunadas eran las beatas, que avanzaban de a dos con sus velos tendidos a ras de agua y rastreaban todo el mar. Las muchachas bonitas gritaban de vez en cuando: «Ii... ii...» porque un pez muerto les subía por debajo de las faldas y los muchachos se agachaban tratando de pescarlo.

En la orilla empezaron a encenderse fuegos de algas secas y aparecieron las sartenes. Cada uno sacó del bolsillo una botellita de aceite y se empezó a oler a frito. Grimpante se había escabullido para que la policía no lo pillase con aquel

despachavivos en las manos. Bachí de los Escollos, en cambio, estaba en medio de los otros: pescados, cangrejos y gambas le asomaban por todos los desgarrones del traje, y de alegría se comía un salmonete crudo.



ITALO GIOVANNI CALVINO MAMELI. Escritor italiano. Debido al trabajo de su padre, agrónomo, nació en La Habana, Cuba, en 1923, aunque la familia regresó a Italia dos años después. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, durante la que luchó contra los nazis en un grupo de partisanos, se licenció en Literatura y realizó trabajos editoriales. Su primera novela, *El sendero de los nidos de araña* (1947), era neorrealista. Luego utilizó técnicas alegóricas en novelas como *El vizconde demediado* (1952), *El barón rampante* (1957) o *El caballero inexistente* (1959). En obras posteriores, como *Las cósmicas* (1965), *Tiempo cero* (1967), *Las ciudades invisibles* (1972) y *Si una noche de invierno un viajero* (1979), queda patente su original mezcla de fantasía, curiosidad científica y especulación metafísica. Fue, además, un consumado cuentista, con volúmenes de relatos como *Por último, el cuervo* (1949) y *Los amores difíciles* (1970). Falleció por un ataque de ictus cerebral, en Toscana, Italia, en 1985.

# Notas

[1] Italo Calvino escribió esta nota no firmada —y como escrita por otro— para la edición italiana de 1976. (*N. del E.*) <<

[2] Sobre la que se ha trabajado para esta edición. (N. del E.) <<



[3] En la edición italiana definitiva de *Por último, el cuervo*, Calvino decidió añadir el cuento «La aventura de un soldado», que había incluido ya en la edición italiana definitiva de *Los amores difíciles*. (N. del E.) <<

[4] FAI: Federación Anarquista Italiana. (*N. de la T.*) <<

[5] «Puñetas, señor teniente» y «el coño de tu hermana». (*N. de la T.*) <<

[6] Organización nazi encargada del reclutamiento forzado de trabajadores civiles en los países ocupados. (*N. de la T.*) <<